

OSCAR CASTRO Z.

HUELLAS

en la

TIERRA



ZIG-ZAG

"HUELLAS EN LA TIERRA"

por Oscar Castro

Oscar Castro estaba considerado hasta ahora entre nosotros como uno de los cinco o seis poetas jóvenes que, junto a Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y Pablo Neruda, forman la más brillante constelación de la poesía chilena contemporánea; sus poemas sencillos, diáfanos, profundos como un cielo limpio de nuestras tierras, han sido acogidos con el mayor entusiasmo por las mejores revistas y antologías de América; su alta calidad de poeta no admite, pues, la menor duda.

Ahora hace su aparición en el difícil terreno del cuento, lanzando a la publicidad este libro "Huellas en la Tierra".

Se trata de un conjunto armonioso de cuadros campesinos, sencillamente admirables por la fuerza del dibujo y por la dramaticidad de su realismo.

El hábil cuentista ha sabido captar todo el sabor, el movimiento y el sentido de la vida campesina de cierta región de los Andes chilenos; y ha sabido reproducir las escenas de ese ambiente en páginas ágiles, aladas, que sabrán cruzar muchas fronteras y colocar el nombre del autor a la altura de nuestros mejores autores de cuentos.

La Editorial Zig-Zag, que se esfuerza siempre por mantener el culto hacia nuestros autores consagrados publicándoles sus mejores obras, siente también el orgullo de revelar, como en esta ocasión, nuevos y brillantes valores de nuestra literatura.



h u e l l a s e n
l a t i e r r a

BIBLIOTECA AMERICANA

DIRECTOR: ARMANDO BAZAN V.

Es propiedad. Derechos
exclusivos. Inscripción
N.º 7719. Copyright by
Empresa Editora Zig-Zag,
S. A., 1940.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Santiago de Chile, 1940

OSCAR CASTRO Z.

AAQ 7250

1413

h u e l l a s e n
l a t i e r r a

C U E N T O S



Z I G - Z A G

PORTADA DE RAFAEL ALBERTO LOPEZ



OSCAR CASTRO Z.

PALABRAS PRELIMINARES A
"HUELLAS EN LA TIERRA"

ESTE libro revela a un cuentista de las más altas cualidades. Hay que admirar en él su intenso aliento poético, su realismo y precisión en el dibujo, su habilidad para ambientar las escenas, para plantear situaciones expectantes y darles, sin recurrir al truco rebuscado, un desenlace natural.

El autor nos presenta en esta obra una visión dramática de la cordillera andina y del hombre que la habita. Y logra hacer que esta visión aparezca enteramente viva y real gracias a su virtud creadora y a su cabal conocimiento del medio que trata.

En el primer cuento nos encontramos de pronto en un boliche aldeano, donde Don Beño vegeta sin

envejecer, con sus manos grandotas y sus ojos ladinos, entre cigarrillos y botellas de cerveza "que parecen tener arrugas". Allí vamos a verle con sus movimientos y gestos espontáneos de hombre primitivo, salvando una situación imprevista y peligrosa, gracias a su ingenio instintivo, sólo con una frase maliciosa, cuando precisamente se había decidido hasta a llegar al crimen para evitar que cayese preso el amigo que llegó a sus puertas en busca de hospitalidad.

En "Lucero", el caballo hermoso y fuerte, recorremos junto con Rubén Olmos, su dueño, las "cumbres albisimas, las hondonadas azules, los contrafuertes dentados, las enhiestas puntillas", que componen el escenario grandioso de los Andes, y allí, donde la "soledad de la altura es tan ancha, tan diáfananamente desamparada", vamos a asistir, cuando menos lo pensemos, al extraño y escalofriante drama. Allí veremos, sin poder evadirnos de la angustia, cómo el destino sacrifica sin piedad al caballo inocente, dejando en su dueño el mismo duelo que dejaría la muerte del ser más querido en este mundo.

"Tierra Ajena" es la historia secular y siempre renovada del campesino que nació, trabajó sin tregua y murió desamparado y misérrimo. "Lisandro Pozo y el campo han sido amigos siempre." Existe una profunda y clara compenetración entre ellos. Lisandro siente la tierra. ¿Cómo la siente? "En los atardeceres, cuando el cielo es un gran zafiro pálido, él mira con no se sabe qué íntimo gozo el temblor de la estrella primera en los espejos frágiles que hay diseminados en el pasto". Sesenta años, de los ochenta que tiene, la ha trabajado, la ha hecho fructificar; y, sin embargo, sigue pobre como el primer día. Pero no pide más. Le basta la tierra, que es su mejor amante. ¡La tierra! Pero un día van a decirle que ese suelo no le pertenece y que debe marcharse. ¿A dónde? Nadie lo sabe. Y no tendrá más remedio que irse, vencido sin combate, huérfano de todo cuando todo es suyo, pensando confusamente que algo quieren robarle... Ya camina y va a alejarse, pero la tierra lo llama, lo retiene,

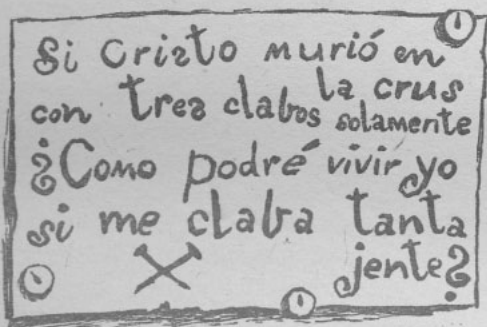
“con sus zarzamoras, sus charcas de barro y sus pastizales”. No le dejará partir, porque ella tiene la piedad suprema. Y el hombre caerá sobre ella para siempre, “sabiendo claramente, con profunda seguridad, antes que su corazón se inmovilice, que ya nadie en este mundo podrá quitarle la tierra”, madre, hermana y amante.

Después de este hermoso canto dramático a la tierra productora y al paria que la fecunda, el cuentista, de rica y variada imaginación, nos hará ver, por ejemplo, cómo el “Callejón de los gansos” puede cobrar movimiento e integrarse a la vida de las plantas, de los animales y de los hombres, y revelarnos las inquietudes eternas, los “secretos” pregonados y las peripecias de odios y de amores que se entretajan sutilmente en la aldea...

Y vendrán luego otras imágenes y otras escenas igualmente apasionantes por su colorido y por su trama: la madrastra que a fuerza de generosidad logrará la amistad y el cariño de Chepa Canales; el vagabundo a quien la maldad humana arrebató, junto con el único amigo, su perro fiel, la libertad de sus caminos; el pobre viejo Floro, que vuelve al campo herido de muerte, porque ya en el crepúsculo de su vida ha tenido que comer el pan amargo de la ingratitud en la casa del hijo.

Y luego otros paisajes y otras imágenes de campos y aldeas con sus sombras siniestras y sus luces alentadoras, con sus supersticiones y sus sabidurías, con sus alegrías y sus dramas, para que cuando lleguemos al final del libro nos quede para siempre la impresión de haber recorrido, en realidad, un mundo que nos era desconocido, y que supo animarse gracias a la virtudes prodigiosas del artista.

ARMANDO BAZAN



LAS letras del cartelito no se miran muy bien entre sí. Debe ser porque pertenecen a distinta familia. Mientras las “e” tiran a “cursivas”, las “i” y las “t” quieren caerse hacia la izquierda. De todas maneras, la advertencia luce bien en el boliche de don Beño. Está inscrita en un cartón de caja azucarera clavado sobre la estantería, que se mantiene por costumbre de pie. El rojo y el azul se disputan, verso por medio, el espacio. Debajo de todo, como quedara un trozo en blanco, el pintor quiso figurar un par de clavos y le resultaron dos fémures cruzados.

En el boliche de don Beño hay de todo. Desde las escobas ensartadas en los barriles del maíz y los atados

de cochayuyo, hasta las tiras de charqui colgadas en alambres, para banquete de las moscas; desde las prietas de chanco y los broches de presión, hasta los aros de vidrio pintado "pa la novia". También hay —así lo proclama afuera una pizarra desteñida— "chicha dulce de Doñihue resién yegada y chocolí blanco y tinto."

Puede ser que don Beño tenga cuarenta y cinco años. También puede ocurrir que tenga sesenta. Hace quince que los parroquianos le conocen los mismos bigotes largos y las mismas palabras gastadas. A sus espaldas la estantería ha ido envejeciendo. Hasta los cigarrillos y las botellas de cerveza parecen tener arrugas. El, por contraste, prefirió quedarse igual. Tiene las manos grandotas y los ojos ladinos. Las primeras le sirven para hacerse respetar; los ojos, para que no se le vayan sin pagar los clientes.

El negocio está ubicado unos metros más acá de la vía férrea, límite municipal del pueblo. A una cuadra queda el cementerio. De la "línea" para allá, la calle, aburrída, opta por ser camino. No es mucha la diferencia: unas cuantas zarzamoras de más y unos pocos chiquillos de menos. Por el camino de "El Trapiche" "caen" a la calle del Cementerio los peones de los fundos próximos. Los sábados al anochecer, "lo de on Beño" se llena de parroquianos. Son muy pocos los que pueden resistir el aroma deleitoso de las sopaipillas y de los arrollados "calentitos" y picantes, que el bolichero pone como una tentación sobre el mostrador en grandes fuentes de greda.

El día viernes es, generalmente, malo para el negocio. Agotado el dinero de la semana, el vecindario no compra casi. Y las comadres que acuden allí traen muchas palabras y ninguna moneda.

Por eso es que ahora don Beño aguarda sin premura. A pesar de que los objetos apenas se divisan dentro del despacho, no ha encendido la lámpara de carburo. Espera que alguien entre para hacerlo. Mientras tanto, se ha acodado en un montón de sacos y mira los juegos de algunos rapaces en la calle terrosa. Sobre las cosas de

afuera caen los últimos fuegos de las nubes costeñas. Algunos murciélagos pasan ya como telarañas volanderas. Las risas de los mocosos lavan el ambiente con un agua celeste y clara.

La paciencia de don Beño se prolonga, medio adormilada, sobre la espera. Un chiquillo entra a pedir un "atao de cigarros y un litro de chocolí a la cuenta del taita". Lo despacha de mal humor y anota dos rayas en la ya larga lista de su cliente. No trabó nunca conocimiento con las matemáticas. Su contabilidad es un sistema de trazos cortos y largos, cuya clave es de su exclusiva propiedad.

A pesar del avisito en verso, el despachero abre créditos. Pero con límites y reticencias. Sabe que las deudas chicas no se pagan por insignificantes. Y las crecidas, tampoco, porque en el barrio no hay gente rica... A veces fia por aburrimento. Le cansa escuchar súplicas y lloriqueos de las vecinas:

—“Este sinvergüenza’e mi marío, señor, por Dios, que no se le da niunita cosa por sus crías ni por naide. Too se lo toma, too lo bota por ahí con sus marditos amigos. Y lo pior es que abandona el trabajo y endespues no lo almiten más. Pero es inútil decirle na, señor, porqu’está perdío y no le quea ni pizquita’e vergüenza. Ahora tengo a los chiquillos llorando de hambre...”, etc.

“¡Qué diablos, toos tienen derecho a la vía!”, comenta después de cada rasgo de desprendimiento. “Y a lo mejor no sabe uno lo que le ha’e suceder mañana...”

La soledad y la noche penetran lentamente al negocio. Se sienten bien allí. Se vacian en el mostrador, en los sacos de papas, en los rincones más desconsolados de la pieza. Ayudan a los ratones en su tarea. Lustran el traje negro de las “baratas”. Permanecen allí hasta que el despachero se decide a arrojarlas fuera con la luz de la lámpara. Cuando la llama se alarga en forma de puñal, adquiriendo toda su intensidad, don Beño toma una revista grasienta y la hojea sin atención. Entonces, la calle empuja un hombre hacia la puerta.

La primera mirada del bolichero es de indiferencia

para el visitante. Pero luego reacciona. La cara del hombre tiene una palidez de tiza. Una súplica inmensa se desborda de sus ojos. Da unos pasos y se apoya en lo primero que encuentra su mano: una barrica de maíz. Allí se queda doblado, apretándose la parte baja del vientre.

—¡Ruperto! ¿Qué te pasa, hombre?

El recién llegado rompe el sufrimiento como una capa de hielo, y en su rostro aflora una sonrisa desteñida, lamentable:

—Me fregaron, Beño. Vengo herío.

De dos trancos el despachero se pone a su lado. Toma la mano izquierda del otro y quiere separársela del cuerpo. Pero está como soldada allí y no lo consigue.

—¿Es tajo?

—No... , balazo.

—¿Quién jué?

—Los pacos. Me traen cuspaio. Escóndeme si querís librarne.

—Andale p'acá.

Lo conduce casi en vilo hasta la pieza contigua y lo sienta en su lecho. El forastero se agita un poco y aprieta las mandíbulas con fuerza para triturar los lamentos. Tendrá unos treinta y cinco años. Es todo músculos y huesos. El dolor le ha tallado las facciones a cuchillo. Sus pómulos, acusados con firmeza, tienen algo de cosa fríamente mineral e insensible. Pero sus ojos negros viven con ardorosa intensidad; allá, muy adentro de ellos, comienza a prender una hoguera de fiebre.

—Tengo sé, Beño; dame agua.

Don Beño le pone entre los dedos un vaso de aguardiente. El herido lo vacía de una vez, sin paladearlo, sin darse cuenta del fuego que cae a sus entrañas.

—¿Aónde te abrieron el boquete?

—Aquí.

El hombre retira lentamente su mano y aparece un hoyo negro cerca de la ingle derecha, por donde mana, sin premura, un líquido espeso y oscuro.

—¿Tenís aentro la bala?

—Sí. Parece que me topó en el güeso'e la caera.

—A ver, ábrete los pantalones.

—Anda primero a mirar si los perros me han per-dió la güella.

Sale don Beño y regresa casi al instante:

—No, no hay ni un alma en la calle —informa. Y luego, interesado—: ¿Te pillaron en algo?

—No; es por el asunto'e la muert'el Vito, vos ya sa-bís. Me habían dejao tranquilo, porque ni las habían pa-rao siquiera; pero pillaron al Rocha y me vendió. ¡Puee ser que lo encuentre algún día pa enseñale a gente! ¡Chanchito mal agradeció!

Mientras don Beño lava la herida del otro y la venda con un trozo sucio de camisa, desanda los años camina-dos hasta esa noche y se encuentra con Ruperto en un camino solitario. Están los dos agazapados entre la zar-zamora, conversando en voz baja. Los unen el odio y la ambición. Aguardan a un hombre. Han saltado los cer-cos de la ley para vengarse. El hombre que esperan es un "delgao'e verijas", un "chupa", un traidor. De aquello hace más de quince años. Pero don Beño tiene tatuada a fuego la escena en su imaginación. El "chupa" asomó en el camino. Venía de las minas. Traía su buena "bille-tá" en los bolsillos, porque era día de pago. Dos cuchillos cortaron la sombra y buscaron la espalda del caminante. Allí se quedó tendido "sin decir Jesús". Nunca se supo quién lo había muerto. Con el producto de aquel golpe, y pasado un tiempo prudencial, don Beño instaló el bo-liche que ahora tiene. Ruperto, el compañero, siguió su vida. Hacía sus buenos años que no asomaba por allí. Y ahora...

—Pero, ¿juiste vos, entonces, el que dió güelt'al Vito?

—No, cumpa; jué mi cuchillo. Solito vino a ensartar-se el barbata... Teníamos cuentas viejas. Y vos sabís, yo les doy sogá no más; pero un día vienen aonde yo'stoy sin que los llame...

El despachero interrumpe su tarea para echar otro vistazo a la calle. En el mismo instante en que llega a la puerta, dos caballos se paran frente a ella. Hay un ruido

de sables, y dos carabineros se desmontan sin decir palabra.

—Güenas noches, on Beño.

—Güenas, sargento.

—¿Qué le parece el friecito?

—Algo empalaora está la noche, pues, sargento.

—¿Qué novedaes tiene por aquí?

—Niuna. Usté sabe que por aquí raras veces hay cosas nuevas.

Mientras habla, el sargento González ha entrado en el boliche. Mira con disimulo a todas partes. Tras él penetra su otro acompañante.

—¿Quiere servirse un trago, sargento?

—No. No'stoy pa esas cosas, on Beño. Vengo detrás de un zorro correorazo que agarró pa estos laos.

—¿Alguno qu'estaba metiendo rosca por ey?

—No; se trata de un gallo de cuidao. Venimos siguiendo al Rupa; ¿lo conoce?

—El Rupa... el Rupa... ¿Será, por casualidá, uno grande, flaco, tirao a crespo?

—Ese mismo. ¿No ha venío por aquí?

—Tiempo atrás'tuvo aquí con unos amigos, sargento.

—¡Ah! ¿Y no ha güelto?

—No. Creí que se había largao pa las minas. ¿Ha cometido alguna fechoría?

—¿Una? Una docena, diga mejor. Es roto malo sin güelta ése.

—Pa que vea. ¡Quién lo hubiera pensao, con la carit'e santo que se gastaba! La pura verdá que no hay que confiar en nadie, sargento.

Don Beño se ha ubicado estratégicamente entre el mostrador y la puerta que comunica con su habitación. Su asombro y sus palabras tienen una naturalidad absoluta. Habla fuerte para prevenir a su amigo. Pronuncia muchas veces la palabra "sargento", a fin de que el otro se dé cuenta... Está presente en el despacho, pero con el oído conectado hacia el cuarto vecino. Es éste un sentido independiente de los demás. Lo aprendió a

usar en otros tiempos, cuando su vida dependía de un rumor...

—Güeno, on Beño, dejémonos de pamplinas. Un chiquillo me dijo ahí en l'esquina qu'el Rupa se había metío aquí. Tengo que registrarle la casa.

—¿Cómo dice? ¿Que v'a registrame mis cosas pa ver si el bandío ése se ha colao puaquí sin que yo lo haiga visto? ¿Tamién es brujo el mentao Rupa?

—L'estoy hablando formal, mi amigo. Tengo que cumplir mi deber.

—¡Ta güeno, sargento! ¿Así es que se figura que yo lo tengo escondío?

—Yo no pienso na. Me dijeron eso y... ¡qué vamos' hacerle!

—¡Bien, no más! Registre, entonces, pues, sargento. Cuando l'autoridá manda, tiene uno que agachar la cabeza no más. Pero me duele, porque yo lo creía mi amigo a usted, sargento. Siempre lo hey atendío como púe. Llevo quince años aquí y nunca hey tenío na que ver con la justicia. ¡Tengo bien limpiecita mi frente, gracias a Dios!

El sargento González encoge los hombros y hace una seña a su subordinado:

—Por aquí vamos a comenzar.

Señala con un gesto la puerta que hay a la espalda de don Beño y avanza. Instintivamente el bolichero echa una mirada al mostrador. Allí hay un cuchillo que durante quince años ha cortado perniles y arrollados. Pero ese cuchillo conoció tiempo atrás el sabor de la sangre humana. Puede que lo haya olvidado ya y necesite recordarlo ahora...

Toma el arma y la desliza rápidamente bajo sus ropas. El sargento, la carabina preparada, ha abierto la puerta de un solo golpe, y antes de penetrar, echa una mirada rápida hacia todos los ángulos. Don Beño contiene la respiración. Inconscientemente aprieta el mango del cuchillo. Un movimiento brusco del policía, y él entrará en acción. Pero no es necesario. El sargento escudriña por todas partes y no encuentra nada.

Sin volverse hacia don Beño, le interroga:

—¿Y esta otra puerta, a ónde da?

—Al patio, sargento.

De una ojeada, don Beño ha dominado todo el cuarto. El corazón se le descarga un poco. Ruperto ha tenido la suficiente presencia de ánimo para borrar todas sus huellas antes de huir. De pronto, su mano va de nuevo al cuchillo. En el borde de la cama hay una mancha de sangre. El sargento la divisa al mismo tiempo que él. Vuelve sus ojos hacia el dueño de casa: encuentra su cara inmutable.

—¿Y esta sangre, on Beño?

Entonces las facciones del bolichero se revisten de una picardía infinita, y responde con voz insinuante y entera:

—¡Tan amigo'e meterse en vías ajenas que lo han de ver, sargento!...

Es tanta la impudicia, tan picante el tono y tanta la gracia con que don Beño ha pronunciado las palabras, que los dos carabineros rompen a reír al unísono.

El sargento González hace entonces un guiño de complicidad, palmotea el hombro del bolichero y le dice, todavía riendo, al salir:

—¡Lo aniñao (1) no se le v'a quitar nunca al viejo éste!

(1) ¡Tan Tenorio! La nota se hace indispensable para los lectores de fuera de Chile (A. B.).

RECORTADAS unas sobre otras, las cresterías de la cordillera barajan sus naipes pétreos hasta donde la mirada de Rubén Olmos puede alcanzar. Cumbres albasimas, azules hondonadas, contrafuertes dentados, enhiestas puntillas van surgiendo ante su vista, siempre cambiantes, cada vez más difíciles al paso a medida que asciende. Antes de iniciar un repecho demasiado fatigoso, el viajero decide conceder un descanso a su cabalgadura, que resopla ya como un fuelle. Y cuando se ha detenido cruza su pierna izquierda por encima de la montura y despeña su mirada hacia el valle. Primero le salta a la pupila el espejeo del río, que alarga con desgano su caprichoso serpenteo por entre pastizales y sembrados. Pasan

luego sus ojos por sobre los cuadriláteros de unos cuantos potreros y busca el pueblo de donde partiera en la mañana. Allí está, escaparate de juguetería, con sus casas enanas y los tajos oscuros de sus calles. Algunas planchas de zinc devuelven el reflejo solar, tajeando el aire con plateado y violento resplandor.

Con un aleteo de párpados, Rubén Olmos borra la imagen del valle y examina a su cabalgadura, cuyos mojadados ijares se contraen y elevan en rítmico movimiento.

—¿T'estay poniendo viejo, Lucero? —interroga con tono cariñoso. Y el animal gira su cabeza negra, que tiene una mancha blanca —plagio de una estrella— en la frente, como si comprendiera.

—Güeno, tamién es cierto que harto habís trabajao; pero te quean años de viajes toavía. Por lo menos, mientras la cordillera no se bote a mairastra...

Torna a mirar la mole andina, familiar y amiga para él y Lucero; no en balde la han atravesado durante once años. Rubén Olmos, encandilado un poco por la llamada blanca del sol en la nieve, piensa en sus compañeros de viaje y en la ventaja que le llevan. Pero no le concede importancia al detalle: está cierto de darles alcance antes que anochezca.

—Siempre que vos me acompañís; la'e no vamos a tener que alojar solitos —manifiesta al caballo, completando su pensamiento.

Rubén Olmos es baqueano antiguo. Aprendió la difícil ciencia junto a su padre, que desde niño lo llevó tras él por entre peñascales y barrancos, pese a sus rebeliones y a la desconfianza que le inspiró al comienzo la cordillera. Cuando el viejo murió —tranquilamente en su cama—, el patrón de la hacienda lo designó a él como reemplazante. Cruzó por lo menos cien veces esta barrera, que al principio se le antojara inexpugnable, y trajo arreos numerosos de ganado cuyano, siempre en buenas relaciones con la fortuna.

Eligió a Lucero cuando éste era todavía un potrillo retozón y él mismo tuvo a su cargo la tarea de domarlo. Desde entonces nunca quiso aceptar otra cabalgadura,

a pesar de que su patrón le regaló dos "bestias" más, de mayor empuje al parecer, y de superiores condiciones. Este caballo ha sido para él una especie de mascota a la que se aferró la superstición de su vida siempre jugada al azar.

El baqueano, habituado a la lucha épica contra los elementos, antes que por las hembras se apasionó por el peligro. Con instintiva sabiduría puso su devoción en un bruto, presintiendo quizás que de él no podía esperar desaires ni traiciones. Si un día le dieran a elegir entre la vida de su hermano y la de "Lucero", vacilaría un rato antes de decidirse. Porque el animal, más que un vehículo, significó desde el comienzo un amigo para él. Fué algo así como la prolongación de sí mismo, como la vibración de sus músculos continuando en los tendones de "Lucero".

Rubén Olmos nació con la carne tallada en dura substancia. Sintió la vida en oleadas galopándole las rutas de su ser. Arriba de un caballo fué siempre el que conduce, no el que se deja llevar. Y esta fuerza pidió espacio para vaciarse; ninguno pudo resultarle más propicio ni más adaptado a sus medios que la tumultuosa crestería de los Andes.

Mirado sin atención, el baqueano es un hombre como todos. A lo sumo, da sensación de confianza en sí mismo. Debajo de su piel cobriza y de su nariz achatada asoma la evocación de algún indio, su antepasado. Su risa no tiene resplandores; se le obscurece en los ojos y, a lo más, blanquea en la punta de sus dientes. Apacentador de soledades, aprendió de ellas el silencio y la profundidad. Con "Lucero" se entiende mejor que con los humanos. Será porque el caballo no responde. O porque dice siempre que sí con sus ojos tiernos y húmedos. Vaya uno a saber.

—Güeno, ahora vamos andando.

Asentando sus cascos en cualquier hendedura, el caballo enfila en dirección al cielo. El jinete, inclinado hacia adelante, lleva el compás del balanceo. Ruedan piedrecillas hacia las profundidades y tintinean las argollas

del freno. Y Lucero —tac, tac, tac — arriba, por fin, a la cima, tras caminar un cuarto de hora.

En la altura, el viento es más persistente, más cargado de agujas frías. Resbala por la cara del baqueano. Busca cualquier hueco de la manta para clavar su diente. Sin embargo, la costumbre inmuniza al hombre de su ataque. Y por más que el soplo insiste, no consigue inmutarlo.

Traspuestas unas cuantas cadenas de montañas, ya no se divisa el valle. Hay cerros hacia donde se vuelva la mirada. Y arriba, un cielo frágil, puro, más azul que el frío del viento, manchado apenas por el vuelo de un águila, señora de ese predio inabarcable.

La soledad de la altura es tan ancha, tan diáfana, que el viajero siente a veces la leve sensación de ahogarse en el viento, como si se hallara en el fondo de un agua infinitamente liviana. Pero el hombre no tiene tiempo de admirar las perspectivas magníficas del paisaje. Ni esta atmósfera que parece una burbuja translúcida; ni el verde rotundo y orquestal de las plantas; ni la sinfonía de pájaros e insectos que asciende en flechas finas hacia la altura, dicen nada a su espíritu tallado en obscuras substancias de esfuerzo y decisión.

Desde una puntilla que resalta por sobre sus vecinas, Rubén Olmos explora el sendero con la esperanza de divisar a quienes lo preceden. Pero la mirada vuelve vacía de este peregrinaje. El hombre arruga la boca. Sus cuatro compañeros, que partieron de la hacienda una hora antes que él, le han tomado mucha ventaja. Tendrá que forzar a su pingo.

A su paso van surgiendo lugares conocidos: La Cueva del León, la Puntilla del Cóndor, la Quebrada Negra. "Mis compañeros pueen tar esperándome en el Refugio'el Arriero", piensa, y aprieta las espuelas en las costillas de Lucero.

El sendero es apenas una huella imprecisa, en la cual podrían extraviarse otros ojos menos experimentados que los suyos. Pero Rubén Olmos no puede engañar-

se. Este surco anémico por donde transita es una calle abierta y ancha que conduce a un fin: la tierra cuyana.

A medida que asciende la vegetación cambia de tono. Se hace más dura y retorcida para resistir los embates de las tormentas. Espinos, romerillos, quiscos filudos, ponen brochazos nocturnos en el albor de la nieve. La soledad comienza a tornarse cada vez más blanca y honda, revistiéndose de una majestuosa serenidad. Rubén Olmos piensa que deben ser las cinco de la tarde. El sol, ya soslayado hacia Occidente, forcejea por tamizar su calor a través del viento.

Cambia de pronto el decorado, y el caballo del baqueano desemboca en un inmenso estadio de piedra. Dos montañas enormes enfrentan sus paréntesis, encerrando un tajo cuyo fondo no se divisa. Parece que un inmenso cataclismo hubiera hendido allí la cordillera, separándola de golpe en dos.

El jinete detiene a Lucero. El Paso del Buitre ejerce una extraña fascinación en su mente. A los quince años, cuando lo atravesó por vez primera, se le ocurrió mirar hacia abajo, pese a las advertencias de su padre, y al cabo de un momento vió que la hondonada empezaba a girar semejante a un embudo azul. Algo como una garra invisible lo tiraba hacia el abismo, y él se dejaba ir. Por fortuna, el "taita" advirtió el peligro y destruyó la fascinación con un grito imperioso: —"¡Güelve la cabeza, baulaque!". Desde entonces, a pesar de toda su serenidad, no se atreve a descolgar sus ojos hacia aquella profundidad insondable.

Además, el Paso del Buitre tiene su leyenda. No puede ser atravesado en Viernes Santo por un arreo de ganado sin que ocurran terribles desgracias. También su padre le advirtió este detalle, contándole, como ilustración, diversos casos en que la sima se había tragado reses y caballos de modo inexplicable.

En verdad, el paso es uno de los más impresionantes que puede presentar la cordillera. El sendero tiene allí unos ochenta centímetros de ancho: lo justo para que

pueda pasar un animal entre el muro de piedra y el abismo. Un paso en falso... y hasta el Juicio Final.

Antes de aventurarse por aquella repisa suspendida quién sabe a cuántos metros del fondo, Rubén Olmos cumple escrupulosamente la consigna establecida entre los transeúntes de la cordillera: desenfunda su revólver y dispara dos tiros al aire para advertir a cualquier posible viajero que la ruta está ocupada y debe aguardar. Los estampidos expanden sus ondas por el aire diáfano. Rebotan en las peñas y vuelven, multiplicados, hasta los oídos del baqueano. Tras un momento de espera, el jinete se decide a reanudar su viaje. Lucero, asentando con precisión sus cascos en la roca, prosigue la marcha, sin notar, al parecer, el cambio de fisonomía en la ruta. "¡Caballo lindo!", musita el hombre, resumiendo en esas palabras todo su cariño hacia el bruto.

Lo que ocurre en seguida nunca podrá olvidarlo Rubén Olmos.

Al salir de un recodo cerrado, el corazón le da un vuelco enorme. En dirección contraria, a menos de veinte pasos, viene otro hombre, cabalgando un alazán tostado. El estupor, el desconcierto y la ira se barajan en el rostro de los viajeros. Ambos, con impulso maquinal, sofrenan sus caballos. El primero en romper el angustioso silencio es el jinete del alazán. Tras una gruesa interjección, añade a gritos:

—¿Y cómo se le ocurre metes'en el camino sin avisar?...

Rubén Olmos sabe que con palabras nada remediará. Prosigue su avance hasta que las cabezas de los caballos casi se tocan. En seguida, saca una voz tranquila y segura del fondo de su pecho:

—El que no disparó jué usted, amigo.

El otro desenfunda su revólver, y Rubén hace lo mismo con rapidez insospechada en él. Se miran un momento fijamente, y hay un chispazo de desafío en sus ojos. El desconocido tiene unas pupilas aceradas, frías, y unas facciones acusadoras de voluntad y decisión. Por su exterior, por su seguridad, parece hombre de monte, ha-

bituado al peligro. Ambos comprenden que son dignos adversarios.

Rubén Olmos se decide por fin a establecer que la razón está de su parte. Empuñando su arma con el cañón hacia el abismo, para no infundir desconfianzas, extrae las balas, presentando un par de vainillas vacías.

—Aquí'stán mis dos tiros —expresa.

El desconocido lo imita, y presenta, igualmente, dos cápsulas sin plomo.

—Mala suerte, amigo; disparamos al mismo tiempo —expresa el baqueano.

—Así es, compañero. ¿Y qué hacemos ahora?

—Lo qu'es golver, no hay que pensarlo siquiera.

—Entonces, uno tiene que quearse de a pie.

—Sí, pero... ¿cuál de los dos?

—El que la suerte diga.

Y sin mayores comentarios, el jinete del alazán extrae una moneda de su bolsillo y, colocándola sin mirarla entre sus manos unidas, dice a Rubén Olmos:

—Pida.

Hay una vacilación inmensa en el espíritu de Rubén. Aquellas dos manos unidas que tiene ante los ojos guardan el secreto de un veredicto inapelable. Poseen mayor fuerza que todas las leyes escritas por los hombres. El destino hablará por ellas con su voz inflexible y escueta. Y, como Rubén Olmos nunca se rebeló ante el mandato de lo desconocido, dice la palabra que alguien moduló en su cerebro:

—¡Cara!

El otro descubre, entonces, lentamente, la moneda, y el sol oblicuo de la tarde brilla sobre un ramo de laureles con una hoz y un martillo debajo: el baqueano ha perdido. Ni un gesto, sin embargo, acusa su derrumbe interior. Su mirada se torna dulce y lenta sobre la cabeza y el cuello de Lucero. Su mano, después, materializa la caricia que brota de su corazón. Y, finalmente, como sacudiendo la fatalidad, se deja deslizar hacia el sendero por la grupa lustrosa del caballo. Desata el fusil y el morral con provisiones que van amarrados a la montura.

Quita después el envoltorio de mantas que reposa sobre el anca. Y todo ello va abriendo entre los dos hombres un silencio más hondo que el de la soledad andina.

Durante estos preparativos, el desconocido parece sufrir tanto como el perdedor. Aparentando no ver nada, trenza y destrenza los corriones del rebenque. Rubén Olmos, desde el fondo de su ser, le da las gracias por tan bien mentida indiferencia. Cuando su penosa labor ha finalizado, dice al otro, con voz que conserva una indefinible y desesperada firmeza:

—¿Encontró en el camino a cuatro arrieros con dos mulas, por casualidad?

—Sí, en el Refugio'estaban descansando. ¿Son compañeros?

—Sí, por suerte.

Lucero, sorprendido tal vez de que se le quite la silla en tan intempestivo lugar, vuelve la cabeza, y Rubén contempla por un momento sus ojos de agua mansa y nocturna. La estrella de la frente. Las orejas erguidas. Las narices nerviosas... Para decidirse de una vez, echa al aire su voz cargada de secreta pesadumbre:

—Sujete bien su bestia, amigo.

El otro afirma las riendas, desviando la cabeza de su alazán hacia el cerro.

Entonces, Rubén Olmos, como quien se descuaja el corazón, palmotea nuevamente a Lucero en el cuello, y de un empujón inmenso lo hace rodar al abismo.

T I E R R A A J E N A

LISANDRO Pozo y el campo han sido amigos de siempre. Existe una profunda y clara compenetración entre ellos, que no precisa de palabras para manifestarse. Lisandro "siente" la tierra. La besa con los ojos y con los pies. Cada surco, cada repliegue, cada yuyito humilde que crece condecorando el seno pardo con su crucecilla de oro, le son familiares y constituyen el alfabeto de su devoción. El hombre tiene cuidados maternos para esta hija grandota que se despierta por las mañanas arrebuja en su pañuelo gris de neblina y que por las tardes precisa de un tintineo de grillos para dormir en paz. A Lisandro la tierra le parece una amante a la que guarda fidelidad. Siente un placer callado y hondo en abrir

las represas del canal, para que el agua, cantando, extiende su amorosa lengua por sobre los terrones reseco. Y en los atardeceres, cuando el cielo es un gran zafiro pálido, él mira con no sabe qué íntimo gozo el temblor de la estrella primera en los espejos frágiles que hay di-seminados entre el pasto.

Yuyales, trigos nacierentes, alabardas enhiestas del maíz, zapallos de guías crecedoras y hojas peludas como las orejas del "Malo": todo esto es lo que la tierra entrega a cambio de los cuidados de Lisandro. Todo esto, y un sonar de élitros, un galopar de viento libre, un aroma jugoso de pastos, una sensación de anchura y de cosa virgen y fuerte.

Porque la tierra, mil veces poseída, es una novia siempre para los corazones simples y claros. La gleba desflorada por los arados, hollada por los cascotes de las bestias, hendida por azadas relucientes y palas aceradas, posee cada vez una pureza nueva, un inédito aroma, un aliento incontaminado de niña con los pechos recién madurando.

Tierra morena, tierra de Dios, cruzada de substancias vegetales, presta siempre a devolver ciento por uno el grano que en ella se tira. Y esta tierra tiene un dueño que no la conoce ni la ama: un hombre para quien cada espiga, cada mazorca riente de maíz es una moneda de oro y nada más; una moneda hecha por los hombres para comprar el trabajo de los hombres y el sudor de las frentes agobiadas.

Para Lisandro, estas cosas no cuentan. Jamás ha pensado que nada de esto le pertenece. Trigo, sí, trigo amarillo reventando abundancia, para que haya hambre en su hogar. Y maíz también, para que cada grano caiga hecho dinero en una caja repleta que no es la suya. Pero qué importa, qué importa, Señor, si él ha trabajado el campo durante setenta años, como si fuera una heredad recibida de su padre. El también es como la santa tierra, que da frutas y granos, tubérculos y semillas, sin preguntar jamás qué boca habrá de gustar su sabor.

Destino de la tierra y destino del hombre brotado de la tierra, semejante a un tallo más.

Pero este hombre tiene una historia, y será necesario decirla. Yo sé que cabría en las palabras que pudiera contener mi puño, si fuera posible coger en las manos las palabras, lo mismo que semillas. Nació Lisandro frente al mismo campo que ahora trabaja. Sembrador por generaciones, su padre quiso que a la tierra no le faltaran surcos ni manos para labrarla. Y dejó siete varones fuertes y morenos, como amasados en greda, sin contar cuatro hembras de caderas potentes y pechos generosos. Después, No Lisandro se murió y lo enterraron bajo la tierra viva, para que ella pudiera sorberle los últimos jugos que llevaba en sus huesos y en su carne.

A cambio de esas dos manos que no habrían de empuñar más el arado, hoy catorce brazos nervudos están curvados encima de la gleba para coger sus frutos o dejarlos caer sobre las fauces entreabiertas. Tarea elemental y eterna. Sembrar y recoger, recoger y sembrar, siempre, bajo todos los cielos, con idénticos gestos y actitudes.

Dócil a su destino, Lisandro fué sembrador. El surco constituyó para él una caligrafía fácil, porque además de haberla aprendido, la conocía ya desde que abrió los ojos, desde que fué un germen en el sagrario maternal. Y siguió tras los bueyes soñolientos y resignados, de sol a sol. Y volvió por las tardes a comerse su pan junto al brasero, como lo hicieran antes que él todos los que quedaron a sus espaldas. Y se levantó cada madrugada con el clarín del gallo. Y anduvo sobre el terrón reseco del verano, sobre el lodo invernal, sobre la escarcha agosteña, sobre el rocío decembrino.

Y un día, en su mocedad ardiente, los ojos de una mujer lo encandilaron. Brotaron rojas fucsias en la húmeda tierra de su corazón. Se le incendió la noche de insomnios. Aprendió a lavarse cuidadosamente las manos encallecidas, a engreírse el mostacho, a bailar la cueca con gallardía y a decir palabras de amor. Y una noche,

bajo la luna bruja que plateaba el río y se tamizaba en el verde nuevo de los álamos, sintió unos labios húmedos y calientes en los suyos, y se supo hombre, y volvió al rancho cantando a media voz, como si conversase con los grillos y con el viento que tocaba sus arpas invisibles en las hojas.

Desde el fondo de esa tierra morena que fué Amalia, su mujer, empezaron también a brotar los retoños uno a uno, año tras año, con esa gravidez inconsciente y profunda del campo bien abonado. Ocho críos y una larga enfermedad en quince años de matrimonio agostaron pronto las reservas vitales de la hembra, y una mañana Lisandro, con sus cuatro hijos mayores y tres parientes, hubo de llevarla al cementerio pobre del pueblo, en donde ahora yace, bajo una cruz comida por el tiempo.

Por fortuna, por desgracia —dijo Lisandro cuando supo la noticia—, Amalia tuvo una “chancleta” en su segundo parto. Se llamó también Amalia, como la madre, y de ella heredó la sonrisa tímida, el parco decir, la silenciosa actividad. Desaparecida la vieja, pareció que nada había cambiado en el rancho. Los hombres encontraban siempre el almuerzo listo, el brasero encendido y el mate sobre la boca de la tetera humeante al regresar de sus faenas cotidianas.

Esta es toda la historia de un hombre. Historia sin otro calendario que el de las hojas de los álamos, sin otro placer que el de fumarse un cigarrillo de hoja bajo la sombra de los sauces, sin más religión que la de producir pan para otros.

* * *

Pero en el campo ocurre a veces que un río se desborda, malogrando las siembras. Suele suceder que una helada intempestiva quema los tallos tiernos que recién comienzan a buscar la luz. O acontece que una lluvia maligna se descuelga sin aviso cuando el trigo está engavillado en las eras, pudriendo las espigas.

Desbordamiento, helada imprevista, lluvia destructora, la desgracia llegó también a visitar a Lisandro.

El hijo mayor, Eleuterio, se cansó un día de comerse con los ojos el mismo paisaje y partió en un enganche hacia las faenas salitreras del Norte. Más tarde llegó una carta suya, la cual, entre faltas de ortografía y borrones, traía buenas noticias. El Norte era pródigo en trabajo y en dinero. Para muestra, venía también un giro por cincuenta pesos: ¡una fortuna!

Aquellas líneas fueron un anzuelo dorado para Pedro y Rosamel, que seguían en edad al ausente. El viejo, desde el fondo de su desesperanza, los vió partir un día del rancho sin volver la cabeza. La muerte vino después y le llevó a Juancito, el menor, mientras la patria reclamaba a Juan Antonio, otro de los vástagos, que cumplía veinte años.

En la mesa humilde fueron quedando muchos huecos, que Lisandro no miraba por no salar su plato con lágrimas. Este desbando lo hizo retardarse por más tiempo en el campo cada día. Desde lejos, apoyado en su azada, miraba el rancho entre el humo de su cigarro y la niebla de las pupilas. Y se inclinaba de nuevo hacia la gleba, removiéndola con desesperación, como si cavara en su propia angustia.

Amalia, la hija, confundida siempre entre la ceniza, callada, desvaída como una sombra, no conseguía quitarle el luto del corazón. En cuanto a Anselmo, el único retoño que le quedaba, era un inútil completo. A los quince años no había logrado captar la ciencia ni la paciencia del campesino. Le gustaba corretear por ahí, a través de los potreros inmensos, persiguiendo chicharras y moscardones, o bañarse en el río, junto con otros rapaces de su edad. Más que un alivio era un estorbo junto al padre.

Lisandro trató varias veces de corregir esta holgazanería de su hijo, dándole una que otra zurra; pero entonces el muchacho se escapaba de la casa y permanecía oculto en el monte por un par de días, alimentándose

de quesos y huevos robados o de frutas silvestres. El viejo concluyó por borrarlo de sus preocupaciones.

Aquel día, encontrábase él apoyado en su pala, en el contraluz de la tarde, cuando sintió a sus espaldas los trancos conocidos de un caballo. Antes de haber girado por completo el busto para ver quién se acercaba, llegó hasta sus oídos, filosa como un cuchillo, la voz autoritaria del mayordomo:

—¡Oye, Lisandro!

Estaba habituado a las maneras bruscas del “mandón” y no le concedió ninguna importancia al tono con que lo llamara. Volvióse con lentitud y, a través de las cejas que le caían sobre los ojos formando una media cortina gris, miró hacia arriba la silueta rolliza del recién llegado. Después, con desgano:

—¿Qué hay?

—El patrón acaba'e llegar y te necesita.

—Voy al tiro.

Llegóse hasta el canal, acomodó un armazón de sacos y ramas en la bocATOMA que surtía de agua al campo, echó unas cuantas paladas de barro encima y retornó al sitio en que el mayordomo lo aguardaba. Este lo recibió con una sonrisa de sarcasmo. Por el senderillo que serpeaba en el campo como una raya blanca trazada al descuido enfilaron ambos hacia las casas de la administración. El peón adelante, con la pala en alto como un estandarte del trabajo; detrás, don Ramón, dejando caer a trechos un rebencazo desganado sobre las ancas de su tordillo.

Tras caminar un rato en silencio, el mayordomo emparejó la marcha de su bestia al cansino andar de Lisandro. En seguida dejó caer con malignidad una pregunta, cuyo significado no comprendió de inmediato el viejo:

—¿Cuántos años tenís, Lisandro?

Previendo alguna respuesta chusca, de esas que tanto acostumbraba don Ramón, el interrogado respondió con desconfianza:

—Creo que debo ser unos treint'años mayor que ustedé, por lo menos.

La risa del mayordomo tajeó por un momento el crepúsculo cuajado de arreboles. Luego, como hablando para sí:

—Yo tengo cincuenta. Quiere decir... A ver... Cincuenta, sesenta, setenta... Quiere decir que anday por los ochenta, como quien dice la flor de la edá...

—Eso es, ochenta, on Ramón.

—¿Y no creís que te ha llegao ya l' hora del descanso? Con la parvá d'hijos que vos tenís, te iré que yo' staría en cama hasta las doce, y en los días de lluvia no me levantaría.

—El pobre tiene que trabajar hasta onde puea, on Ramón.

—Güeno, ojalá piense lo mismo el patrón.

Dicho esto, el mayordomo se adelantó, porque ya estaba frente a ellos la puerta de la oficina.

Lisandro tuvo un presentimiento, y desde el fondo de su corazón se encomendó a la Virgen del Carmen antes de trasponer el umbral.

El recibimiento fué frío y cortante. Don Belarmino, el "jutre", antes de dirigirle la palabra dió una vuelta completa a la oficina, se atusó el bigote sedoso, miró la hora en su reloj pulsera y encendió un cigarrillo rubio, cuyo deleitoso aroma llegó a las narices del peón. Por un momento Lisandro tuvo la visión de la frente amplia y pálida del patrón; de sus ojos grises y duros; de sus dientes que espejeaban blancura. Inconscientemente colocó sus manos negras y callosas a la espalda, ocultándolas de aquella mirada sin alma.

Al salir, recordaba confusamente la conversaci3n. Sólo sabía una cosa: que debía abandonar el fundo. ¿Por qué? Porque tenía ochenta años, porque estaba acabado, porque sus hijos no producían para don Belarmino después de haber venido al mundo en "sus" tierras.

—Pero si llevo más de sesenta años trabajando aquí, señor —había implorado como argumento supremo.

—Mayor razón aún —había sido la respuesta categórica—; primero te alimentó mi padre, y yo no tengo ninguna obligación de seguir cargando contigo.

—Pero, ¿aónde voy a irme, señor? Soy viejo... No me almitirían en niúna parte...

—¿Y tus hijos?

—Usté sabe, se jueron.

—Pues, no haberlos dejado que se fueran. Su obligación era seguir aquí.

No pudo más. Salió con un sollozo abierto como una hoja de cardo en la garganta. Le temblaban las manos. Su corazón era un pájaro loco adentro de su pecho. Vacilaban sus piernas, y hubiera querido morirse allí mismo, como un pobre perro apaleado.

Se fué caminando, inconsciente, a través de los potreros. Anduvo cuadras y cuadras con todo el fardo de la noche y de la angustia en sus espaldas. Sintió el rumor del agua como entre sueños; el vaho de la tierra, el cantar de los sapos y el chistido de alguna lechuza. Un viento sonámbulo se puso a mover las zarzamoras. Huyó un conejo asustado al sentir su proximidad. Y él seguía caminando, con los pies mojados por el agua del riego, con la frente empapada de estrellas, con el pecho jadeante, con los ojos trizados de soledad y vacío.

Confusamente pensó que le habían robado algo. Algo que era más suyo que su cuerpo, más que su rancho, más que sus hijos. Por un instante tuvo la sensación de que la tierra lo llamaba, lo retenía con sus zarzamoras, sus charcos de barro y sus pastizales. Pensó que sería bueno acostarse sobre la tierra, besarla tal vez, abrazarla para que no lo despojara de ella.

A diez pasos divisó la puerta de su rancho. Un cuchillo de luz hacía vaina en la noche. Sintió que se le acababan las fuerzas...

—¡Ama...! —alcanzó a decir, y se encontró con la tierra pegada a la cara. Luego, fué como si el campo empezara a sorberle las fuerzas. Volvióse de espaldas trabajosamente y se le llenaron los ojos de estrellas. Eran

espigas, espigas relucientes que nadie cultivaba. Bajó los párpados para guardar aquel oro nocturno.

Y claramente, con profunda seguridad, supo, antes que su corazón se inmovilizara, que ya nadie de este mundo podría quitarle la tierra que era suya por derecho propio.

¡INTRUSA!...

Para Chepa Canales ésa es, justamente, la palabra que define a su madrastra. "Intrusa, sí, metete, floja y fruncía". Como goterones van cayendo los insultos al agua grasienta en que la chiquilla lava los platos. Y no es para menos. Ella tiene que hacerlo todo en la casa: dar de comer a los chanchos, barrer, limpiar la vajilla, y dedicar, luego, el tiempo sobrante a las obligaciones menudas del remiendo y zurcido de las ropas del padre. ¿Y "la otra"? Pues, frente al espejo, modelándose el trazo de las cejas o poniéndose cremas y pomadas fragantes en el "cute". "Así engatusó al viejo —prosigue Chepa—;

así, con su car'e pastel de santo, a juerza'e maulas y añuñucos..."

Se interrumpe un momento para espantar un pollo tenaz que por cuarta vez pretende treparse a la mesa de la cocina. Cumplida esta faena, que le da ocasión para echar fuera dos o tres palabrotas, se arregla un mechón de pelo rebelde con el antebrazo, porque sus manos están mojadas, y prosigue su labor.

Chepa Canales tiene sobrados motivos para estar desconforme. Con su madre —cón su madre "legítima", recalca mentalmente— también tenía que trabajar duro. Pero aquello era diferente. La chiquilla no sabe a punto fijo por qué. Y, no obstante, está segura de que es así. La vieja era de otra laya. En torno suyo crecía una confianza fresca y ancha como sombra de higuera. Hasta su nombre, Esperanza, tenía "un algo" de acogedor y benévolo. Toda ella, con su pequeña estatura, sus pechos ubérrimos y sus floreados delantales, era un venero de palabras buenas y de calor hogareño. Pero hubo de morir, hubo de aquietar sus manos hacendosas entre cuatro tablones de álamo enlutado. Lisandro, el marido, parecía inconsolable al comienzo. Andaba por ahí, en las piezas, en los corredores, en los potreros del fundo, como detrás de algo intangible que lo llamaba. Ausente, a tropezones con la vida y con las cosas de la vida.

La familia había comenzado a desgranarse desde un año antes de la muerte de "misiá" Esperanza. Primero fué la hija mayor, que se casó "a dijusto" con un pueblino que se la llevó a la ciudad. Meses más tarde, Exequiel, el hombre de la casa, que se marchó "p'al Norte" en busca de suerte. Y luego, para remate, Luchita, la consentida de la madre, que tuvo un descuido con el hijo del administrador, costando un triunfo que el seductor le tapara la honra...

Chepa se fué quedando sola por etapas. Ahora, la casa se le figura demasiado grande. Huye de las piezas, que parecen guardar ecos y modulaciones conocidos en sus ángulos. En especial, le tiene odio al cuarto del pa-

dre. Le parece una profanación que la "intrusa" haya llenado el sitio vacante de misiá Esperanza. Ciertamente es que el catre de la finada ocupa hoy un puesto en el cuarto de los cachivaches y que nadie ha vuelto a usarlo desde que el cuerpo de la madre dejó de cargar los colchones. Pero de todas maneras... Es aquélla la misma pieza en que vinieron al mundo los cuatro hijos del matrimonio. Las mismas paredes que vieron la agonía de la difunta, aunque ahora las hayan recubierto con papeles de colores... No. Aquí hay algo malo, feo, repulsivo...

Mientras piensa en todo esto, una ola amarga le ha ido subiendo a Chepa desde el pecho a la garganta. Comprende que si no consigue dejar atrás los recuerdos, el sollozo y el llanto se le desbordarán. ¡Y ella no quiere, no quiere! Estas crisis la dejan agotada, sin ánimo, vacía de acción. Por eso, suelta la vista hacia el campo. La deja pastar un rato sobre los tréboles frescos; la dispara más lejos aún, hacia los cerros de la costa, encima de los cuales aquíétanse unos nubarrones apelmazados y soñolientos.

La visión de unos bueyes echados bajo los sauces, al borde del canal, acaba por apaciguar su ánimo. Entonces comprende que hace mucho calor. El sol de la siesta se pega como una película sutil y ardiente a los objetos. En el patio agrietado juega a los dibujos con las guías del parrón, y hace pesados los olores de la ruda y la albahaca. De pronto, ese mismo sol arroja una sombra sobre la puerta de la cocina. Detrás de la sombra llega la madrastra de Chepa, con un tejido de lana entre las manos. Instintivamente, la chiquilla se repliega como en una coraza de espinas.

—¿Te falta mucho, Chepi?

“¡Chepi, Chepi!” ¿Por qué me dice así? Chepa me llamaban todos; pero ella es letrá y fruncia... ¡Chepi!... Parece el nombre de un pollo...” Tras este comentario interior, la respuesta de la muchacha sale seca y precisa:

—No. Ya me quea poco.

—¿Te ayudo a secar?

—No.

Habla sin mirar a la intrusa, deseosa de que se vaya pronto y la deje pastorear a solas sus pensamientos. Pero la otra ronda por allí. Destapa las ollas. Revisa un paño sucio que cuelga de un clavo y lo zambulle en la artesa.

“Ya tenís trabajo, Chepi —monologa la muchacha—; hay que lavar ese paño”. Pero la madrastra no dice nada, como siempre. Actúa. Tiene mirada de lince para ver las omisiones en que incurre Chepa y solucionarlas de inmediato. Transcurre así un rato largo. Los ojos de la mujer se posan, de repente, en las piernas desnudas de la hijastra, tatuadas, aquí y allá, por los zarzales del campo. Fijándose después en el traje de percal que cubre su cuerpo adolescente, le ofrece con voz conciliadora:

—Chepi, voy a decirle a Lisandro que te compre medias y seda para un traje. Te lo haré yo misma. Es bueno que comiences a arreglarte, porque vas convirtiéndote en una mujercita.

Pero Chepa no cede. Para ahorrarse la contestación hace ruido con las cucharas y pasa tenazmente el paño por una que ya está seca y limpia. Amontona rápidamente los platos y se va en demanda del comedor para dejarlos allí. Por no tener que enfrentarse de nuevo a la madrastra, se retarda en las piezas interiores. Se llega hasta su cuarto. De un libro de oraciones saca a la luz del día un retrato desteñido y barato de la finada. Del fondo de la cartulina, misiá Esperanza la mira con sus ojos oscuros que destilan mansedumbre. La fotografía se abre como una puerta, para que la madre salga a caminar de nuevo por los corredores y los patios de la casona. Chepa ya no puede contenerse más y deja de obstruir los cauces del llanto. Unos lagrimones grandes, caldeados como lluvia de verano, resbalan por su cara. Lloro sin moverse, sin sollozar, abandonada, desesperadamente.

Más que sentirla, adivina, de súbito, una presencia hostil en el cuarto. Sin cambiar en nada su postura, res-

triega sus ojos en la almohada y continúa boca abajo. Entonces suena nuevamente la voz de la "intrusa":

—¿Qué tienes, Chepi?

—Niuna cosa... Me duele la cabeza...

Los pasos de la madrastra se aproximan al lecho. Chepa siente un cosquilleo de repulsión en la espalda y encoge los hombros, instintivamente, como protegiéndose de algo. La voz odiada suena justamente encima de ella:

—¿Por qué no te acuestas debajo de la ropa, hijita?

Es algo superior a sus fuerzas. Con un movimiento brusco se sienta en la cama. Quiere salir, estar sola, llorar hasta dormirse, sin que nadie la oiga ni la moleste. Pero la otra insiste. Quiere abrazarla, y la chiquilla la rechaza con rudeza, poniéndose de un solo impulso en mitad del cuarto. Es toda un manojito de vibraciones hostiles. Tiene los ojos relampagueantes y la boca fruncida en un solo trazo de desdén.

Parsimoniosamente, la madrastra insiste. Hace días que la nota enferma. Chepi debe acostarse. Ella la cuidará. ¿Por qué le tiene odio, a ver?

—Tú eres inteligente, Chepi, y con un poco de buena voluntad podemos hacernos la vida más llevadera, en lugar de estar aquí como el perro y el gato.

—¿Y por qué voy a obedecerle a usted? A mí me crió mi madre y no tengo na que ver con niuna aparecía...

El insulto resbala por la dulzura de la madrastra sin penetrarla. Se acerca otra vez a Chepa y logra tocarla con sus brazos tendidos. Entonces viene la catástrofe. La muchacha, sin medir el impulso de su mano, da con el dorso de ella en la cara de la aborrecida. Instantáneamente, una descarga helada recorre sus nervios. La mano atrevida queda en alto, mientras la mujer se comprime el ojo, y un hilillo de sangre comienza a brotar de sus narices.

La madrastra sale sin decir palabra. Chepa escucha el ruido de una puerta al cerrarse, y un silencio enorme

y tembloroso cunde por toda la pieza. No es su voluntad sino sus piernas quienes la conducen afuera. Sólo al sentir el frescor de la hierba, en el potrero cercano, logra salir de su ensimismamiento. Comprende obscuramente que "eso no debió ser". Su fiereza principia a derrumbarse como un montón de arena.

Quiere levantarse del pasto para ir hasta donde la mujer. No puede. Le faltarían palabras frente al llanto de la otra. Se pondría también a llorar como una bruta y podría ceder ahora... Se mira la mano con que castigó a su... a la "aparecía", y la esconde inconscientemente bajo el delantal. Después se queda observando los tréboles con fijeza. Experimenta un ardor inusitado en la cara y se la oprime con los dedos frescos de hierba. Deja transcurrir unos cuantos minutos inútiles. Se incorpora por fin, y se llega con lentitud hasta la cocina. No hace ruido para estar atenta a lo que ocurre en la casa... Enciende el fuego para las once. Y mientras arde la llama piensa en "aquello". Procura evadir el recuerdo, moviéndose sin cesar. Y, entre tanto, el día se acorta. El sol se ha ido de la cocina, escamoteado por los árboles cercanos. Deben ser las cinco. Sí, las cinco. Se escuchan ya los pasos conocidos de una cabalgadura. Es su padre que viene a saborear el mate de la tarde... Ahora vendrá el temido desenlace.

Chepa le oye abrir las varas que dan acceso a la casa. Los trancos del caballo resuenan, cada vez más violentos, en su corazón. La cabalgadura se detiene en el patio. Campanillean unas espuelas al tocar la tierra. Después, los pasos firmes de don Lisandro. El crujir de la puerta... La voz de don Lisandro.

—¿Tay acostá, mujer?

Las manos de Chepa están crispadas sobre un paño de cocina. Sus ojos miran, sin ver, el fuego que arde. Toda su vida reside en sus oídos, conectados por hilos vibradores hacia la alcoba. No hay respuesta. Otra vez habla el padre:

—¿Qué tenís? ¿Tay enferma?

La contestación es pronunciada en voz baja, pero la chiquilla logra captarla claramente:

—Me puse a partir leña y me saltó un palo a la cara. Casi me vuela un ojo.

—¡Mujer, por Dios! ¿Y no t'hey dicho que no hagay esos trabajos? ¡Como si no pudiera yo mandarte un hombre pa esas cosas! A ver, ¿jué mucho?

—No, hombre. El ojo no más que se me ha puesto un poco morado.

Chepa, desconcertada, no respira. No comprende. No logra traspasar los designios de su madrastra. Su voz ha sido natural en absoluto para decir la mentira. Don Lisandro nada ha sospechado. Un momento después llama a la chiquilla para que vaya a servirle el mate. Por diez veces ésta recorre la distancia que hay entre la cocina y el parrón, bajo cuya sombra se ha instalado don Lisandro. El es ya entrado en años, pero fuerte como una mata de litre. Su ancho bigote ha recogido cenizas de muchos cigarros y de muchos días. Tiene maliciosos y escrutadores los ojos. La boca benévola. Fácil y chispeante la palabra. Sabe tratar a los hombres de campo y hacerlos ejecutar, tan bien como a su caballo, lo que desea. Hasta antes de sus segundas nupcias era el mejor bailarín de cueca del fundo. Ahora se ha vuelto más "casero". No sale fuera de las horas de trabajo. Esquiva rodeos y topeaduras. Algunos dicen que su mujer se lo prohíbe. Otros añaden... Pero a él no le importa lo que comenten. Tiene fe en sus puños y en su rebenque. Si alguna vez le dijeran eso en su cara, seguramente el atrevido no podría repetirlo. Don Lisandro vive apoyado en su confianza y en su equilibrio de varón integral. Sabe bien, demasiado bien, que las viejas hablan y los hombres actúan. Su segundo matrimonio dió tema para muchas noches de invierno en los hogares campesinos. Y, a la postre, resultó que don Lisandro sabía mejor que nadie sus asuntos. Su casa es su casa, y las faldas no consiguieron asordinar su voz fuerte y precisa. ¡Una lástima para los habladores de los contornos!

Don Lisandro termina el décimo mate. Deja pasar unos instantes para que “se l'enfríe la boca”, y parte de nuevo sobre su caballo. La casa queda a sus espaldas, y bajo su techo un pequeño drama que no ha llegado a rozarle la epidermis y en el cual ha tomado parte activa.

Desde la cocina, Chepa lo ha sentido alejarse. Cuando ya las pisadas del caballo se borran, comidas por la distancia, se pone otra vez a pensar. No le queda demasiado tiempo para ello. Su madrastra aparece en la puerta. La culpable la observa de reojo, preocupada de botarle la yerba al mate. ¿Vendrá una explicación? Está pronta, aunque un temor desconocido y obscuro anda lamien-do su espíritu.

Pero la mujer nada dice. Cuando penetra en la co-cina, Chepa se da cuenta de que tiene un ojo sombreado. Baja la vista y vuelve a mirarse la mano. La sumerge en el agua.

La “intrusa” trae un platillo en la mano. “Manjar blanco”, piensa Chepa al observarlo. La otra le alarga el platillo.

—Toma. Me lo trajo Lisandro. Está rico.

¿Es posible? Aquellas palabras son por entero igua-les a las de siempre. No hay doble intención, halago ni re-proche en ellas. Suenan con naturalidad de agua trans-parente. Es demasiado. Chepa se cubre los ojos con el delantal y quiere huir de la cocina. Cae en los brazos de la madrastra, que la esperan como a una ofrenda largamente soñada. La chiquilla se recuesta contra el pecho tibio de la..., de... de ella..., y llora, llora desconsola-damente, con unas lágrimas desconocidas, copiosas, gran-dotas. Se siente oprimida blandamente contra un rega-zo limpio. Una voz acariciante deja caer palabras menu-das en su oído. Entonces estalla:

—¡Perdón!... ¡Perdón!... ¡Perdón!...

Y luego, bajito, en un susurro apenas:

—Mamá..., mamita...

CALLEJON DE LOS GANSOS

“**C**ALLEJON de los Gansos” lo llamaron, y nadie sabe todavía por qué. Será porque resulta una gansada aventurarse por él. O por el desgano de sus curvas, de sus árboles y hasta de sus piedras. Parte desde el pueblucho, flanqueado por dos tapias de adobes que, al nacer, tuvieron miedo de separarse mucho. Cuando estas paredes han caminado un par de cuadras, pierden categoría y tejas. Pierden también un poco de dignidad y hacen curvas de borracho. Más adelante desaparecen, y dos corridas de zarzamora continúan el viaje interrumpido. La zarzamora se aburre, se adelgaza, ralea lamentablemente, hasta enredar una que otra guía en los alambres de púa que siguen. Aquí para el callejón empieza un vía

crucis terrible. Logra conservar su nombre por milagro, equivocación u olvido. Primero es una acequia que se desborda, formando barrizales pavorosos. En seguida unos chanchos que se encargan de explorar el lodo, no dejando piedra por remover. Feliz de haber distanciado aquella inmundicia, el callejón se tiende a la sombra de unos sauces, antes de internarse con decisión en un estero. Sale inconocible al otro lado y titubea un rato, sin saber cuál es su rumbo. Lo descubre por fin, y curioseosa por entre un montón de casas que se apartan desganadas para darle paso. El callejón abre, sin premura, el ojo nocturno de una noria, y ve que se halla en el fundo Los Litres. Así como antes hubo de soportar las vejaciones de los cerdos, ahora vuelve a ensuciarse con los insultos que cambian, de lado a lado, dos comadres. Aquello es tan soez, que el pobre callejón enrojece en unos pedazos de ladrillos con que le han rellenado un bache. Sin embargo, como es curioso, se detiene unos trancos más allá, y escucha:

—Lo que debíay de hacer vos es echate la boca al seno y encerrate en tu casa pa no asustar con tu cara'e lechuza a la gente honrá.

—Eso'e gente honrá no lo habís de decir por vos, seguramente, que echay a l'olla las gallinas ajenas. Ni por tu hija creo que tampoco, porqu'esa, ¡psh! . . .

—¡Deslenguá! ¿Qué le tenís que sacar a la Vitoria? Habíay de fijate primero en la cría tuya, esa lindura'e José Manuel, que trabaja tres días y toma otros tres en la semana.

—¿Y te píte por si acaso dinero a vos pa darse gusto? ¿O tiene que tomarte parecer pa gastar lo qu'es preúto'e su trabajo?

Tras las ventanas de las casas próximas, disimulándose lo mejor que pueden, hay catorce o diez y seis orejas que disfruten con placer de aquella audición gratuita. En apariencia, las contendoras son sólo dos; pero en realidad cada una tiene fervorosas partidarias. Es una lucha de derecha contra izquierda. Las vecinas del lado

de Domitila Lucero simpatizan con Juana Carrillo, y viceversa. Debe ser porque los patios están abiertos por detrás, y desde allí se ven las bambalinas, mientras que desde el frente puede observarse sólo el decorado.

El callejón viene presenciando parecidas escenas desde hace unas semanas. Como sabe que es peligroso terciar en tales disputas, permanece neutral en apariencia; pero de vez en cuando se gasta sus bromas disimuladas. El otro día, por ejemplo, cuando el bombardeo palabreril amenazaba llegar a las vías de hecho, soltó desde un recodo, como una caja de sorpresa, el coche del patrón. ¡Había que ver el desconcierto de las peleadoras! Haciendo un esfuerzo sobrehumano enmudecieron. Pero sus miradas continuaron cruzándose con furor homicida. Por un minuto, los ojos fueron más elocuentes que cualquier lengua. No obstante, cuando el "jutre" les hizo una venia, ambas sacaron desde el doble fondo de su ser unas sonrisas tan beatíficas que los propios serafines habrían sentido envidia. Mas apenas el coche hubo pasado, ya estaban las miradas cruzando sus relámpagos y cada boca quería ser la primera en iniciar el tiroteo. No contaban, sin embargo, con la malicia solapada del callejón, que soltó al mayordomo detrás del amo. Ambas mujeres miraron desoladas al nuevo intruso, y se metieron echando chispas en sus respectivas viviendas. Un gato que se estaba comiendo la "color" pagó las consecuencias en casa de Domitila, y un pollo que picoteaba la ensalada, en la de Juana Carrillo.

El callejón conoce perfectamente el porqué de aquella terrible rivalidad, pero se lo calla con obstinación. El presenció la escena ocurrida cuando Antonio, el marido de Domitila, trajo "de un ala" a Victoria, la hija, que conversaba con José Manuel, retoño de Juana, bajo unos sauces del contorno. La batahola de aquel día fué homérica. Salieron de la casa los lloros desesperados de la muchacha y las palabras rotundas de la madre. Victoria no se vió asomar a la puerta por espacio de dos días, y al cabo de ellos apareció con un ojo morado. Pero Do-

mitila no había concluído su obra, y aprovechó la primera ocasión para vociferar destempladamente en contra de la vecina. Esta supo corresponder a la invitación, y ahí no más comenzó la cosa. Ocasiones hubo en que las espectadoras de uno y otro bando estuvieron a punto de interceder en el pleito, no para darle fin, sino para increpar a la deslenguada que tenía a mal traer a la respectiva favorita. El callejón, en tales casos, ha oprimido con oportunidad el botón de su caja de sorpresa.

Porque el callejón tiene buenas entrañas, a pesar de su aspecto repulsivo. Ahora, por ejemplo, se ha detenido para tomar el pulso a la pelea. Desde las primeras palabras le ha entrado el convencimiento de que el asunto no lleva miras de alargarse. Es que las contendoras, tras habérselo dicho todo, se repiten en forma lamentable. Por eso el callejón las abandona y continúa su trayecto, escondiéndose tras un recodo. Va distraído por entre una sonante hilera de álamos, cuando lo cogen de sorpresa dos muchachos que cambian pedradas con entusiasmo enorme. Son dos rapaces que con sus edades sumadas no alcanzan a completar diez y ocho años. El uno mugriento, pelado a la de Dios es grande, con una chaqueta descomunal sobre unos pantalones que le vienen estrechos, tiene un montón de piedras a su lado, y las va lanzando con soltura y decisión. Pero el contendor —chascón, en mangas de camisa, lo cual es un decir, porque la camisa no tiene mangas— posee dos ojos excelentes, y de un salto deja sin efecto los tiros de su opositor. A su vez, amaga en forma peligrosa la posición contraria, y el otro debe darse maña para que un proyectil no se le rompa en la cabeza...

—¡Ey va ésa, empelotao! —dice el de la chaqueta, disparando un pedrusco.

—¡Y ey tenís la contestación, tiñoso! —grita el rival.

—¡Esa pa tu agüela!

—¡Y esa pa tu hermano el curao!

—¡Y esa pa la Vitoria, que tiene trato con el llave-ro!

—¡Y!...

La frase no alcanza a completarse, porque un impacto en plena frente ha dado en tierra con quien iba a pronunciarla.

El "hechor" aguarda un momento, con la sorpresa asomándosele por entre la mugre de la cara. Luego, al barruntar que la cosa se pone fea, echa a correr por los potreros sin volver la cabeza, tal si una "catervá" de diablos lo persiguiera.

El callejón lamenta que los hijos continúen las disputas de los padres, y luego alarga una rama de sauce al herido para que éste pueda pararse. En seguida hace sonar las aguas de una acequia regadora, invitando al rapaz a que se lave la sangre. Mientras la víctima, con una rabia reconcentrada en su interior, procura borrar los rastros de la agresión, masculla escalofriantes amenazas, la menor de las cuales es enterrar vivo al contendor y venir a regarlo todas las mañanas con lejía caliente.

Quisiera el callejón volverse para ver qué van a decir Juana y Domitila cuando sepan el percance; pero prefiere confiar en que el herido, por hombría, callará el origen de aquel "cototo", atribuyéndolo a un golpe casual. Y prosigue su tortuosa trayectoria por en medio de dos potreros en que el trigo maduro mueve mansamente sus oleadas aurinas. Como es despreocupado, pronto se olvida de todo, dejando que lo arrullen los cascabeles de las espigas y que las chicharras lo adormezcan con el monótono son de su chirrido. Cuadras y cuadras se deja ir, absorto en este sueño, hasta que un rumor de conversaciones viene a sacarlo de su letargo. Cerca de allí, bajo unos nogales frondosos, varios segadores, tendidos con despreocupación, se precaven de los rayos solares que caen en lluvia cegadora sobre los campos. Han terminado de almorzar y charlan con desgano, esperando que la voz del capataz los llame de nuevo a la faena. En los no-

gales o sobre la hierba ponen las hoces un paréntesis. Este paréntesis separa el bochorno canicular de la frescura que bajo los árboles se disfruta.

Como la espera se hace larga, los circunstantes recurren a su habitual entretenimiento para dejarla pasar. Allí, separados uno de otro y dándose la espalda, están Belisario y Antonio, esposos de Domitila y Juana, respectivamente. Los segadores saben que basta apretarles un botoncito para que los dos enemigos comiencen la función.

—¿Y qu'és de Juan Manuel? —pregunta de pronto uno de los malintencionados.

—Salió enta mañana —responde el padre.

—¿Pa'l Sur? —interroga maliciosamente Antonio, aludiendo al rumbo que toma el hijo de su rival cuando amanece con sed.

—¿Y qué tiene que haiga ido pa'l Sur?

—Na; que la cabra siempre agarra pa'l monte.

—Tamién el llavero pasó pa'l Sur endenante. ¿No lo viste?

Los espectadores ríen en silencio. Saben a dónde va la intención de Belisario, pues las voces que corren dan como seguro que el llavero anda detrás de Victoria, afirmando los más atrevidos que por ahí los han visto muy solitos.

—Entonce por ey se v'a trompezar con tu hijo, que ya debe tener viaje enterao y que la'stará durmiendo.

—Con plata d'él tendrá que haber sío, ¿nu'és cierto?

—O con la plata que le sacó del bolsillo a los otros con el naípe.

—¿Te ganó algún cinco a vos?

—No; yo sé muy bien con quien juego.

—¿Me vay a ecir que Juan Manuel es mañoso? —dice Belisario incorporándose.

—No; mañoso no: habiloso...

—Y vos y tu mujer, las piores lenguas del jundo.

—Tu mujer ya tenía casa cuando nosotros llegamos.

—¡Tapaera!

—¡Hablaor!

La cosa habría concluído en bofetadas, de no llegar en ese instante el capataz al tranco largo de su bestia.

—¡Ya, niñitos, al trabajo!

En silencio van cogiendo sus hoces los hombres y se desparraman por el campo, con el alma regocijada por el incidente. Los dos enemigos, fieros, reconcentrados, continúan cambiando pullas a media voz, y al cortar las primeras espigas lo hacen con fruición, tal si rebanaran la garganta del otro.

—¡Dejars'e leseras, niños! —interviene, conciliador, el capataz, interponiéndose entre ellos.

Si las miradas tuvieran el poder de las balas, el colocarse en la línea de fuego le habría costado la vida al amigable mediador.

Consternado el callejón, de tanto odio como ha visto, prosigue por entre unos maizales para mirar la risa de las mazorcas y contagiarse con ella. Camina, camina, entre una música de hojas removidas, bañado por el aroma jocundo de la tierra que entrega sus frutos. La marañña verde se espesa, se vuelve más fresca y forma casi un toldo por encima del callejón. De pronto, una colilla de cigarro barato que humea en el suelo delata la presencia de un hombre. El callejón entreabre las espadas del maíz y descubre allí, tendido en una acequia sin agua, al causante de todos los disgustos que ha pasado: a Juan Manuel. Está boca abajo y hace dibujos raros en la tierra con un palito. De vez en cuando aguza el oído hacia el Norte y retorna a su entretenimiento. Con caracteres toscos y deformes ha conseguido formar una palabra sobre la tierra: "Bitoria". La "t" se apoya lastimosamente sobre la "i", cuyo punto es un hoyo profundo por el cual corre una chinita.

De pronto suenan los maizales y el hombre se incorpora con rapidez. Una canción desganada, que una clara voz de mujer viene diciendo, presta frescor al mediodía. Juan Manuel sonrío y escucha. La voz viene apenas a unos pasos:

*"Te he querido con toda mi alma,
eres dueño de todo mi amor..."*

—¿Son pa mí los versos? —interroga, riendo, Juan Manuel.

—¡Tonto, que me asustaste! —replica la muchacha, deteniéndose de golpe.

Tendrá unos veinte años. Es morena, fresca, de ojos profundos y caderas armónicas. En el gesto se le ve que no aguardaba el encuentro. Por eso pregunta:

—¿Y qué'stay haciendo aquí vos?

—Esperándote.

—¿Cómo supiste?...

—Oyí cuando la fiera'e tu mama te dijo anoche que teníay qu'ir a las casas del jundo.

—¿Y no saliste a trabajar?

—Aunque me hubieran pagao en oro. Hace dos semanas que no te doy un beso.

Ha avanzado unos pasos, y sin aguardar mucho, coge a la muchacha por el talle.

—Y estay más re bonita —dice.

—Y vos más entraor...

—Te quiero.

—Y yo. ¿Creís que a palos van a sacame del corazón el cariño?

—¡Así me gusta oírte!

Ambos personajes se internan lentamente por el maizal. El callejón curioseosa en vano por entre las hojas. Al fin, decide volverse, lleno de regocijo, para ver lo que ocurre allá en casa de las mujeres. Llega en el preciso instante en que Domitila, asomada a la ventana de su casa, vocifera:

—¡Prefiero ver a mi chiquilla con la peste ante de dásele a tu borracho!

Y Juana, desde el umbral de su vivienda:

—¡Y yo quisiera que a m'hijo me lo aplastara una carreta ante que vos jueray su suegra!

Ocultando la risa el callejón corre hacia el trigal. Allí, desde diez pasos de distancia, los padres continúan el tiroteo.

—Ante de un mes, la Vitoria estaría muerta de hambre si se casara con tu sinvergüenza.

—No quiero pensar lo que le pasaría a Juan Manuel. Por lo menos, moría de repunancia.

El callejón levanta pícaramente un remolino de tierra, y retorna al sitio en que dejó a la pareja. Aguzando el oído, alcanza a escuchar entre la espesura verde:

—Naide poirá quitame que sea tu mujer, Juan Manuel.

Y la voz del varón.

—Y yo mejoraré la conduta pa que naide tenga que icir na de mí.

—¡Y aunque no, siempre te quiero!

—¡Palomita!

—¡Mi hombre!

El callejón, alegre, ágil como un arroyo, sigue y sigue por el campo. Sobre un peral amarillo de frutos, arrullanse dos tórtolas. La siesta canta como una guitarra sobre los potreros, las flores y los seres. El callejón, serpeando grácilmente, trepa por la dulce comba de una colina. Reaparece por última vez en un flanco del promontorio, y se pierde allá lejos, como si buscara el sitio en que la tierra y el cielo se dan un beso, borrando todas las distancias.

UN HOMBRE Y UN PERRO

ROBERTO Cáceres, "El Peine", viene por el camino remolcando su sombra. Chino, su perro, trae las orejas aplastadas por el calor. Con trotecito corto camina, sin levantar la cabezota, demasiado crecida para el cuerpo. Ya no se detiene para olisquear aquí y allá, como al principio de la jornada. Dos leguas de carretera terrosa se le han enredado en las patas. Sin embargo, el amo no lleva miras de pararse. En fin, ya llegarán... El Chino sigue y sigue. Va quedando en el polvo el vaciado de sus patas, junto a las grandes pisadas de "El Peine".

El camino se tuerce sin aviso y desemboca en un remanso de sauces. El aserradero de una chicharra saca virutas al mediodía. Un agua desnuda y niña va cantando

por entre zarzamoras. Se ríen, más allá, los maizales de bigote rubio, junto a un rancho de techo vegetal.

—Hast'aquí no más, guachito. La cama'stá lista. Vos vay cansao, ¿nu'es cierto?

El Chino se para sin responder. Nunca discute a su amo. Tres años de vagabundaje con "El Peine" le han enseñado bastante. Sabe muy bien que es necesario callar cuando el hombre levanta una mano. Si la mano hace el gesto de acariciar una cabeza invisible, es que debe tenderse en el suelo. El castañeteo del pulgar y el medio significa "¡vamos!" Y si el otro dice "¡agarral, seguramente hay enemigos delante. Estos enemigos suelen ser casi siempre un conejo o una gallina indefensa que se alejó mucho del corral.

Con el vientre pegado al pasto de la orilla, Roberto Cáceres descifra el mapa de una hoja seca. La ve surcada de infinitos caminos, como la tierra. Para un insecto microscópico, esa hoja puede ser el mundo. Un mundo con montañas, valles y llanuras. A él, insecto grande, la tierra le parece vasta. Por eso no ha dejado de recorrerla. La conoce un poco; por lo menos esta franja que va de Norte a Sur, entre la cordillera y el mar. Primero anduvo solo, porque las amistades estorban casi siempre. Pero un día encontró al Chino. No este Chino grandote que está ahora echado junto a él; era entonces un perrillo flaco y tímido que se quedó mirándolo con ojos limosneros. Un pedazo de pan sirvió de tarjeta de presentación entre los dos parias. Fué allá en los arrabales de Coquimbo, un día que "El Peine", hastiado del Norte, buscaba el modo de embarcarse sin pagar.

Desde entonces no se han separado. La buena y la mala fortuna los ha sorprendido en estrecho compañerismo. Se entienden bien. Para Roberto Cáceres, hombre corto en palabras, el Chino es un compañero ideal. Pueden andar muchos kilómetros en silencio, sin que por eso amengüe la estimación que mutuamente se tienen. El perro exige apenas algo en qué entretener los dien-

tes. Y cuando no lo hay —¡qué hacerle!— se aguanta y sigue al hombre sin rezongos ni desmayos.

—Ahora, Chino, le haremos un empeñito a comer algo...

Hurga en la bolsa quintalera. Tropieza con un pan grande y una buena tira de charqui. Sin despegar el hocico de la hierba, el perro sigue la maniobra con ojos de codicia. Atrapa al vuelo la parte que el amo le cede y mastica ruidosamente. Se desocupa antes que el hombre, y continúa en la misma postura de antes. El calor y la sal del charqui han secado la garganta de Roberto Cáceres. De bruces en la acequia, bebe a grandes sorbos y retorna a su puesto.

—Ahora me vendría de perilla un cigarro. Pero no tengo, Chinito... Vamos a dormir la siesta, mejor...

Se desliza sobre la cara el sombrero de alas caídas, acomoda su cuerpo, y al cabo de un momento respira rítmicamente. También la modorra ha comenzado a ganar al perro. Tiene ya cerrados los ojos, cuando su oído percibe un rumor lejano. Explora el camino y descubre a la distancia una nubecilla de polvo. Ronda entonces en torno al dormido, que por fin lo siente.

—¿Qué te pasa, guachito?

Sigue la mirada del animal y encuentra el objeto de su atención. “Arrieros —piensa, incorporándose—; a lo mejor traen cigarros”.

La nube ha ido creciendo. Se divisan ya las siluetas de dos jinetes. Hombre y mujer. Ella es rubia, fina, elegante en su traje de amazona. El, tostado y fuerte, monta con gran desenvoltura.

—El jutre ha'e traer cigarros, Chinito. A ver si le sacamos uno.

Sale a la carretera y pide con tono respetuoso. El jinete mira a su compañera con velada picardía y extrae una pitillera de plata. Tiemblan un poco las manos de “El Peine” al tomar el fino cigarrillo; de reojo ha visto que la joven lo observa con curiosidad.

—Gracias, mi caballerito... Disculpe el atrevimiento, pero, ¿poiría ecirme aónde hay trabajo por aquí?

Sonríe el otro abiertamente y pregunta:

—¿Qué sabes hacer tú?

—Cuarquier cosa, patrón; le pego a too.

—Bueno. Sigue caminando. A la vuelta del otro recodo está el molino de mi padre. Dile que yo te mando.

—Dios se lo pague, caballero.

Se queda inmóvil un momento, hasta que los jinetes se han alejado, y vuelve después junto al perro. Huele el cigarrillo y comenta:

—Es de los güenos, ñato. A lo mejor me l'hincha el hocico.

* * *

Dos días lleva Roberto Cáceres en el molino "El Angel". Su tarea es ruda, pero sencilla: hombrear sacos de trigo y vaciarlos en el granero, para que el "pavo", insaciable, lo lleve a las lavadoras. Trabaja con alegría. Gana seis pesos cincuenta, más un par de buenas galletas. Peor es nada.

—Con una semana'e pega tengo pa unos calamorros y pa unos pantalones —comunica a su perro, que pacientemente lo aguarda echado por allí cerca—. Aguántale no más, guachito —añade a la otra vuelta—: el domingo seguimos viaje.

Las tres de la tarde. El sudor ha pegado al cuerpo la camisa de "El Peine". Quisiera descansar un rato, pero la mirada severa del capataz se lo impide. Es mala persona el capataz. A primeras vistas comprendió Roberto Cáceres que no iban a ser amigos. Procura no dar motivos de queja. Carga y vacia con regularidad de máquina. Y el otro pasea y pasea, sin alejarse mucho de allí. "Tiene bigotes de col'e macho", piensa "El Peine", riéndose para adentro. "¡Y el moíto'e mirarme!", prosigue. "Parece qu'estuviera encalillao con él. ¡Chis!, será por el bonito juego'e dientes que se gasta"...

—Oiga, Cáceres, ¿este perro es suyo?

—Sí; mío.

—Mañana lo va'ejar amarraíto ajuera, ¿no? El patrón lo contrató a usted solo.

—¿Y aónde quiere que lo eje? Usted sabe que no tengo casa.

—Yo no sé, pero no quiero velo aquí.

—¿Qué le hace el pobre animal, señor? Ahí lo ve: echaíto y sin molestar a naide.

—No sé na yo. Le igo que no me gusta, y se acabó.

Va a contestar, indignado, y se contiene. Alza con rabia un saco y camina sin chistar hacia el granero. “¡Viejo bruto —rezonga entre dientes—; no caese muerto!”

El capataz parece complacerse en su indignación. Un momento después va hacia el perro y le ordena, amenazante:

—¡Yastá, quítate d'ey! Tay estorbando la pasá.

El perro lo mira y gruñe sordamente, sin moverse.

—¿Tamién es bravito el niño, ah? ¡Quítate, moleera!

Hace ademán de atizarle un puntapié al ver desconocida su autoridad; pero el Chino se incorpora y se le enfrenta ladrándole.

“El Peine”, que ha permanecido a la expectativa, interviene entonces. Apacigua al Chino y se encuentra con los improperios del capataz:

—¡Miren que andar triendo animales bravos!... ¿Di aónde se le ucurriría al patrón almitite aquí?... Yo le voy a quitar lo guapo al niño este.

Mira a su alrededor y agarra una pala, que es lo que hay más a mano. Intenta precipitarse sobre el Chino, pero el otro lo detiene bruscamente:

—¡A mi quiltro no lo maltrata naide! Y menos usted.

La pala se vuelve entonces contra “El Peine”. Pero éste se adelanta, y con rápido movimiento inmoviliza las manos agresoras. Hay una corta lucha, en la que, por supuesto, el peón saca ventaja. La furia del capataz se estrella inútilmente contra la destreza del otro, más robusto y más joven. Recurre entonces a una triquiñuela. Levanta bruscamente una rodilla y da con ella en el es-

tómago de "El Peine". El impacto produce su efecto, y el viejo aprovecha para librar la pala. Con ella lanza un golpe a su contrincante; pero no da en el blanco, porque Cáceres se ha desplazado con presteza. Zumban dos recios puñetazos y rueda el capataz, sangrando por la nariz.

Pero el molinero y su ayudante han presenciado la escena. Corren entonces y aseguran a "El Peine" por detrás. Se juntan después el administrador y otros peones. Entre todos conducen a Roberto Cáceres a la oficina. Allí se le llena de injurias y, por último, se llama por teléfono a la comisaría, para que vengan por el "bandido".

* * *

—¿Por qué traen a éste?

—Quiso matar al capataz del molino "El Angel", mi teniente. Lo agredió con una pala y lo dejó herido en la cara. Después se resistió a la autoridad y me insultó a mí y al dragoneante Muñoz.

"El Peine" sabe que sus palabras no serán escuchadas. Calla, con los ojos amarrados al brillo de una carabina que duerme en un rincón. Oye sonar afuera los pasos matemáticos del soldado de guardia. Una mosca ronda con insistencia en torno suyo. No se atreve a espantarla. Detrás de cada uniforme presiente a un enemigo implacable. Los ojos de aquellos hombres han perdido todo destello humano. No les caben la comprensión ni la piedad en el pecho lleno de botones por fuera y de disciplina por dentro.

—¿Cómo te llamas?

—Roberto Cáceres, señor.

—¿Dónde vives?

—No tengo casa, señor. Vengo del Norte, de Coquimbo.

—¿Y cuántos salteos hiciste por allá?

—Yo no soy saltiaor... El capataz quiso pegarme con la pala y...

—No te pregunto eso ahora. Más rato, cuando llegue tu víctima, veremos lo demás. ¿Qué edad tienes?

—Veintinueve años, señor.

Siguen, por un rato, las formalidades. El teniente es delgado y pálido, de cabellera engominada y bigotillo microscópico; tal vez un hijo de familia que fracasó en sus estudios y adoptó la carrera militar como un recurso desesperado. Interroga al preso con gesto displicente. Su voz, no obstante, es ruda por costumbre. En cada preso ve un criminal o un salteador. Tal vez nunca se le ha ocurrido pensar que los parias que allí llegan puedan esconder dolores y sentimientos tras los harapos.

—Lleven al calabozo al guapito éste.

Dos soldados lo empujan sin miramientos. Al enfrenar la puerta de calle, mira involuntariamente hacia afuera. Allí, en la acera de enfrente, el Chino aguarda, echado sobre su paciencia. Al divisar al amo, se incorpora y atraviesa la calle con rapidez. Pretende franquear la puerta; pero el centinela lo arroja de allí a puntapiés. “El Peine”, instintivamente, quiere detenerse. Dos empujones lo hacen avanzar hasta la celda. Antes de cerrarlo, la bota de uno de los soldados le prueba la dureza del trasero.

El calabozo es estrecho y apesta horriblemente. Se divisa en un lado la húmeda firma de algún borracho que pasó allí la noche. Las murallas mascullan indecencias y faltas de ortografía.

Pasa un rato largo que Roberto Cáceres llena con paseos y cavilaciones. La indignación del capataz confirmará lo que dijeran sus aprehensores al teniente. No tiene más que su palabra para defenderse. Será condenado. Le quitarán por mucho tiempo su alegría de ir por el mundo, bajo los cielos libres, en la claridad de los caminos que escriben su signo blanco frente a todos los horizontes...

* * *

Entre dos uniformes y dos fieros semblantes, camina Roberto Cáceres hacia el Juzgado. El Chino va a la zaga, con andar temeroso, sorprendido quizá de lo que ocurre. Tal vez sea una broma de las que el amo le

gasta a menudo. No se confía, sin embargo. Ya sabe que las botas militares se permiten caricias demasiado pesadas. Sí, es más prudente ir a la distancia hasta ver en qué para todo aquel aparato.

Al trasponer la puerta del Juzgado, detrás del cual queda la cárcel, "El Peine" vuelve la vista. Encuentra la mirada leal y húmeda del perro. El choque dura apenas unos segundos. Pero el hombre pone en ella todo su corazón y su amargura.

"Ni Cristo te va a despintar los dieciocho meses de "cana", habíale dicho el teniente. ¡Dieciocho meses! Su amigo de vagabundajes tendrá sobrado tiempo de morir. Desde el punto de vista humano, es un perro inútil. No sirve para guardar una casa. Porque una casa significa limitación y propiedad, y el Chino se acostumbró a creer que el mundo era infinito y de nadie. ¿A dónde irá? En la ciudad pronto le darán veneno. Quedará su pobre cuerpo en cualquier parte, junto a un poste del alumbrado, tal vez, hasta que el carretón de la basura lo lleve al vaciadero...

"El Peine" baja los párpados para que no se los vean mojados. Avanza por un largo corredor, hasta que lo detienen en la antesala del señor juez. ¡Dieciocho meses! Para entonces ya le importará bien poco la libertad. Algo se le ha quebrado muy adentro. Recuerda la última mirada del Chino. "Ningún cristiano tiene los ojos más francos que un perro", piensa. Y es verdad. Las personas que pasan a su lado van con las miradas ausentes. Unos las llevan turbias por el odio, otros, por el miedo. El Chino se ha quedado solo afuera. El hombre está más solo aun entre los humanos.

El reo se pasa disimuladamente la mano por los párpados. Se abre una puerta. El secretario hace un gesto a los soldados. Roberto Cáceres avanza por sobre su propia pesadumbre.

Al día siguiente, todavía el Chino aguardaba en la puerta del Juzgado.

UNA JORNADA DE DON FLORO

CUANDO la segunda clarinada de los gallos cae como un agua fresca en el patio, la cabeza de don Floro deja de cargar las almohadas, y los ojos se le van hacia el tragaluz de la ventana. Un disgusto le mueve la frente. El día está emponchado en recias nubes de color ceniciento. Con la humedad volverá a dolerle la rodilla lisiada. Pero no importa. El tiene que levantarse. Le molestan las sábanas a esa hora. Desde mocososo su taita le obligó a madrugar. Nunca, salvo aquella vez en que su pingo le rompió la pierna, ha permanecido en cama hasta más allá de las seis. Le gusta pisarle, aunque sea una puntita, al pañuelo del alba. Además, el alboroto de las gallinas anda moviendo su impaciencia en el corral.

Al abrir la puerta, el día gris de afuera se mezcla al día desteñido que hay en los ojos de don Floro. El cielo amenaza lluvia. "Güeno —piensa el viejo—, tendré que quearme too el día cerca'el brasero". Va a la cocina y llena de maíz un canasto. Al sentir sus pasos, las gallinas arman comicios en la puerta del corral. El se abre camino parsimoniosamente por entre el montón de plumas y crestas movedizas y, como un sembrador, comienza a derramar los granos a puñados. Suenan los picos en tamborileo de aguacero y los buchets van inflándose lentamente. Concluída su tarea, don Floro hace mutis, seguido por cinco a seis pollos insaciables.

Setenta y dos años pesan apenas en las espaldas de Floridor Muñoz. Tiene la cara arrugada de tanto mirar la tierra. Hasta sus manos, por una suerte de mimetismo, han adquirido el tono y las sinuosidades del campo arado. Lo primero que recuerda de su vida es un rancho solo, junto a un estero, y un camino que se iba escribiendo en blanco hacia el cielo. Su madre era una mujercita apagada como una brasa con ceniza. Nunca le vió las manos quietas. Siempre yendo y viniendo, del rancho a la cocina y de la cocina al estero, acompañada del carraspeo de sus zuecos o silenciosa como una sombra, no tuvo tiempo de mimarlo. Florito se crió por su cuenta, como una mata de espino. Porque el taita, ¡ah!, con el taita no había que contar. Andaba siempre lejos, detrás de su yunta de bueyes o cuidando la "siembra". Y tenía mal genio. Decía palabrotas terribles por cualquier cosa, y una vez estrelló el mate contra el suelo porque se le había "tapao la bombilla". Así, Florito no pudo trabar conocimiento con los libros. Tampoco aprendió a jugar. Pronto su padre se lo llevó consigo y supo cómo había que escribir un surco o hacer una represa de barro y ramas para regar los camellones. De este modo, los años lo fueron estirando hasta hacer de él un mozo callado y arisco. La tierra se tragó a los viejos, uno tras otro, y una tarde de febrero se encontró solo en el rancho, contemplando por la ventana tosca el sembrado de sandías y melones, ya fructificados en cosecha magnífica. Miró

las ollas vacías y la mesa llena de moscas, y pensó que necesitaba compañera. Surgieron ante sus ojos las trenzas de la Rosa Garrido, que vivía en las casas de más abajo. Descubrió que le gustaba. Comenzó a visitarla con cualquier pretexto. No fué mal recibido y se envalentonó. Hasta que una noche, en el velorio de un "angelito", con unos cuantos tragos de "glorio" en la cabeza, aunque no con la lengua muy firme, confesó su cariño. Fué aceptado, y casi al alba se volvió al rancho, más borracho de dicha que de alcohol.

Del matrimonio le nacieron tres hijos: dos varones y una "chancleta". El menor se le murió de un empacho antes de cumplir los tres años. Todavía se le humedecen las pupilas al recordar las "gracias" del mocoso. Pero se consuela. Le quedan la Maiga y Mañunguito. La Maiga reemplaza con ventajas a su mujer, que una noche se apagó como había vivido, silenciosamente. ¿Y Mañunguito? ¡Ah! Mañunguito fué "habiloso" desde que abrió los ojos. El viejo no descubre de dónde pudo venirle a su hijo la afición por la "letura". Aprendió solo a conversar con los papeles. Verdad es que el hijo del patrón don José le regaló un silabario y hasta se dió el trabajo de deletrearle las primeras lecciones. El viejo, tozudamente, piensa que el chico habría aprendido de todas maneras sin esta ayuda extraña. ¡Vaya si habría aprendido! ¿Ha necesitado acaso de la mano de alguien para llegar a la posición que ahora ocupa? ¿Alguno le ha facilitado dinero para comprar una casa en el pueblo; esta casa que tiene un gran corral para las gallinas y hasta unos metros de terreno, que él sigue cultivando por no perder la costumbre? Decididamente, Mañunguito se pasa de agradecido. Está siempre recalcando con insistencia que todo lo debe al hijo de don José: sus estudios en la escuela del pueblo, su empleo en el Banco, todo...

Poco a poco el cielo ha ido acercándose, como si quisiera envolver la tierra. El viento, en remolinos, hace embudos movibles con las hojas caídas. Hay un momento de calma, como una pausa entre dos tonos de una sinfonía, y caen las primeras gotas de agua repiquetean-

do cual moneda en los zincs. Don Floro busca el refugio de su cuarto. Enciende carbón en un brasero pequeño y va al pilón a llenar la tetera. La lluvia, que ha ido intensificándose, le acaricia la espalda y le desliza algunos goterones en el cuello. Regresa encogido junto al fuego, renegando entre dientes de la pierna que comienza a dolerle. Pero la perspectiva del mate sabroso hace que olvide pronto su mal humor.

Ha dado ya dos o tres chupadas a la primera cebadura, cuando siente que Maiga anda por la cocina, en los trajines del desayuno. Por ella sabe que son las siete de la mañana; nunca se levanta antes ni después. Lujos que permite la ciudad. En el rancho, la muchacha tenía que levantarse junto con él. Pero las cosas han cambiado. Mañunguito se va a las nueve a la ocupación. No hay por qué apurarse. "Ta bien —medita—; pa eso le costó su güeno al muchacho aprender a escribir". Lo que es a él, Floridor Muñoz, nada ni nadie lo hará cambiar de costumbres. Se moriría si no pudiera estar de madrugada entre sus gallinas y sus siembras. Voluntariamente ha pedido la última pieza de la casa. No quiere molestar con sus ajetreos matinales. Además, desea conservar una esquinita de ilusión de creerse todavía en el campo.

Las cavilaciones se le acaban a don Floro junto con el último mate. Se encoge bajo su manta —nunca quiso abandonarla, pese a los ruegos del hijo— y el sueño lo atrapa con blandas garras de gato. Lo despiertan, dos horas más tarde, los pasos de Maiga. Está parada en la puerta, con cara de noticias importantes. El viejo la mira a través de su modorra y sacude el sueño como la ceniza de un cigarrillo. Maiga tiene, vagamente, las facciones de la finada. Salió más habladora que la madre. A veces, cuando la soledad se arrincona en sus ojos, viene a despuntar una charla con el viejo. Ahora parece preocupada y anhelante. Trae anidadas las manos bajo el delantal. Sus trenzas doblan la dulce loma de los hombros y caen hacia la madurez del busto. Estas dos cosas —el gesto encogido y las trenzas— las trajo del rancho.

La ciudad no ha conseguido robárselas. Ella desearía arreglarse como las niñas del pueblo y pulir su lenguaje. No puede. Falta de instrucción y sobra de cortedad. Teme desentonar entre los amigos que su hermano trae alguna vez a casa. Se escabulle. Limita sus actividades a servir el té o a colocar los ceniceros al alcance de la mano. El espejo le ha dicho que es fea. No tiene novio ni lo busca. Es una solterona de veinte años. Ahora está recortada contra la luz de la puerta. La lluvia cae a sus espaldas con persistencia de cosa irremediable. Habla:

—¿Sabe, taita?

—¿Qué, m'hija?

—Mañungo se v'a casar.

—¿Y qué?

—Se v'a casar con una niña decente... Anoche'staba palabriendo a los dos amigos que vinieron con él pa que le sirvieran de testigos.

—Güeno, m'hija. El muchacho'stá ya en edá de buscarse collera. No hay de ser yo el que le vaya a parar el pingo...

—Es que v'a poner padres falsos. Se avergüenza de usted. ¡Claro! Como él es un caballero, no puee ser hijo suyo. ¡Con eso le paga lo que se ha sacrificao con él!

Don Floro, encogido bajo el poncho, fija obstinadamente sus ojos en el brasero. Por una hendedura de la ceniza alcanza a divisar una rayita de fuego. En balde busca allí una respuesta. Algo denso y obscuro le anda por adentro del pecho. Una cosa parecida sintió cuando le anunciaron la muerte de su hijo menor. Traga saliva, porque la garganta se le ha secado un poco, y contesta. La pesadumbre va como un agua nocturna por sus palabras.

—Yo soy un pobre viejo inútil y sin estrucción, m'hija. Mañungo no lo hace por maldá, seguramente. No habrá querío avergonzarme. Y me ha evitao una molestia. Yo l'estoy agradeció por too. D'el es la casa, él me da'e comer y él manda.

Maiga amontona argumentos. Implacablemente zahiere a su hermano por "atropellar al taita" de esa mane-

ra. En el fondo, no lo siente tanto por el padre como por su dignidad ofendida. Sin conocer a su futura cuñada, le cuelga defectos y la emborrona con todo su despecho.

—Seguro que la novia le ha metió estas cosas en la cabeza. Debe ser una d'esas... ¡psh!, que llaman de la sociedad: curse, y con más pintura que una casa en el dieciocho... Lo qu'es a mí, m'importa bien poquito. La rabia que me da es que lo mire a usted como estropajo.

Pocos ánimos tiene el viejo de discutir asunto tan grave. Cada palabra de la muchacha le exprime zumo de angustia en el corazón. Busca un lazo para pialar el desborde verbal de su hija y lo encuentra en un ruido que viene del fondo de la casa. Se incorpora, y recupera en seguida su tono de habitual indignación:

—¡Moleeras no más! Ya'starán los mocosos del vecino apaliando el almendro. Hay qu'estar de punto allá; si no, se roban too lo que da pa'l lao'e la pael...

Eclipsa su cara bajo el sombrero aludo, y sale. Los telares del agua le tejen la actitud agazapada y furtiva. León, el perro, su perro, que tiene cola infantil y orejas de rebenque, viene hasta él con gesto de travesura. Lo aleja con el ademán de recoger una piedra invisible del suelo y echa su expectación hacia los árboles. Se ha equivocado. No hay nadie allí. Nadie más que la lluvia llamada de soledades y tristezas.

* * *

Todito el santo día estuvieron los minutos cayendo a goterones desde las nubes. Floridor Muñoz dejó pasar la jornada vacía entre cavilaciones, mates y sueños. Ahora, al crepúsculo, el sol alumbra la tierra empapada desde el oro violento de las nubes. El frío viene del Sur, desenvainando cuchillos de viento. Acá y allá, entre algodones, tiritan trozos de cielo, como percales puestos a secar. A un metro de la cordillera, la luna, desvaída aún, camina con paso de sonámbula.

Mira el viejo el patio encharcado y piensa en su campo. Coínco. Son treinta kilómetros al Sur, inclinándose hacia la costa. Casi un día de viaje en carreta. "Puedo

partir el lunes", monologa. Inspecciona la habitación con los ojos. Tiene poco equipaje que llevar. Lo suyo, nada más que lo suyo: la cama, el brasero —incluyendo, por supuesto, la tetera y el mate—, el viejo baúl de raulí, por ser recuerdo de la difunta, y... nada más. Claro, nada más. Las otras cosas son de su hijo... Venderá las gallinas; dos días antes el vecino le anduvo buscando negocio... Y a trabajar. Todavía se siente capaz de romper la tierra y hacerla parir abundancia. Después, bueno, después la tierra tendrá que recogerlo a él, bien perfumado de sus frescos aromas.

Pasa la Maiga en el contraluz del atardecer, y el viejo la llama:

—M'hija, v'a tener qu'escrebirme una carta. Es pa don José, el patrón que tuvimos. Lo salúa y me le ice que quiero irme de pión al jundo. Que me mande tamién una carreta pa llevar las pilchas. Póngale que me apura.

Maiga sabe que es inútil discutir. Cada vez que don Floro habla en ese tono, mejor es apretar bien la boca.

—Ta bien. Pero no pueo hasta después de comía.

—Haga sus cosas no más. Cuando se esocupe comenzamos.

Afuera, el cielo está límpido y tirante. Algún rastro invisible amontonó las nubes detrás de los cerros. El primer lucero, en el fondo de una pocita turbia; después, en los ojos mojados de Floridor Muñoz.

EL camino viene cansado del cerro. Allí, junto al estero, da una vuelta de perro con sueño y se acuesta después en el remanso. Se refresca en el agua un par de metros y prosigue su viaje al encuentro del sol. Más allá le sale al paso una zarzamora, que le aprieta un poco la cintura. Entonces el camino estira un brazo y golpea la casa de don Justino para preguntar por el pingo del viejo. Una vara topeadora le corta el avance frente al corredor. Pero la cabalgadura del dueño de casa hace tres días que no imprime sus cascos ni su paciencia en aquel sitio. Don Justino está tendido en su camastro, adentro. Doña Carmelita, su mujer, opina que le han "tirao" alguna brujería. Rita, la hija, y Chumingo, el peón,

piensan lo mismo. Por eso están reunidos en la pieza contigua y buscan el medio de hallar una "contra" que conjure las dolencias del enfermo.

—Mama, ¿ha oído hablar de la Ufemia, la'el Bajo?

—Sí, m'hija. Cuentan qu'es bruja...

—Güeno, a mí me le ocurre que d'ey viene la cosa.

—Tu taita no ha tenío nunca un sí ni un no con esa mujer. Cuantuá, cuando l'escasez de papas, Justino le regaló un par de sacos, ¿te acorday?

—Sí, pero esas alimañas pagan siempre un bien con un mal. Naide me v'a despintar a mí qu'ésa tiene toa la culpa...

Chumingo, gacha la cabeza, intercepta un poco de la escasa luz que cae por la puerta. Tiene los pulgares embutidos en su faja tricolor y la pierna derecha doblada contra la pared. Lleva veinticinco años entre la chacra y el pueblo. Tenía siete cuando don Justino lo tomó "pa los mandaos" en su casa. Primero se quedó allí por "necesidá"; después, por agradecimiento; más tarde, por costumbre..., y por algo más. En este algo más andan metidos los ojos verdes y las trenzas negrísimas de Rita. Le lleva diez años de ventaja a la muchacha. Se acostumbió a sus caprichos y a sus golpes.

—Chumingo, quelo el nío del álamo —pedía Rita en su media lengua. Y el peón escalaba el álamo, para ver agrandarse de asombro las pupilas de la tiranuela frente a los huevecillos pintados.

Y así fueron estirando juntos. Poco a poco los racimos altísimos del parrón han quedado al alcance de la mano de Chumingo. Rita se plantó una cuarta más abajo. Por eso, cuando las uvas tientan su glotonería, tiene que recurrir al hombre:

—Chumingo, ¿por qué no bajay unos racimos de la rosá?

Y el peón, como antaño, accede, satisfecho en el fondo de que sus servicios sean requeridos. Le gusta verla devorar uno a uno los granos jugosos. Así se dejaría triturar el corazón si ella se lo pidiera. Pero Rita tiene otras cosas de qué ocuparse. No ha querido ver su devo-

ción de hombre tímido y callado. Le agrada la palabrería huera de otros, que disimulan con frases el vacío de su corazón. Cuando viene a la casa don Gustavo, el hijo del "jutre", la moza se viste el cuerpo y el alma con percales domingueros.

—¡Entremetío! —piensa Chumingo cada vez que recuerda...

Ahora está esperando. Sabe que algo saldrá de la conversación entre las dos mujeres. Una orden, y él tomará su caballo para hacer lo que se le diga. Tranco a tranco, pespuntando el camino y los pensamientos, irá hasta el fin del mundo, sin fijarse en distancias. Volverá después y, al mirar la casa desde lejos, pensará que Rita lo aguarda junto a la vara. Entonces podrá hablarle de aquello. Decirle de una vez por todas lo que ha sido su vida sin un cariño: campo sin dueño, surco de otoño sin semilla... Se le arrancan, sin embargo, se le escabullen las palabras como potrancas chúcaras. Y ya frente a ella, mirándole la curva jugosa de los labios, calla, calla siempre, mientras galopa la sangre por los caminos de su cuerpo...

—Chumingo...

Con un golpe de párpados, el peón retorna desde sus pensamientos a la estancia. Se acomoda de nuevo al ritmo perdido de la conversación. Con el pucho de su cigarrillo van a dar al medio del patio sus divagaciones.

—¿Conoce, Chumingo, a on Rocha, el viejo'el molino?

—¿Al del ojo malo, misiá Carmen?

—Ese mismo. ¿Por qué no va de un trotecito a buscarlo?

—Güeno... ¿Corre apuro?

—Si puee venir al tiro, sería mejor. La'e no, dígame que lo esperamos pa más tarde.

Sale. Está levantando la vara para pasar al potrero en busca de su pingo, cuando siente detrás los pasos de Rita.

—¡Oye, Chumingo!

—¿Qué hay?

Se aproxima ella hasta poner su pecho en el alambrado.

—¿Habís oído decir qu'el tuerto de on Rocha sabe contras pa los males?

—¡Eso quién no lo sabe!

—¿Y tenís fe en él?

—Güeno, a mí me contaron que a Celeonio Rosales, el regaor del jundo, lo libró cuando'staba casi boquiando, cuantúa, el año'el cólera.

—No te vay'olviar de icirle que traiga too lo que necesite p'hacer un remedio. Cuéntale vos de qué'stá enfermo mi taita.

—¿Pa eso me llamaste?

Sabe que la muchacha tiene algo más que decirle. Alarga el tiempo amarrando la vara, para que Rita termine. De reajo la observa. Ella tarda en decidirse. Cimbra con sus manos los alambres tensos. Le habla de otras cosas para retenerlo. Pero suenan a hueco sus palabras, y ambos lo comprenden. Chumingo conoce de sobra las intenciones de la muchacha. Siente un íntimo placer en prolongar aquella indecisión. Sin quererlo, la sonrisa se le rebalsa por una orilla de la boca. Rita lo alcanza a ver y se ofende.

—Pa eso no más te llamaba. ¿Por qué?

Se ha enojado. Lo mira con las cejas en línea recta y da media vuelta con resolución. Parece una reina humillada. El se decide, entonces, y con voz insinuante le dice:

—¿Pensábay encargarme pan de huevo del Bajo, nu'es cierto? Si querís te traigo. Toavía me quean dos pesos...

Ella se detiene sin volverse. Por fin, con tono indeciso, que quiere ser categórico, responde:

—No... No quiero.

—¿Te pareció mal?...

—No.

—Te voy a trer. Y miel tamién, ¿querís?

La voz de Rita quiere ser ahora indiferente:

—Güeno...

—¡Negra mañosa!

—¡Patas de zancúo!

Se aleja, riendo, Chumingo. Regresa momentos después con el overo a la siga. Lo ensilla en cinco minutos y sale al camino. Al doblar el primer recodo tropieza intempestivamente con don Gustavo, “el jutre nuevo”. Este cabalga un alazán brioso y viste un impecable traje de montar.

—Buenas tardes, Chumingo.

—Güenas tardes, patrón.

—¿Cómo sigue Justino?

—Igual, señor. No ha tenío mejoría.

—Pasaré a verlo, ya que voy por esos lados. Y tú, ¿vas al pueblo?

—Sí; unos encargos...

Don Gustavo pica espuelas y continúa. El peón lo mira alejarse y frunce los labios. Unas palabrotas que iban a salirse le optan por quedarse adentro. Las arroja al camino en un salivazo y deja caer el rebenque sobre las costillas de su cabalgadura. Por cerca de una hora las herraduras del caballo quedan impresas en el polvo. Pasado este tiempo se borran a trechos con las mismas huellas que vienen en sentido contrario. En algunas partes es tan perfecta la coincidencia, que la media luna marcada se vuelve luna llena.

“¿Se habrá mandado mudar el tiuque?”, se pregunta Chumingo, mirando desde lejos la casa que asoma su visera de tejas a través de los sauces. Pero, ya más próximo, divisa un caballo atado a la vara y desvía los ojos, enrabiado. Atisba con disimulo el corredor, y ve allí, sentados en un banco, a Rita y —¡pesao'e sangre!— a don Gustavo. El —¡cuándo no!— habla con muchos movimientos de manos y miradas insinuantes. La chiquilla —¡tonta'e remate!— está colgada de sus labios.

El peón se pone su poncho de indiferencia y pasa frente a ellos, muy atareado en observar la pata izquierda de “su bestia”, que tiene la herradura suelta. “Hay que mandársela cambiar”, piensa. “Las cosas desclavás sirven de puro estorbo”.

Se desmonta y hace cantar sus espuelas hasta el cuarto de misiá Carmelita. Da cuenta de su encargo. Don Rocha no podrá venir hasta la oración. "Taba rezándole a ño Candelario, que murió esta mañana de una pensión que le había entrao ende que se le jué'l hijo mayor".

—¡Dios lo haiga perdonao! —comenta doña Carmelita, moviendo la cabeza. Y luego, mirando desconfiada hacia la pieza contigua, piensa con un sobresalto: "La muerte anda cerca"...

—Puee ser que no se le olvíe. ¿Le ijiste que Justino's-taba mal?

—Le cargosié pa que se viniera conmigo. No quiso. Pero v'a llegar; no tenga mieo.

Apretando contra su pecho el envoltorio en que trae la miel y el pan, sale otra vez al patio. La pareja sigue platicando con animación. Prefiere no darse por aludido. Desensilla y va de nuevo a abrir la puerta del potrero. Regresa a colgar el freno, y al mirar el paquete que ha dejado sobre la montura, la sonrisa vuelve a desbordársele por la comisura de los labios. Toma el encargo y se interna con él por entre los boldales que hay detrás de la casa. Desde allí siente, diez minutos más tarde, cómo se despide y se aleja "el tiuque". Con la boca llena de pan y untada de miel por los bordes, lo ve, alzando un poco la cabeza del pasto, cómo se aleja por la carretera. Dos o tres veces se da vuelta antes de doblar el recodo. Por fin, desaparece.

—Ahora la lindura v'a comerse un güen torció... —dice, malignamente, el hombre, sacudiendo los restos del banquete, que le han caído en el pecho—. ¿No le gustan las palabras y las musarañas? —prosigue—. ¡Pa qué quiere más; con eso, seguramente, las tiene toas!

—¡Chumingo!

A través de los boldales llega, cantante y fresca, la voz de Rita. Chumingo no se mueve. Lo tiene muy preocupado una hormiga que pretende arrastrar una de las migajas caídas en la hierba. El trozo es demasiado grande para sus fuerzas y deben ayudarla dos compañeras.

—¡Puchas que son habilosas! —masculla el peón, completamente absorto en el espectáculo.

—¡¡Chumingo!!

Otras hormigas han acudido y continúan su tarea de cargadoras. “¡Son harto fortachas!”, piensa Chumingo, observando los cuerpecillos bermejos, medio sepultados bajo las inmensas moles que acarrean. “Y a éstas no las manda naide —continuúa—; trabajan por su cuenta. Si uno tamién...”

—¡¡¡Chumingoooo!!!

La voz que llama ha recorrido tres tonos: el amable, el inquieto y el autoritario. Falta todavía el desesperado. Por eso él no despega la barriga del suelo ni mueve un músculo de su cara morena y curtida por soles y vientos. Pero el cuarto requerimiento no llega. En cambio, crujen las hojas del sendero y el vestido pintado de la muchacha florece de azul y rojo las ramas de un peumo joven.

—Y vos, ¿tenís tapás las orejas?

—¡Ah! ¿M'estábay llamando?... Acércate p'acá: fíjate lo qu'están haciendo las hormigas.

Curiosa, se aproxima la mujer y sus ojos se clavan en los papeles desparramados por el suelo. Se percata en seguida de las migajas y busca los ojos de Chumingo.

—¡Y te comiste too el pan! —dice con rabia.

—Y la miel tamién —completa el peón tranquilamente, dándose una vuelta en el pasto.

—¿No eran pa mí?

—Sí, pero como ya'starís llenita con las palabras de on Gustavo, pensé que mis regalos no te servían.

—¡Esto sí qu'está lindo! ¿Hay que peirte permiso a vos p'hablar con las personas que vienen a preuntar por mi taita?... Niuna necesidá tengo yo de tus cosas. ¿O creís tal vez que me voy a morir por tus regalos?

El duelo, el duelo franco de palabras, comienza en este punto. Hay veladas recriminaciones por parte del hombre, y despreciativas réplicas escupidas por la boca femenina. Ella abusa un poco de su superioridad moral, y echa mano de la palabra “apareció” para dejarla caer como un hierro candente sobre el corazón abierto de

Chumingo. Este se incorpora con los hombros cargados por la pesadumbre. La protesta se le cae, amarga y decisiva:

—Es cierto. Soy un aparecío, un pegote en tu casa. Tuve muchas veces intenciones d'irme. Pero'staba amarrado como un perro a tu desprecio. T'hey quería siempre y ahora me salís con esto. Ta bien que me pase. Juí lesodende chico. Pero, pierde cuidao: me largo ahora mismo... Que seay hartofeliz con tu don Gustavo. ¡Algún día, cuando el otro se ría de vos, tendrís que acordarte!...

Sin saber cómo, se encuentra ensillando el overo. Cuando está amarrándose las espuelas en el corredor, viene a su encuentro doña Carmelita, seguida desde lejos por su hija.

—¿Qué vay'hacer, Chumingo?

—Me mando cambiar, misiá Carmen.

—¿Pa ónde?

—Pa ond'el pingo me lleve. En cualquier parte molestaré menos que aquí.

—¡Pero, hijo!, ¿a quién molestay en esta casa?

—No me preunte na, mejor, misiá Carmen. No crea que lo hago de mal agradeció. Usté ha sío una santa pa mí; on Justo, pa qué icirle... Pero me voy.

—¿Y me ejay sola ahora que Justino'stá enfermo, ahora que no hay ni un hombre en la casa?... ¿Qué te ijo la Rita?

—Na, señora.

Repican las espuelas en el estribo, y ya está Chumingo sobre su caballo. Pero el rebenque alzado se detiene. Rita ha cogido las riendas con ambas manos, y levanta hacia él la imploración infinita de sus ojos:

—¡No te vay, Chumingo! Perdóname.

Como desde una lejanía llega hasta el patio, en ese preciso instante, la voz de don Justino:

—Chumingo...

Tiradas por un solo hilo invisible, las tres cabezas se vuelven hacia el cuarto de doña Carmelita. Apoyado en

la puerta está el viejo, demacrado, ridículo en su indumentaria íntima.

—¡Taita!

—¡Justino, por Dios!

—¡Qu'está haciendo, on Justo!

Corren los tres hacia él. Lo reprenden como a un chico mañoso. Lo meten de nuevo en su camastro. Mientras doña Carmelita corre a calentar una manta en el fogón para envolverlo, el viejo aprieta una mano del peón:

—¿Oyí que me dejábay, Chumingo?

El interrogado mira los ojos implorantes del viejo. Lo ve temblar de frío y angustia. El cariño de hijo, que nunca sintiera hasta entonces, le sube como una ola gloriosa y quemante por la sangre.

Se vuelve hacia Rita y encuentra una súplica inmensa en sus pupilas. En la semipenumbra, esas pupilas hablan por la boca que calla. “¡Chumingo, mi hombre, te quiero!”, dicen.

Entonces, Chumingo estrecha la mano callosa del enfermo y balbucea lentamente:

—No, taita, no m'iba. No dejaré la casa mientras tenga vía pa servile a usté... a misiá Carmen... y a la Rita.

LA CONVERSION DE DON ALBERTO

ALBERTO Pedraza era de aquellos hombres que se toman por asalto la existencia, a sangre y fuego. Magníficamente bruto, desbordante de vida y salud, parecía tallado en una substancia maciza y poderosa contra la cual se estrellaría irremediabilmente todo lo débil o lo indeciso. Había que verle las manos cuadradas, los fornidos brazos, la risa sin orillas y la firmeza del andar para justipreciarlo en lo que realmente valía. Aquello era una fuerza desatada, un reventón de la naturaleza, una exaltación de cuanto tiene de animal el hombre. Bajo los puños de Alberto Pedraza retemblaban los más firmes mesones, y ante su voz caían rotas voluntades y controversias. Cuando salía por las mañanas a inspeccionar su ha-

cienda, hasta las moscas se hacían a un lado para no estorbarle. Bajo su peso, los caballos adquirían una marcha segura y rítmica, que él mantenía con leves movimientos de talón o con imperceptibles presiones de las riendas. Cuando, en mitad del algún potrero, daba una orden, las manos campesinas íbanse dócilmente hasta el ala de las chupallas y luego se bajaban, rápidas, a ejecutar el mandato. Un sentido preciso de ordenaciones y dominios hacía lo ver de inmediato cualquier falla de las faenas. Y allí estaba entonces su blasfemia o su certera indicación:

—A ver, vos: a largar el agua por los camellones. ¡Corriendo!

—¡Baulaque! ¿Aónde aprendiste vos a manejar el arao? Esto se hace así. ¡Así!

Cogía la mancera como un lápiz y el surco le salía más recto que disparo de fusil. O bien cuando los peones no podían con alguna res alzada, él picaba espuelas, boleaba diestramente su lazo de cuero y resistía luego, sin conmoverse, el encontrón brutal de la res, que caía mugiendo. Ante tanta destreza, los ojos del peonaje desbordaban de asombro. Don Alberto era huaso desde la copa del aludo sombrero hasta el alto tacón de las botas que sostenían las espuelas tintineantes.

La esposa de este varón bravío era una dama enjuta, bondadosa, mortificada por constantes penitencias y ayunos, roída por una mística llama que fulguraba en el azabache profundo de sus ojos. Doña Rosalba tenía una bella cabeza de mártir cristiana y unas largas y frágiles manos que bordaban lirios y rosas para la capilla de la hacienda. Dos apellidos añejos y retumbantes seguían a su nombre; pero ella jamás los mencionaba, por un sentido de pudor o de humildad demasiado estricto.

Hacía once años que estos dos seres vivían bajo un mismo techo, fieles ambos a su temperamento, encastillados en sus respectivas posiciones. El sacramento que los había unido —según doña Rosalba— no podía ser roto por leyes humanas y debía durar hasta que la muerte viniera a destruirlo. A don Alberto, esto de los sacra-

mentos lo tenía fuera de cuidado, y sentía una piedad infinita por su pobre mujer, a la cual, sin embargo, respetaba profundamente, reconociendo su superioridad intelectual y su inteligencia. "Con todas sus leseras de frailes, misas y sahumeros, esta mujer sabe manejar una casa", pensaba a veces, despreocupadamente, el varón, viéndola ir y venir por piezas y corredores en infatigable ajetreo. Claro que le faltaba ser un poco menos terca, más condescendiente. Pero qué hacerle. Cada uno es como el diablo lo hizo, y se acabó. Tras lo cual don Alberto endilgaba su caballo hacia el Bajo, donde lo aguardaban los besos golosos y la carne morena de Lidia, su querida de turno.

Como todo macho que ansía perpetuarse, don Alberto buscó en otra parte los hijos que no le dió su mujer. Los más enterados del fundo decían que estos retoños sumaban ya media docena —sin contar algún pecadillo anterior al matrimonio—, todos iguales hasta en la punta de los pelos a su progenitor. Por supuesto que semejantes deslices no eran ignorados por doña Rosalba, quien perdonaba cristianamente y ofrecía desesperadas y fervorosas misas al Señor para que aquella oveja descarriada encontrara su perdido camino. Pero a pesar de toda aquella purísima devoción, Dios parecía poco dispuesto a iluminar el alma de tan empedernido pecador.

Aquella tarde ambos cónyuges, por una rara casualidad, habían buscado el mismo corredor de la casa para descansar de sus trajines. Sentada en un piso bajo, doña Rosalba iba dibujando en la tela, con hilos de colores, palomas y jacintos, que parecían aletear y florecer. Don Alberto, arrellanado con despreocupación en su mecedora de mimbre, se mostraba caviloso. Recién vuelto de los potreros, en donde había impuesto con palabras cortantes su voluntad, se miraba las botas de forma puntiaguda y en su mano empuñaba todavía el macizo rebenque trenzado, que una correa aseguraba en la muñeca. Su chamanto de grandes listas negras y rojas alcanzábale apenas con sus puntas el vientre espacioso y firme. El som-

brero le dejaba caer hacia un lado las borlas del cordón café brillante.

—Este año la cosecha viene como niuno —dijo, por fin, el marido, fijando su mirada en los grandes y viejos árboles del parque cercano—. Creo que nos v'a quedar güena ganancia.

—Gracias a la bondad de Dios —replicó la mujer, rematando el estambre de un jacinto azulado.

—Y también gracias a que yo no les saco el ojo d'en-cima a esa tropa de flojos que tengo d'inquilinos.

—Los peones hacen lo que pueden, Alberto —añadió ella con suavidad.

—Sí, hacen lo que pueen pa sacar la vuelta. ¡Y ese pobre Anselmo tan sin voluntá pa mandar! ¡Cuándo hallaré yo un capataz que sepa ponerse los pantalones!

—Pero, Alberto, ¿para qué pedir más? ¿No dices que la cosecha ha sido buena?

—Pudo haber sío mejor. Pa'l lao del monte se cayó media cuadra de porotal por falta de riego. Too porque yo me confié del. . . güenazo de Anselmo.

En este punto la charla fué interrumpida por la aparición de una muchacha que avanzaba a través del parque. Era una chiquilla de diez y ocho a veinte años, rosada, esbelta, con un cierto aire de nobleza que no correspondía a los humildes percales con que cubría su cuerpo. Sus pies estaban enfundados en unos zapatos de torcido tacón, y sus piernas esbeltas no llevaban medias.

—¿Qué se le ofrece a la guaina? —inquirió el patrón, echando hacia atrás la cabeza.

Como la hembra no se decidiera a responder, doña Rosalba, con amigable tono, intervino:

—Habla, pues, niña.

Ascendió la muchacha los cuatro escalones que la separaban del corredor, y al querer hablar se le trizó la voz y rompió en un llanto convulso, que le estremecía los frágiles hombros. Echó doña Rosalba su bordado en el canasto de la costura y aproximóse a la solicitante con silenciosa dulzura.

—A ver, a ver, qué cosas tan graves son las que te suceden. Cuéntame.

Don Alberto se había quedado extrañamente silencioso. Su diestra se crispaba como una garra sobre el rebenque y su boca estaba fruncida bajo el bigote negro.

El silencio de la chiquilla se prolongaba de modo intolerable.

—¡A ver, pues, por todos los diablos! —rugió, finalmente, el hombre, exasperado ante aquella indecisión.

—No seas brusco, hombre, por Dios —le reconvino la esposa. Y cogiendo a la muchacha por un brazo se la llevó a su habitación.

Ya solo, don Alberto se descargó un terrible y sonoro rebencazo en las botas, encogiendo luego los hombros y mordiendo el labio inferior. Aquellas actitudes resultaban insólitas en él, que no se irritaba sino por grandes cosas.

—¡Mocosa de moledera! —farfulló—. ¿Qué le habrá pasao?

Y no pudiendo contener su impaciencia, comenzó a pasearse por el corredor a grandes zancadas, sin hacer caso de la algarabía espantosa que hacían sus pesadas espuelas en las baldosas.

Tras quince minutos de espera reapareció doña Rosalba, seguida de la quejosa.

—Güeno, ¿y qué había?...

—Un problema, hombre. A esta chica la engañó Ricardo, el hijo del jardinero, y ahora se va del fundo sin cumplirle su palabra de matrimonio.

—Así es la cosa, ¿no? ¿Y pa ónde se va ese sinvergüenza?

—Al fundo de don Durán —respondió la víctima, retorciéndose desesperadamente los dedos y sin alzar la cabeza.

—¡Eso es lo que piensa él, pero ése no se mueve de aquí si no se casa con vos!

Doña Rosalba levantó los ojos asombrados hasta la faz de su marido. La chiquilla dejó de llorar, y se quedó a la expectativa de algo inesperado y maravilloso.

—¿Te ofreció matrimonio ese baulaque?

—Sí, señor.

—Entonces habrá casorio.

Y lanzó hacia el interior de la casa un llamado inflexible, que conmovió los vidrios:

—¡Gilberto! ¡Gilberto!

Apareció, segundos después, en mangas de camisa, un mozo flaco, de bovino mirar y piernas interminables.

—A ver, vos. And'a buscarme al cura. Tiene qu'estar aquí cuando yo vuelva.

Y sin mirar a nadie, fuése hasta su caballo, que aguardaba junto a un árbol del parque. Un instante después galopaba por el camino en dirección al Poniente. Su chamanto era una flor roja y negra entre grises ramajes de polvo.

Doña Rosalba, sin salir todavía de su asombro, señaló con un gesto la mecedora a la chiquilla, y se ubicó de nuevo en su piso, con la mirada fija en la carretera por donde había desaparecido su esposo. En aquella mirada temblaba algo como una esperanza o una luz de gratitud y admiración. Era una cosa nueva que no había sentido por muchos años la buena señora.

Media hora después el cochecillo del fundo hacía su entrada en la puerta del parque y de él descendía, con suavidad de doncella, un frailuco blanco y pulido, de manos bien cuidadas y meliflua voz. Levantóse prestamente doña Rosalba para ir a su encuentro, y la muchacha le cedió la mecedora con aire reverente. Luego de haber arrellanado su sagrada humanidad en tan cómodo asiento, el fraile, con voz de sermón dominical, inició una conversación llena de citas evangélicas.

—Cuando el mozo penetró en forma violenta en la iglesia —comenzó—, creí que se trataba de algo grave y premioso; pero, según me informó Gilberto en el camino, parece que, gracias a Dios, es sólo que don Alberto desea hablarme.

—En efecto. Es mi marido el que lo necesita.

—Y aquí estoy yo, para traer a este respetable hogar la bendición del Señor, quien, en su bondad y misericordia

infinitas, acude siempre al llamado de los pecadores, cualesquiera que sean sus culpas o delitos.

Y luego, con esperanzada y anhelante voz, agregó:

—¿Tal vez don Alberto desea confesarse?

Iba ya a contestar la señora cuando la voz de don Alberto resonó en la puerta del parque. Venía trayendo a Ricardo por delante, a unos dos pasos de su caballo, como conducen los policías a los malhechores.

—¡A ver, ándale por ahí, güena pieza! —vociferaba el patrón, señalando al mozo una senda del parque.

Llegados frente al corredor, apeóse con desenvoltura don Alberto y cogió por un brazo a su prisionero.

—Buenas tardes, señor cura.

—Buenas tardes, don Alberto.

—Aquí le traigo a este condenao, que quería dárselas de niño, pa que me lo case altiro con esa chiquilla.

El fraile tornó la cabeza hacia doña Rosalba, inquiriendo, sin palabras, una explicación. Frente a esta dubitación, el caballero exigió con imperioso tono:

—¡Ya'stá, pues! ¡Muévanse! La capilla, ábrela vos, Rosalba.

—Pero, don Alberto...

—Mire, señor cura, usté'stá aquí pa cumplir lo qu'es justicia. Este... sinvergüenza se aprovechó de la chiquilla, y ahora quiere mandarse mudar como perro satisfecho. ¡Pero yo no lo aguanto! ¡O me los casa de una vez o yo corto por lo sano, partiéndole la cabeza a rebencazos a este canalla!

Y remecía con furia indecible a Ricardo, que tenía el alma en un hilo.

Doña Rosalba desapareció silenciosamente, y momentos después se escuchaba el profundo crujir de las puertas de la capilla que se abrían. Sin aguardar la respuesta del sacerdote, don Alberto empujó al acusado delante de él. Su rebenque azotaba las botas con golpes secos y precisos.

Llegados todos a la capilla, cuyas velas estaban ya encendidas, el fraile aventuró sus postreras objeciones:

—Don Alberto, esta chiquilla es huérfana, y yo necesito que alguien le dé el consentimiento.

—Se lo doy yo, como patrón. Y vamos andando.

—Ambos son menores de edad. Y los padres de Ricardo no están presentes.

—¡Déjese de pamplinas, curita, porque ya m'está dando rabia!

—Además —prosiguió el sacerdote, con insegura voz—, no se han dado los avisos del caso.

—¡Qué avisos ni qué loro muerto, señor! ¡Aquí mando yo y se hace lo que yo digo! ¡A ver, Rosalba; nosotros somos los padrinos! ¡Y no me discuta nadie!

—Su conciencia cargará con esto, don Alberto.

—Con esto y con todo lo que se le ocurra, curita. ¿Comenzamos?

El rebenque levantado era un argumento demasiado contundente para que el sacerdote siguiera resistiendo. Se realizó, pues, la ceremonia con todos sus detalles, y ambos desposados quedáronse mirando sin saber qué hacer.

—¡Güeno el cristiano bien envarao! —tronó don Alberto—. ¡A ver, hombre, abraza a tu mujer!

Y cuando su orden hubo sido cumplida:

—Ahora, váyanse. Mientras tanto, te la llevas a tu casa, Ricardo. Después yo les arreglaré la situación, dándoles vivienda aparte con muebles y todo. Porque vos, sinvergüenza, no te vay de mi fundo. ¿Entendiste?

—Sí, patrón.

—¡Ya, lárguense!

Escapó, presurosa, la pareja. Doña Rosalba, unidas las manos sobre el pecho, los vió alejarse y se volvió transfigurada hacia su esposo.

—¡Qué bueno eres, Alberto! ¡Dios habrá de tenerte en cuenta esta noble acción! ¡Al fin la luz del Señor se hace en tu espíritu!

Y, sin poder contenerse, doña Rosalba besó con fervor la gruesa boca de su consorte. Don Alberto, ante aquel inesperado arranque, perdió todo su aplomo, y tornó bruscamente la cabeza hacia el altar. El fraile, ajeno al parecer a la efusión conyugal, doblaba con parsimonia los paños y acomodaba los paramentos en una caja.

Don Alberto aprovechó para escabullirse hacia el parque, confuso aún. Estaba quitando la manea a su caballo cuando miró a su lado la sombra del sacerdote.

—Después de todo, ha sido una bella acción —dijo el recién llegado con voz untuosa—. Dios habrá de sentirse regocijado ante el despertar de su alma. Ha procedido usted como cristiano y hombre de honor. Pero para que su obra sea más grata a los ojos del Altísimo, sería necesario que usted se confesara de sus culpas y ejerciera mayor generosidad para con la Santa Madre Iglesia, dispensadora de las celestiales bondades. Usted es rico y no tiene herederos directos. Mire por la salvación eterna de su alma. Nunca es tarde para la penitencia y el arrepentimiento, ha dicho Dios Nuestro Señor.

A medida que el sacerdote iba enhebrando sus palabras, la diestra de don Alberto se contraía sobre el rebenque hasta hacer crujir la correa. Por fin, en el colmo de la indignación, estalló:

—¡Cállese, por todos los diablos! ¡Qué bondades celestiales ni que ná! Usté se figura que a mí me aman san con sermoncitos... ¡No, no! ¡Y basta!

El sacerdote retrocedió instintivamente dos pasos. Don Alberto gesticulaba como un poseído, y su rebenque trazaba zumbantes curvas en el aire. Por fin pareció serenarse, y cogiendo al fraile por un brazo, sin ver la mueca de dolor que éste hacía, le dijo en tono de confidencia:

—Oiga, padre, a mi mujer le pueo aguantar leseras, pero a usté no. Le voy a hablar de hombre a hombre. Esa chiquilla que acaba usté de casar es hija mía. Un pecao de juventú que nadie conoce, ni ella misma. Yo no iba a dejar que un baulaque se riera d'ella. ¡Al fin es sangre mía, sangre mía! ¿Entiende?

Y ante la cara misma del cura, que abría su boca de asombro, le espetó:

—Y ahora que lo sabe, ¡cuidao con irle con el cuento a mi mujer, porque le saco el añil a rebencazos y l'echo abajo la capilla! ¡No se le olvide!

El sacerdote, aplastado por su insignificancia, tomó el camino de la salida. A sus espaldas, don Alberto seguía

gesticulando como un Dios vengador. Blasfemias, interjecciones y amenazas escapaban en tropel de su boca. ¡Venirle a él con sermoncitos! ¡Qué se habían figurado!

En la capilla, doña Rosalba gemía dulces oraciones de fervor y gratitud por la conversión milagrosa de su consorte.

DESDE meses atrás, un caballo de miedo galopaba la comarca, haciendo eco téticamente en el corazón de hacendados, capataces y campesinos. Hoy era un hombre que aparecía degollado en cualquier recodo; mañana, un mayordomo que saliera de un fundo y que retornara luego, con la noche auestas, atado sobre su cabalgadura y con cuatro agujeros en el cuerpo; o bien un "jutre" que se presentaba a la justicia reclamando del incendio de sus sementeras o de fechorías realizadas en su ganado. Ninguno que tuviera un mediano pasar podía sentirse seguro ante la amenaza siniestra que surgía de todas partes cuando menos se la esperaba.

Pronto los campesinos empezaron a comprobar un

detalle que al principio no mereció atención: la mano que actuaba en aquellos desmanes elegía siempre como blanco a los patrones más déspotas, a los capataces que con mayor dureza trataban al inquilinaje, a los mayordomos que no hacían distinciones entre peón y perro. Entonces la imaginación comenzó su trabajo, y se tuvo la parte visible y la zona oculta de aquel drama en que todos eran medrosos espectadores, cuando la desgracia no los elegía por protagonistas.

Por ahí, de boca en boca, de rancho en rancho, principió a correr un nombre que se pronunciaba en sordina, después de echar una mirada en derredor, porque "las paeles tienen oídos y los matorrales ojos". Este nombre, como el del Demonio, revolvía el fermento de terrores que hay aposados en el espíritu de cada labriego y ponía en los ojos una tétrica encrucijada. Los peones, reunidos en torno a una fogata, conversaban a menudo del Negro Chaves, nombrándolo las menos veces que fuera posible, temerosos de verlo surgir desde la noche, como al "Malulo", cuando se le conjura.

Las "mentas" decían que el Negro Chaves fué amansador en una hacienda cercana, hasta que una injusticia cometida con él lo lanzó a la azarosa vida del bandolero. Acusado de un robo que no cometiera, fué conducido al próximo retén de carabineros, donde se le flageló bárbaramente, como sólo sabía hacerlo el sargento Gatica, famoso en aquellos contornos por su bestialidad tanto como por su afición al buen mosto y a las mozas de 15 a 18 primaveras.

Alguno de los compañeros de Chaves le oyó decir, cuando abandonaba la hacienda, que los causantes de su desgracia "tenían que pagárselas y muy bien". Y la amenaza empezó a cumplirse mucho antes de lo que se esperaba. Don Rude, el capataz que lanzara la acusación contra el Negro, apareció una mañana con las tripas al sol, a media cuadra de su domicilio. Cuatro semanas más tarde, un hermano del muerto llegó en equilibrio milagroso sobre su caballo hasta las mismas casas de la ha-

cienda y allí rodó sin sentido. Cuando lo recogieron, el alma se le escapaba por tres boquetes que traía en el cuerpo: impactos precisos, hechos con carabina, según se supo más tarde.

El sargento Gatica, apretando los dientes amarillos bajo sus largos y lacios bigotes, tomaba conocimiento de cada nueva fechoría y juraba descuartizar sin compasión al bandido cuando éste cayera en sus manos. Pero la sabiduría campesina barruntaba que la próxima víctima debía ser el policía, ya que Chaves no era hombre para quedarse con unas bofetadas y unos puntapiés en el cuerpo, sin cobrárselos a su tiempo con subido interés.

Se esperaba, pues, el desenlace por momentos, y la tensión de esta expectativa, unida al terror que sembraba el bandido, mantenía cerradas de noche las puertas de los ranchos humildes, mientras adentro muchos oídos estaban atentos al galope de los caballos que cruzaban por la carretera. A raíz de unos desmanes cometidos últimamente por el Negro Chaves, el sargento Gatica había pedido refuerzo de soldados, y las patrullas se deslizaban cada noche, sigilosamente, por los caminos menos transitados de la montaña, seguras de que tarde o temprano el bandolero se vería acorralado.

* * *

Aquel día el sargento tenía un plan preciso. A eso de la oración reunió a sus hombres en un corredor del cuartel, y por un rato se oyeron sus órdenes precisas y cortantes, mezcladas a juramentos de pura cepa criolla. Atusándose el bigote y entrecerrando un ojo con gesto que le era característico, soltaba las palabras como descargas de fusilería y hacía descansar luego sus pesadas y peludas manos en las caderas para acentuar con mayor fuerza su autoridad. El techo endeble del corredor parecía estremecerse a impulsos de su vozarrón, mientras los soldados, en posición firme, procuraban no perder una sola de sus preciosas frases.

—Usté, cabo Núñez, partirá a las doce con cuatro soldaos pa la Puntilla'el Chivato. ¿M'entendió?

—¡A su orden, mi sargento!

—Güeno. Y usté, ayudante Cabezas, agarra pa'l lao de la Quebrá Chica con cuatro hombres tamién. ¿Me oyó?

—¡A su orden, mi sargento!

—Yo no necesito más que dos. Usté, dragoneante Sepúlveda, y usté, dragoneante Peña. ¿M'entendieron?

Las voces, a dúo, salmodiaron un “¡A su orden, mi sargento!”, mientras él proseguía:

—La noche'stá más oscura que mi alma. Agora es cuando se v'arregar el pajarraco ése. Y a lo mejor viene a quer solito en la naza. Aquí le voy a preuntar yo cómo se llamaba su agüela.

Sin soltarse el bigote y guiñando de nuevo el ojo, concluyó:

—¡Rompan filas!

Los soldados se dispersaron por el patio del cuartel, mientras el sargento se quedaba mirando la montaña próxima que escondía a su presa. Era un trozo agreste y bravo de la cordillera costeña, cuajado de espinales y de bosques, en donde sólo las reses alzadas de las haciendas se aventuraban. Sobre ella la noche espesaba sus betunes y el ropaje acerado de las nubes se aprestaba a envolverla.

—¡Si sois brujo te vay a librar agora, Negro Chaves! —dijo el policía, sin bajar la mano de sus bigotes.

* * *

A esa misma hora el Negro Chaves estudiaba el valle desde el refugio de unos boldales tupidos. Embutido en una manta oscura de lana “toavía con olor a jutre”, según su decir, hacía hora para el próximo golpe. Apoyado en un tronco seco de quillay, acusaba la reciedumbre de su espalda y el grosor de sus brazos a través de la manta y chupaba con largos intervalos un cigarro de hoja que pendía de sus labios.

Mirado al pasar, pudiera confundírsele con un cam-

pesino cualquiera, pues nada de extraordinario había en su porte. Pero al tropezar con sus ojos se presentía, enraizada en su espíritu, una fuerza bravía e indomeñable, semejante a la de un potro montañés antes que conozca el freno. Su barba dura e inculta era un brochazo nocturno sobre su tez aceitunada.

A espaldas del Negro Chaves cuatro hombres con sus caballos al lado conversaban entre sí, pero de vez en cuando echaban una mirada a aquél, como si esperasen sus órdenes. En sus actitudes podía descubrirse un acatamiento tácito al personaje que se hallaba separado de ellos; y así su charla era entrecortada y se sostenía en voz baja, como si temieran interrumpir las cavilaciones del otro.

Finalmente, Chaves abandonó su postura, y, mientras caminaba en dirección al grupo, expresó:

—Me le tinca qu'esta noche vamos a trompezar con mi amigo el sargento.

Los otros se echaron a reír, y uno de ellos, que ostentaba una fea cicatriz en el pómulo izquierdo, comentó:

—Güeno'staría ya, pues.

—De acuerdo, José. Es el único que me va queando. Y al que le tengo más ganas. No voy a dormir tranquilo hasta que no lo vea con los sesos de sombrero...

Llegóse hasta su caballo —un magnífico mulato renegrido que lo aguardaba por allí cerca— y de un solo impulso se ubicó en la silla. Los otros lo imitaron en silencio, y Chaves enfiló entonces hacia una quebrada baja, empezando a descenderla por un senderillo casi vertical abierto entre la maleza. Los cinco caballos, habituados a estos ejercicios, parecían caminar por terreno plano: su seguridad en el paso era absoluta.

Llegados abajo, apareció una especie de caverna sobre la pared del cerro y en ella se internaron cabalgaduras y jinetes. Hacia el fondo de la oquedad brilló más tarde una luz, y los resplandores de una fogata indicaron

luego que los dueños de la montaña se disponían a cenar.

Afuera quedó sólo la noche sin fondo, llena de medrosos rumores, acuchillada de vez en vez por el grito gutural de algún zorro que pasaba a la distancia. El viento de la altura olía a humedad, en tanto que las nubes, cada vez más apelmazadas, no dejaban filtrarse ni una hebra de la claridad estelar. La montaña enorme y sombría, como el alma de quienes la habitaban, adquiría a esa hora toda su inquietante majestad, y tenían cabida entre sus espinales infranqueables, entre sus abruptas hondonadas, todas las supersticiones que el alma campesina guarda en los repliegues de su ignorancia ingenua y dada a la fantasía.

Empujada por un viento sureño que comenzó a galopar de repente por barrancos y cuevas, la tempestad que parecía inminente fué alejándose, y un rato después veíanse aquí y allá grandes desgarraduras en las nubes, a través de las cuales surgían las constelaciones como las monedas de una alcancía desparramadas al azar. Firmemente acusada sobre la fogata que rebrillaba en el fondo de la caverna, surgió de pronto la sombra de Panchote, uno de los secuaces de Chaves. Alzó la cabeza y algo masculló entre dientes al ver la claridad de la luna en creciente que comenzaba a iluminar los picos más altos de la cordillera. Vuelto a reunirse con sus compañeros, éstos acudieron uno tras otro a cerciorarse de que el cielo iba quedándose limpio de nubarrones.

La pegajosa voz de Panchote hizo el primer comentario:

—¡Puchas la payasá bien grande! Ahora vamos a tener qu'esperar la entrá'e la señora pa poer salir.

—Mejor —lo consoló el Negro Chaves—; así le daremos más confianza a "mi" sargento.

—Es que *los* puee pillar el día, y entonces es más fácil que los perros se *los* vengan di'atrás.

—La cosa, niños, no tiene remedio —remató el jefe—. Mientras llega l' hora, voy' echar una cabecia. Si

quieren los demás hagan lo mismo, menos vos, Panchote, que te vay a quear de guardia.

* * *

En lo alto, las estrellas fueron girando imperceptiblemente sus timones de oro. La Cruz del Sur estaba ahora sobre la puntilla más alta de la cordillera, en tanto que las Tres Marías habíanse fugado hacia otros cielos. Bajo la hojarasca de la montaña, en las rocas tapadas por la vegetación, cerca de los arroyos que se deslizan parlotando argentinamente por entre los roquedales, se agitaba un enjambre rumoroso de seres pequeños o crecidos que huyen de la linterna solar y buscan las más desoladas horas nocturnas para manifestarse. Brutos, aves, insectos, ponían música a la soledad con sus movimientos, con sus chillidos o con su canto silvestre. Zorros, gallinas ciegas, arañas, lechuzas, se movían entre la sombra, al acecho de una presa o escapando a la persecución del enemigo.

Pero de súbito este rumoreo cesó completamente, y a la distancia escuchóse un ruido de cascos, seguido de una que otra palabra perdida. La montaña callaba ante la presencia de los humanos.

El Negro Chaves, a la cabeza de sus compañeros, avanzaba sin premura por senderos sólo de él conocidos. Los caballos, dóciles a la rienda, daban vueltas y vueltas en zigzaguo descendente, deteniéndose a veces para que los jinetes cambiaran algunas frases. Al llegar a un claro, Chaves dió las últimas instrucciones.

—Vos, Panchote, vay a bajar por el lao'e la Quebrá Chica junto con José. Y vos, Colorao, salís al plan por la Puntilla. Ya saben aónde los vamos a juntar. Y acuérdense: entre el sargento y un balazo, hay qu'escoger el balazo.

Cuando sus secuaces se hubieron marchado en direcciones opuestas, Chaves alzóse la manta del lado derecho y examinó a la luz de las estrellas un artefacto reluciente que descolgó de la silla. Era un "choco", una cara-

bina con el cañón recortado, que él llamaba su Mariana, en memoria tal vez de algún recuerdo sentimental. Cuando se hubo cerciorado de que el arma estaba debidamente cargada, la colocó en la cabecilla de la montura y entreabriéndose las ropas buscó en su pecho algo que besó con devoción, guardándolo en seguida. Si alguien hubiera podido ver este objeto no habría dejado de sentir extrañeza: era un escapulario de la Virgen del Carmen.

Tras veinte minutos de marcha firme el bandido empezó a transitar por terreno plano; había alcanzado el valle. Evitando los caminos frecuentados, torció la rienda hacia el Norte y prosiguió su trayecto, girando constantemente la cabeza, con todos sus sentidos en tensión. El valle era su enemigo. Allí resultaba más fácil tender lazos y cortar la retirada a un hombre que quisiera huir.

Pero más que sus sentidos, fué su instinto el que le advirtió de pronto la proximidad del peligro. Encogióse su mano izquierda sobre las riendas, mientras su derecha requería el "choco". E instantáneamente dos fogonazos, a menos de cuarenta metros, horadaron la noche, en tanto que un solo estampido rodaba por las laderas del monte. La respuesta de Chaves fué fulminante. Su arma vomitó dos proyectiles en la dirección de sus ocultos adversarios. Todo esto mientras su caballo, obediente a la presión de sus talones, volvía grupas, tomando de nuevo el cerro.

Un chocar de sables resonó a sus espaldas, seguido del galope de tres caballos. Sin abandonar las riendas, volvióse sobre la silla e hizo fuego de nuevo. Tres detonaciones le respondieron y sintió silbar las balas junto a él. Comprendió que no debía disparar y se limitó entonces a buscar una salida por donde desaparecer. Pero en su premura había extraviado el camino y ante él surgía el cerro como una pared infranqueable. Quebrando ramas, arañándose en los quiscos, continuó hacia adelante, orillando la montaña. Y detrás de él, cada vez más próximos, escuchaba a sus perseguidores. Una voz que

daba órdenes lo hirió como un latigazo en la carne. Era el sargento Gatica, que decía, con reconcentrado regocijo:

—Es él, niños; no aflojarle. Lueguito v'a quear encerrao, porque por ey no hay salía. ¿M'entendieron?

Por la mente del Negro Chaves cruzó como un relámpago la verdad de su situación. Recordó que el monte que iba bordeando empalmaba con otro tan abrupto como él. Se acercaba el instante en que se hallaría acorralado. Entonces realizó una maniobra audaz. Al entrever una salida, enfiló por ella hacia el campo. Saltó un pequeño arroyo y cincuenta metros más allá descubrió un camino carretero. Inclinado sobre la silla hasta casi tocar con la cara el pescuezo de la cabalgadura, soltó las riendas y descargó un rebencazo firme en las ancas del animal, que partió en carrera tendida hacia la liberación.

Sin embargo, su maniobra había sido descubierta, y segundos más tarde resonaban a sus espaldas los cascos de los caballos que lo seguían. Aquello debió durar largo tiempo, pues la cabalgadura del bandido comenzaba a resoplar. Y sus perseguidores ganaban terreno, haciendo fuego a intervalos sobre él.

Como un relámpago, Chaves tuvo el presentimiento de que iba a amanecer. El viento se hacía más frío y cortante. El cielo tomaba imperceptiblemente un tono celeste desvaído. Los ojos del perseguido buscaron de nuevo la montaña. Pero aquellos parajes le eran desconocidos y no resultaba prudente aventurarse por ellos. No obstante, al fin hubo de decidirse, porque la distancia entre él y los policías se acortaba de modo sensible. Y otra vez los cascos del pingo hicieron crujir la hojarasca del cerro.

La persecución encarnizada cambió de escenario por media hora. Comprendiendo que su manta era un estorbo, Chaves la tiró a un lado y se sintió más liviano. Ya la claridad era suficiente para que pudieran distinguirse los objetos. A sesenta metros de él venía el sar-

gento con dos policías, las carabinas listas para disparar. Girando el busto hizo fuego, y se inició un tiroteo intenso que la velocidad de la carrera tornó ineficaz. Al volverse de nuevo para mirar el camino por donde iba ascendiendo, el bandolero sintió un calofrío: el cerro terminaba allí de modo brusco y ante él se abría una barranca cortada a pique. Chaves apretó las mandíbulas y detuvo el caballo, deslizándose de él rápidamente. En ese mismo momento, sus perseguidores disparaban de modo simultáneo. El animal dió un bote y rodó por tierra estremeciéndose. El bandido tuvo justamente el tiempo de parapetarse tras una roca suelta para impedir que sus enemigos se le echaran encima. Su "choco" volvió a tronar, y los policías, detenidos de golpe, se echaron simultáneamente a tierra.

Por largo rato el silencio del alba fué astillado por los estampidos de las cuatro armas. Asomando apenas la cabeza por encima de su refugio, Chaves dirigía de preferencia sus tiros hacia el sargento, poniendo toda su alma en eliminarlo. Pero el otro parecía revestido de una virtud sobrenatural que lo inmunizara de los proyectiles. El bandolero veía su cara repugnante contraída en una mueca de triunfo y sabía de sobra lo que significaba caer vivo en sus manos. Sin embargo, no había escapatoria. La única salida era la que ocupaban los policías.

De pronto, al echar mano a su cinturón de balas, Chaves descubrió que le restaba el último proyectil. Entonces comprendió que había llegado el momento de morir. Pero volvió a mirar la cara del sargento: la vió allí, a veinte metros, tras el cañón de su carabina. Recordó las bofetadas y los azotes que le diera antaño, y sin saber casi lo que hacía, se irguió con el "choco" atezado entre sus manos. Tres disparos simultáneos hicieron blanco en su cuerpo. Se estremeció entero, pero su voluntad —una voluntad alimentada en la raíz de su odio— lo sostuvo. Apretó el gatillo y de su boca salieron unas palabras du-

ras y decisivas, las últimas que había de decir en la tierra:

—¡Pa vos, perro!

El estampido de su arma lo hizo tambalear, pero antes de caer vió que el sargento Gatica se alzaba del suelo, llevándose las manos a la cabeza, para derrumbarse luego como una masa inerte.

Arrastrándose, destrozándose las manos en las rocas, Chaves consiguió llegar al borde del barranco. En un postrer impulso desesperado se asió a una mata de quisco que crecía en el filo mismo del tajo, y, haciendo una mueca de dolor o de triunfo, se dejó tragar por el abismo, a tiempo que cuatro manos se alargaban para detenerlo.

UNA anchura de cumbres parece gravitar en los hombros macizos de Sebastián Carreño. Por adentro de sus músculos va una fuerza de savias elementales y espesas. Tiene duras y cuadradas las manos; los ojos, sagaces; el pelo, de revueltas y nocturnas hebras. Cuando le preguntan la edad, se ríe y hace un gesto desdeñoso con la boca sensual. ¡Qué le importan a él los años! Pasan y pasan, dejándolo igual, como iguales se quedan los roles en el transcurso de los días. Mirándolo al lado de su caballo, no se comprende cómo esa mole muscular e imponente puede alzarse hasta la silla. Y se lamenta, además, el esfuerzo de su bestia, que es un tordillo de alzada mediana y finos remos. Pero después de verlo echar

con soltura la pierna al aire y coger con despreocupada destreza las riendas; después de observar a la cabalgadura que parte sin esfuerzo aparente, liviana y tranqueadora, se sabe que animal y jinete son de idéntica reciedumbre.

Y así como Sebastián Carreño escogió una bestia de poca estatura para su uso personal, también sus ojos se fijaron en una hembra menuda y frágil para esposa. La compañera de su vida parece hecha de porcelana al lado suyo. Acerca de cómo llegaron a matrimoniarse, corren diversas versiones por la hacienda "El Quillay". Dícese que don Sebastián, con miras muy fáciles de comprender, metió en negocios agrícolas al padre de su futura, un rentista de la ciudad próxima, perdiendo éste cuantiosas sumas en inversiones que luego fueron al fracaso. Entonces Carreño, ladinamente, le hizo préstamos sobre préstamos, a sabiendas de que el otro no podría pagarlos. La deuda quedó saldada a satisfacción de ambos con aquella disímil unión.

Esto dicen. Pero en el campo las lenguas se desatan con facilidad excesiva y los ojos ven intenciones aviesas allí donde no hay sino buenos propósitos.

Sea como fuere, el caso es que este enlace, tan irregular por todos conceptos, resultó en la práctica de una sorprendente armonía. Lo que a Sebastián le faltaba en luces de instrucción, vino a ponerlo doña Laurita. Y lo que ella tenía en debilidad y finura, él lo compensó con su exceso de vitalidad, con su salud abundosa y desbordante.

Un hijo, uno solo, Guillermo, nació al año justo del casamiento. Doña Laurita casi dejó la vida en aquel parto, y el médico aconsejó evitar a toda costa la familia. Una intervención quirúrgica vino más tarde a segar la posibilidad de nuevos retoños.

Guillito fué, desde sus primeros berridos, el regalón y el sempiterno consentido. Cosa que él pedía, forzoso era dársela, pues de lo contrario había función para rato. La inflexibilidad de don Sebastián se hizo mansedumbre

y sonrisa frente a los deseos del pequeño tirano. Guillito cumplió siete años y se le antojó un caballo: hubo de comprarsele. Pidió manta y arreos de huaso, y se los trajo don Sebastián de la ciudad, en un viaje que hizo especialmente para complacerlo. Después, el rapaz comenzó a demostrar unas inclinaciones que no cabían en la cabeza del padre. Le dió por entrar en relaciones con el silabario, y tanto empeño puso en la empresa, que antes del año ya leía con muy pocos tropezones en cualquier papel. De ahí para adelante, su pedido constante eran libros, libros y libros. La casa campesina se llenó de volúmenes, de revistas, de cuadernillos. A los doce años, Guillito era el alumno más aventajado en la escuela del pueblo. La madre tuvo en todo esto una participación tan intensa como silenciosa. Para todos, el niño no debía sino a su propia inteligencia los progresos alcanzados. Y, en el fondo, doña Laurita estaba convencida de lo mismo.

Una cosa, sin embargo, confundía no poco a don Sebastián. La contextura del hijo era endeble y enfermiza. Alto, pálido, a los quince años tenía más facha de futre ciudadano que de varón campesino. El padre miraba para atrás en su ascendencia y veía domadores de potros de recia estampa, labriegos curtidos por todos los soles, capataces robustos, gritones, irascibles. Guillito no tenía ni un rastro de tales cualidades. Era un caballero, un caballero como don Mario, el vástago mayor de doña Adelaida, dueña de la hacienda y viuda.

Don Sebastián había nacido en la tierra donde estaba parado. De inquilino pasó a capataz, de capataz a llavero y, a la muerte del patrón, la viuda le confió sin reservas la administración de sus bienes, segura de que en excelentes manos quedaban. Y el fiel servidor jamás dió motivos para que tal confianza le fuera quitada. Diligente, madrugador, honrado, con instinto de autoridad, no había quién resistiera sus órdenes. La hacienda marchó como nunca y las ganancias acrecentaron de modo no-

table la fortuna de la dueña, tocándole de ello pingües porcentajes al administrador.

Veintidós años tiene Guillito a la fecha en que nos encontramos. Sus estudios lo han llevado a Santiago, de donde volverá convertido en médico, en "dotor", como dice orgullosamente don Sebastián. La madre ha ido apagándose y ya tiene ceniza de tiempo en las sienas. Don Sebastián monta en su bestia con idéntica soltura que a los veinte años.

Y aquel día la casa está en revolución. Micaela, la vieja sirvienta que trajera doña Laurita de su casa, canta a desgañitarse en la cocina, mientras bate los huevos para la mayonesa y prueba con deleite el caldo de gallina que gorgoritea en una olla. Doña Laurita se ha puesto su mejor traje. Don Sebastián ha dejado en la percha su vestimenta de huaso: quiere aparecer como un caballero en presencia de su hijo.

La llegada de Guillito está anunciada para las once y media. Y, en efecto, alrededor de esa hora se divisa por el camino el coche de los patrones que lo trae. Los padres, en el hueco de la puerta, tienen lamparitas de júbilo en los ojos. Y mientras el vehículo se aproxima hablan entrecortadamente, engañando la espera.

—Me imagino que debe estar más grande y más gordo —dice doña Laurita, pequeñísima al lado de su esposo.

—El jutre ha de venir muy elegante; en lo caballero salió a mí —añade, chanceando, el padre.

—Hace casi un año que no lo vemos.

—Y se ha portao ingrato el guaina. ¿Tres o cuatro cartas ha mandao?

—Tres.

—Y toas cuando me demoraba en girale la plata — agrega don Sebastián con malicia.

—¡Sebastián! —reconviene la esposa.

Y él, estrepitosamente, se ríe, con el contento saliéndole a borbotones de todo el ser.

El coche se detiene, y ya está Guillito, de un salto,

en el suelo. Allí lo atrapan, lo estrujan las manos maternas; después su figura desaparece casi sobre el vasto pecho de su progenitor. Todo entre palabras inconexas, diminutivos cariñosos y grandes risotadas de don Sebastián, que se contornea orgulloso como un pavo real frente a los inquilinos, que desde lejos observan la escena.

—Vengo cansado y quisiera bañarme —expresa por fin Guillito, trasponiendo la puerta del hogar.

—No le conviene, guaina: viene sudando y puee hacerle mal —advierte el padre.

—Estoy acostumbrado —dice el joven.

Pero accede a sentarse un rato, y, al lado de la madre, que tiene las pupilas mojadas, desata recuerdos, responde preguntas, inquiere acerca de las novedades del fundo y fuma un oloroso pitillo. Todo esto, con un cierto despego elegante que, según doña Laurita, le cae muy bien.

El administrador, en presencia de su vástago, procura ponerse a tono. Se ha sentado muy tieso dándole la cara, y se esfuerza un poco en pronunciar bien ciertas consonantes rebeldes a su lengua.

—Y dígame, dotorcito, ¿le queda mucho estudeo pa tener el cartón?

—Tres años —dice el hijo, como quien dice tres días.

—Y la cosa no puee apurase, ¿no?

—Imposible, Sebastián —tercia doña Laurita, mientras el hijo sonríe, mirando entre tierno y pícaro al padre.

—¿Está cansado de gastar? —le reprocha.

—No. Es que yo hey sí siempre apurón. Yo siembro este año, y en el año mesmamente tengo la cosecha.

—Es que la cosecha mía va a ser en grande —expresa Guillito, levantándose y palmoteando en la espalda al viejo.

La conversación es interrumpida por Micaela que, de pie en el umbral, no se atreve a delatar su presencia.

—¿Qué hubo, Micaela, todavía estás viva? —exclama, riendo, Guillito al divisarla.

—Toavía, y pa servile por muchos años, patroncito —responde la sirvienta con la cara llena de jubilo-so rubor—. Y usté, caa día más güenmozo y caballero —añade.

—Y tú, siempre tan zalamera.

—No son zalamerías; es la purita y santa verdá. Guaina como usté, pocos hey visto.

—¡Bribona!

* * *

Pasan los días. Guillito anda por ahí con el aburrimiento pintado en el rostro. Vaga por los caminos, a caballo; va a nadar al río, o se queda repasando sus lecciones en el corredor de la casa, un fresco corredor abierto al campo dorado de trigales. El verano se alarga bordonando por las carreteras. Pasan a lo lejos carretas con gavillas y, de tarde en tarde, llega en vaharadas espesas y vivificantes el aroma de las uvas maduras, de los duraznos en sazón, de las flores que la madre ha cultivado con la prolijidad silenciosa que le es habitual. Doña Laurita, fingiendo preocuparse de su bordado, observa al hijo que está abstraído en la contemplación de un libro cuyas hojas se olvida de volver. Ella lo conoce. Sabe que no es solamente de hastío esta actitud. Algún gusanillo anda royendo la cabeza de su muchacho. Quisiera preguntárselo, llevarlo a una confidencia; pero se detiene sin intentarlo. Si él siente necesidad, se confiará al cariño y a la experiencia maternas.

“Puede ser una muchacha”, piensa la señora con un cierto escozor en el alma. “El amor pone así a los seres. O un desengaño. Hay tantas cosas en la vida”.

La solución del enigma vino encerrada en un sobre. Aquella mañana había salido Guillito a dar su acostumbrado paseo, cuando llegó don Sebastián con una carta en la mano.

—No sé quién me pueda escrebir —dijo, dándole la misiva a su esposa.

—Es de Santiago —respondió ella, después de observar el matasellos.

—¿De Santiago? A ver qué dice.

Doña Laurita empezó a leer, y de pronto los colores se fugaron de su rostro. Temblaron sus manos y se detuvo.

—¿Qué pasa? —inquirió, alarmado, el esposo.

Doña Laurita se echó a llorar por toda respuesta.

—Pero, ¿qué pasa? —insistió el marido.

—¡No te enojas, Sebastián! —suplicó ella, entre dos sollozos.

—¡Pero cómo me voy'enojar si no sé qué diablos pasa!

—Escucha —concluyó ella, toda temblorosa.

Y leyó la carta misteriosa. Era de un señor Andrés Miranda. Decía que Guillermo le adeudaba la suma de cinco mil pesos y que tenía firmada una letra por tal cantidad, letra que había ido a protesto.

—Güeno, con esto no tengo na que hacer yo; entrégasela a él —dijo, severamente, el padre. Y se metió en su pieza.

Momentos después dió rienda suelta a su enojo. Toda la casa se estremeció con el estruendo de su voz. Doña Laurita, de bruces en la cama, lloraba inconsolable, apretando en su puño aquel papel fatídico.

—¡Sinvergüenza! —tronaba el esposo—. ¡Como él tiene de too en Santiago, cree que a uno le dan la plata! ¡Miren qu' entramparse en cinco mil pesos, el descarao! ¡Seguramente ha andao de fiesta, la breva, con sus amigos ricos! ¡Pero yo no pagaré ni un cinco, ni un cinco! —terminó categórico.

La tormenta amainaba ya cuando regresó el causante de ella. Desde el momento mismo de bajarse del caballo barruntó olor a pólvora en el aire. Y cuando vió que su padre no le dirigía la palabra y que la madre tenía los ojos enrojecidos, no le cupo duda alguna de que cosas graves le aguardaban.

Don Sebastián había gastado ya toda su dinamita,

de manera que la explicación fué corta. Eso sí, quedó bien en claro que él, Sebastián Carreño, “no pagaría un cinco de deudas ajenas, porque no estaba para mantenerle vicios a naide, y menos a inútiles que no sirven ni pa corretiar una vaca”. Después de lo cual fuése a sus ocupaciones sin probar el almuerzo que le sirvieron.

—¿Por qué hiciste eso, hijo? —inquirió la madre cuando se quedaron solos.

—Mala suerte. Me invitaron a jugar y fuí perdiendo sin darme cuenta. Miranda me dijo que la letra era pura fórmula y que la pagase cuando yo pudiera.

Ambos se quedaron silenciosos, con idéntica pesadumbre sobre sus espíritus.

* * *

Desde semanas atrás veníase preparando un rodeo en la hacienda, y era llegado el momento de efectuarlo. Cerca de las casas de la viuda se había acomodado una vasta medialuna con sus clásicas quinchas de mimbre.

Aquel domingo, desde temprano, empezaron a llegar de todas las haciendas cercanas los jinetes con sus mejores avíos. Caballos briosos, finos, relucientes los frenos, muy adornados los cabezales, las monturas flamantes, cruzaban por frente a la casa de don Sebastián, que miraba el desfile con visible alegría en el rostro.

El también ya tenía listo su pingo. Sobre el tacón gallardo de sus botas con corriones lucían, sonantes y cantarinas, las espuelas de plateada rodaja. Una manta recién comprada —noche y sangre— caíale en alegre vuelo sobre las macizas espaldas, dejando al descubierto la chaquetilla con filigranas de botones. Un sombrero de anchas alas, que un fiador sujetaba por debajo de la barbilla, completaba su atavío. Huaso fino era don Sebastián Carreño, ¡y así lo iba pregonando el cantar de sus espuelas!

Después que el almuerzo se hubo servido a las visitas, bajo la sombra espesa de unas higueras de la hacienda, empezaron los huasos a dispersarse para dar los

últimos toques a los pellones y cinchas, examinar las herraduras de las bestias y darles sus carreras espectaculares a fin de que perdieran el envaramiento que la inactividad pudo haberles producido.

Se había contratado a buenas cantoras, las más mentadas de la región, para que animasen la fiesta con sus arpas y guitarras. Cerca de la medialuna se les tenía preparado un cobertizo especial, y allí estaban cambiando pullas y bromas con quienes se les aproximaban.

A las tres de la tarde, tras las órdenes del caso, se dió principio al rodeo. Empezaron en la medialuna las filigranas de destreza, las atajadas espectaculares, los gritos con que los circunstantes animaban a sus favoritos. Y comenzaron a circular los vasos repletos de vino tinto, mientras las cantoras lo condimentaban todo con la picardía de sus tonadas.

Atraído por el bullicio de la fiesta, también se aproximó Guillito hasta el sitio del rodeo, ubicándose cerca de la quincha, al lado de las cantoras. Alguien vino a ofrecerle un trago y él lo bebió gustosamente, pues el huaso no admite que sus brindis sean rechazados. Las carreras, los gritos de los jinetes que iban con sus caballos pegados a los costillares de los vacunos ejercían sobre él una fascinación extraña. En más de una ocasión se sorprendió vociferando entusiasmado, y miró en rededor con cierta vergüenza. Pero había en todos los rostros retratado un entusiasmo idéntico al que llenaba su alma, y ya no se preocupó de los demás.

De pronto, sintió a su lado una voz amigable:

—¿Y ustedé, don Guillermo, no corre?

—No estoy hecho para estas cosas.

Era el llavero de la hacienda, un hombrecito rechoncho, colorado y de cara jovial.

—¿No corre, dice? ¿Y cómo l'otro día lo vi revolviendo su pingo qu'era un contento? ¡Y ese tordillo ha botao a varios!

Rióse Guillito, complacido por el elogio, y desvió la conversación. Pero en ese momento las cantoras echa-

ban al aire un cogollo, y él no pudo menos de atender. Y he aquí lo que decían:

*Que viva don Sebastián,
el gran amministraor,
qué más le da si se cae,
si tiene un hijo dotor.*

Todos rieron de la ocurrencia, y padre e hijo cambiaron una mirada. Era la primera que cruzaban desde hacía una semana. Pero ambos, como quien es sorprendido en delito, desviaron la vista de inmediato.

Instantes después la misma voz soltó este otro cogollo:

*Don Guillermito que viva,
cogollito de poleo,
dicen que un dotor no sirve
pa correr en un rodeo.*

Esta vez las risas arreciaron. Guillito sintióse un tanto confuso ante la alusión y se rió sin ganas. Nuevamente vino hasta él el llavero de la hacienda, esta vez acompañado de algunos inquilinos. Tras ofrecerle un nuevo trago, el hombre insistió:

—¿Y usté'stá muerto que no se pone las espuelas?

—No, hombre, cómo se le ocurre.

—Parece qu'el patrón no juera chileno —añadió otro más audaz.

—¡Ya, échele, on Guillermito! —le incitaron algunos.

Y una voz estentórea gritó de pronto.

—¡¡V'a correr don Guillermitoooo!!

Hubo un instante de expectación, y de pronto Guillito se decidió.

—Tienen que prestarme animal y traje.

—¡Qué los demoramos, pues!

Impulsado por un febril deseo de demostrar su va-

lor, púsose las espuelas, la manta y los pantalones que le trajeron. Todo esto se efectuó tras unas matas de boldero. Aquellas prendas, que no había vuelto a usar desde su niñez, quedábanle admirablemente. El tintineo de las pesadas espuelas infiltró una desconocida pujanza en su ser. Al verlo llegar los circunstantes prorrumpieron en sonoros aplausos. El doctorcito se sintió el héroe de la jornada.

Cuando estaba preparándose para montar el caballo que le facilitaron, un colorado de soberbia estampa, escuchó a sus espaldas la voz del padre:

—¡Guillermo!

—¿Qué hay, papá?

—¿Qué locura te le ha ocurrido?

—Voy a correr.

—¿Tay malo'e la cabeza vos? ¿Querís que algún novillo te fatalice?

—Creo que sé afirmarme en los estribos —replicó, decidido.

Surgía desde el fondo de su ser el huaso ganoso de hazañas, y sus gestos eran secos y cortantes,

—¡Ya, déjelo, don Sebastián, déjelo! —clamaron algunas voces.

Y el viejo, repentinamente:

—Ta bien. Yo te voy a servir de compañero.

—¡Eso es de hombre! ¡Viva on Sebastián!

Les abrieron calle y pasaron por entre los hombres de campo, seguidos por las aclamaciones de todos. Cuando entraron en la medialuna el griterío era ensordecedor.

Les soltaron primero una vaquilla colorada, y Guilito se le puso de inmediato al costado. El instinto del huaso, más que las advertencias del padre que lo aleccionaba desde atrás, lo guió en la carrera. Desde sus entrañas mismas partió el grito habitual de los jinetes:

—¡Ah toro lobo, toro lobo!

La quincha pasaba en vertiginosa fuga a su lado; sentía el resoplar de la res, y su pierna estaba apretada

entre los costillares de las dos bestias. Divisó como un relámpago la bandera roja en que debía parar el vacuno, y entonces oprimió la paletilla de éste, obligándolo a detenerse en seco al ser estrellado contra la quincha. La parada había sido impecable. La vaquilla se volvió y entonces, a su vez, la cogió don Sebastián, quien la hizo desandar su camino, repitiéndose luego la suerte con idéntico resultado.

El entusiasmo se desbordó de las bocas campesinas. Todo eran vivas para el "dotorcito" y para su padre. Guillito, afuera ya, con un "potrillo" de mosto en la mano, los ojos brillantes, el pulso tembloroso, agradecía los elogios y los aplausos.

* * *

Terminado el rodeo, cuando padre e hijo retornaban al hogar, jinetes en sendos caballos, don Sebastián, entrecortada la voz, dijo a su vástago:

—Mañana vay al pueblo a poner un giro pa pagar esa letra.

Y un poco más adelante:

—Y voy a comprate una bestia y un traje de huaso.

Cuando enfrentaban ya la casa, dos jinetes rezagados pasaron por la carretera. Uno les gritó:

—¡Harto de a caballo el dotorcito! ¡Parece que se ha visto en estas cosas! ¡Guaso hasta los tuétanos!

Y don Sebastián, con voz embanderada de orgullo:

—¡Hijo'e tigre, pues, mi amigo, hijo'e tigre!

E L C O N J U R O

EN los ojos nocturnos de Celedonio Parra barájanse lentamente los naipes verdes del porotal. Esos ojos labriegos, ante la invasión jocunda de las guías trepadoras, ante los capis tiernos, que van inflándose soplados por la savia, se refrescan de una desnuda alegría. Alegría de agua cantante, de cielo liviano, de libre viento corredor. No es solamente la perspectiva de la copiosa cosecha, sino el florecer de su esfuerzo lo que pone campanillas de júbilo en el alma simple de Celedonio Parra. Aquella cuadra de tierra sembrada, con sus maizales de espadas relucientes, con sus zapallos que florecen copas de oro, con su jugosa gravidez, es obra de este hombre que ahora la mira, com-

placido, desde la cerca rústica que separa su casa del campo abierto.

Celedonio Parra tiene la carne de avellana y los nervios de boldo montañés. Su barba es amarillenta como un lino oxidado. Sus manos están pesadas de callos, ve-teadas de rugosidades como la corteza terrestre. Y sus espaldas tienen una curva liviana de colina en descenso. Si pudiésemos mirarlo hacia adentro, veríamos su espíritu riendo, tal una flor de quisco cercada de espinas. Es duro como las montañas; pero, como ellas, tiene también arroyos que llevan cielo en sus cristales.

El campesino piensa en su mujer y en sus hijos, y los sembrados van trasmutándose con lentitud en trapos de colores chillones, en monedas que sirven para pagar deudas, en comestibles distintos a los que produce el suelo.

Vuélvese el hombre pausadamente y penetra en su casa, que huele a humo, a pobreza, a cebolla recién picada. En el fondo de sus pupilas, un viento invisible continúa jugando una brisca de esperanzas con los naipes verdísimos del porotal.

* * *

Y he aquí, de pronto, como una granizada imprevista, la noticia tremenda que hizo encogerse como un puño las almas labriegas. La trajo una mañana Juan Palacios, regador de la hacienda, y ella fué colándose como un viento por todas las puertas que se asoman al camino. Entró golpeando con sus puños inflexibles el pecho duro de cada campesino. Se hizo asombro, protesta, dolor sobre los rostros de canela. Gimió en las almas de las mujeres cansadas de tener hijos y de hacer todos los días idénticos menesteres.

—¡La cuncunilla!

—¡La cuncunilla!

—¡¡La cuncunilla!!

Unos bichitos voraces, implacables, de color plomizo y cuerpo peludo, habían aparecido sobre las hojas y los

tallos que sostenían en sus brazos frágiles la venidera cosecha. Todos sabían lo que aquello significaba. Pronto las hojas estarían caladas, los tallos se doblarían impotentes, las legumbres y hortalizas no podrían fructificar.

Celedonio Parra era viejo y conocía muchas cosas. A él acudieron los campesinos en una vislumbre de desesperada esperanza. Celedonio, cogiendo en su mano dos o tres de los gusanillos, los pisoteó con su ojota rústica, en un gesto de impotencia desolada.

—¿Qué se puee hacer, Celeonio?

La pregunta salía de diez bocas anhelantes, y los ojos se colgaban de esos otros ojos que ahora tenían una negra nube sobre la negrura del iris.

—Mi paire me dijo que pa esto no hay remedio. Hay que dejar que la cuncunilla se llene y se muera sola.

—Pero son miles. No van a'ejár ni rastro en una semana.

Y uno, desolado:

—El porotal mío ya'stá pa nunca.

Y otro:

—¡Y la cosecha que venía tan güenaza este año!

Con la vista perdida en el océano verde extendido hasta el pie mismo de las montañas, Celedonio deja caer unas palabras:

—Lo único, lo único, sería hablar con el patrón pa que trajera un cura. Estos busanos del diablo le hacen caso, en veces, a los conjuros.

—¡Vamos pa onde el patrón!

—¡Vamos!

—¡Pero al tiro!

La esperanza los lleva. Van por el camino con una fe grandiosa en las entrañas. Caminan, caminan, temerosos de perder un solo segundo. Y no hablan casi, pues les parece que las palabras se les enredan en los pies. Allá, tras una hilera militar de álamos, aparecen, veinte minutos más tarde, las casas de la hacienda. Primero una reja, luego un pequeño parque, al final un corredor sostenido por pilastras de luma asentadas sobre basas de piedra. Allí está don Adolfo con su sonrisa bonachona

y su manta de colores violentos. Es relativamente joven —cuarenta y cinco años—, a pesar de lo cual los inquilinos lo miran como a un padre. Sentado en su silla de mimbre, no se ha percatado de que sus inquilinos se aproximan. Al tornar la cabeza, distraído, encuentra a los once hombres que se han detenido frente a la reja. Sin levantarse y elevando su voz paternal y suave, dice a los que aguardan:

—¡Adelante, niños! ¿Qué se les ofrece?

Encogidos, con ese instintivo respeto al amo que distingue al verdadero campesino, se adelantan por la senda del parque. Ante el corredor, vuelven a detenerse, torturando con sus manos ásperas el borde de las chupallas.

En voz baja, uno dice:

—Habla vos, Celeonio.

Pero no se deciden. Miran el mimbre de la silla, la montura del caballero, desbordante de pellones, que está en un rincón; los dibujos multicolores de los mosaicos...

—¿Qué hay, Celedonio? ¿Te comieron la lengua los traros?

Celedonio se ríe, escupe sobre un prado de violetas, y comienza:

—Usted sabe, patrón, que cayó la cuncunilla en la siembra...

—Sí, ayer me dijeron. Es una fregatina, pero no se conocen remedios para matarla.

—Es que nosotros habíamos pensao... No sé si usted crea en estas cosas... Habíamos pensao que un cura puee venir a echale un conjuro a los busanitos ésos. Algunas veces ha resultao. Y, al fin, na se pierde con hacele un empeño. Pior es dejar las cosas como'stán, ¿no le parece?

Una sonrisa quiere aflorar al rostro de don Adolfo; pero éste la borra con rapidez, y dice a los solicitantes, con perfecta seriedad:

—Bueno, yo no tengo inconveniente ninguno. Esta tarde voy a la ciudad, y si quieren puedo traer un frailecito.

—Muchas gracias, patrón.

—Dios se lo pague, patrón.

Pero Celedonio no ha concluído su petición, y añade tras rascarse la cabeza y arrojar un nuevo escupitajo sobre las violetas:

—¡Ah!, otra cosa, señor. El curita tiene que ser sanfranciscano, porque son los únicos que tienen poer contra la cuncunilla. A los otros no les entienden esos busanitos. Así me dijo mi taita por lo menos, cuando yo era mocoso, disculpando el moo de hablar.

—Bien —remata don Adolfo—, váyanse tranquilos; a la noche tendrán aquí al frailecito.

—Entonce, hasta mañana, patrón.

—Y muchísimas gracias.

—Hasta mañana, niños.

* * *

Desde muy temprano, al siguiente día, los inquilinos comienzan sus preparativos. Desbordados los ojos de una fe radiosa, anhelantes las bocas oscuras, salen de sus ranchos al encuentro de Celedonio, que los aguarda en el camino.

—A las ocho v'a ser la cosa.

—¿Serán como las sei ya?

Celedonio escruta la cordillera, en cuya cima va lentamente agrandándose un incendio de colores maravillosos.

—Farta toavía —responde.

Cantan las diucas y sus goterones de música desafinada caen sobre las aguas trémulas de la mañana. A la distancia mugen las vacas y se escucha el “¡Ah, guacha loba, guacha loba!” con que los peones las obligan a tomar el camino de la lechería. Un jilguero endulza el viento con su chorro liviano de melodía: canta, canta como una mazorca infinita de trinos.

De pronto, Celedonio deja escapar un exclamación:

—¡Ah, chupalla! ¡Se los había olvidao una cosa!

—¿Qué cosa? —inquieren sus compañeros.

—Los puentes pa que pase el conjuro a toas las siem-

bras. Vayan a buscar tablones y palos. En toas las cequias y canales hay que poner uno. La'e no, l'agua se lleva las palabras del curita.

Corren todos, presurosos; se desparraman por los potreros y, al cabo de una hora, no hay canal ni acequia regadora que no tenga su flamante puente de tablas, ramas o palos.

Los minutos se hacen largos, lentos, interminables. Hay en todos los ranchos una enorme expectativa. Las mujeres de los inquilinos, desgñadas, con los morenos brazos al viento, aparecen de vez en vez en las puertas con el cuchillo de picar papas en las manos. Los chiquillos escrutan ansiosos la carretera hacia el lado del Norte. Y, de improviso, son voces infantiles las que dan la noticia:

—¡Ya viene el curita!

—¡Con el patrón y el patrón chico!

—¡Allá en la güelta vienen!

En efecto, el coche del patrón conduce al esperado personaje. Es un fraile de ojos escrutadores, manos pálidas y boca delgada.

—¡Es sanfranciscano!

El cura saluda a los chiquillos, que se descubren reverentes. Pasa dejando una nube de polvo en pos, y tras ella corren los rapaces. Al llegar a donde está Celedonio, el tumulto es ya considerable.

—Buenos días, hijos.

—Buenos días, niños.

—¡Güenos días, pairecito; güenos días, patrón!

Las chupallas aletean en el aire y no vuelven a cubrir las cabezas.

Revestido de toda su majestad, el sacerdote desciende del vehículo y mira los campos, buscando una ubicación conveniente para dar comienzo a la ceremonia. Los rapaces se han detenido a respetuosa distancia y cuchichean entre sí. Algunas mujeres acuden también, con el alma llena de repentina fe.

—Empezaremos por aquí —dice el fraile.

Saca del coche un hisopo y un tiesto con agua ben-

dita. No se oye volar una mosca en torno. Los latinajos empiezan a salir con runruneo de colmena de la boca fralluna. Cada palabra es como una siembra de anhelos sobre las almas humildes. Algunos inquilinos tienen la cabeza baja; otros miran obstinadamente los sembrados, en espera de un milagro nunca visto. Las mujeres se han arrodillado y revuelven en su boca todas las oraciones que conocen.

Uno de los labriegos, los ojos encendidos, dice al oído de Celedonio:

—Agora es cuando le v'a llegar al perno a la cun-cunilla.

Y otro añade:

—Van a quear lo mesmo que chicharrón quemao.

Y uno más impetuoso:

—¡Friéguese por tragonas! ¡Muéranse, reviéntense, alimales del diablo!

Celedonio, rápido, le advierte:

—No mente al malo agora, mi amigo.

El cura alza en ese momento el hisopo mojado y salpica en cruz el aire. Las mujeres se golpean el pecho, compungidas e insignificantes.

El mismo ceremonial se repite por los cuatro costados de la hacienda. Después, el cura sube de nuevo a su coche, y las pupilas campesinas, claras de gratitud, lo miran alejarse hacia las casas. En seguida, reunidos, desatan la lengua:

—¿Oyiste vos lo que icía?

—Algo le alcancé a pescar. En una parte por ey parece que las amenazaba con el infierno.

—Y yo me fijé que las hojas llegaban a remecese cuando el pairecito les plantó la rociá.

Luego miran los campos sembrados, temerosos de averiguar lo que entre las hojas ocurre.

El sol, desde lo alto, desparrama agua luciente sobre los potreros, las bestias y los hombres con su hisopo de llamas.

* * *

Todavía la rama del cielo florecía desveladas estre-

llas cuando Celedonio Parra y Zoila, su mujer, abandonaron el lecho. Desde el hueco tenebroso de la puerta echaron una larga mirada a los sembrados, que parecían dormitar en el frío celeste del alba. Ese frío también adentraba finos puñales de inquietud en el corazón de hombre y mujer. No se miraban ni decían nada, pero sentíanse más unidos que nunca por la común angustia. Dos días habían pasado desde que el sacerdote viniera con su agua bendita y sus latines a encenderles la esperanza. La cuncunilla proseguía, no obstante, su labor devastadora, y cada labriego sentía el trabajo silencioso de los pequeños enemigos en el fondo vivo de sus entrañas. Junto con roer las hojas, los bichitos iban también horadando y reduciendo a polvo todos los proyectos hechos sobre el producto de las siembras. . .

Los campesinos andaban por ahí como almas en pena, mirando los brotes lacios, la nervadura desnuda de las hojas y el incesante bullir de las condenadas cuncunillas. En los atardeceres asomaban, por las puertas de las viviendas, hembras cansadas de rezar o maldecir; chiquillos harapientos que no comprendían bien la tragedia, pero que la sentían gravitar sobre sus cabezas; perros famélicos que iban pregonando el hambre en el acordeón de sus costillas. La protesta contra el destino no afloraba ya en las palabras, sino que relucía en los ojos y en los gestos desolados de todos.

Celedonio seguía con miedo el proceso del nuevo día que llegaba. Ese día, al abrir las compuertas de la luz, revelaría su sentencia definitiva. El varón y la hembra hubiesen querido que no terminara nunca de aclarar, para conservar siquiera el consuelo desolado de su incertidumbre. Pero los perfiles de la cordillera se precisaban más y más. La puntita de una nube recibió un flechazo de luz; después otra y otra. Todas las cosas fueron dibujando sus contornos. Los gallos cantaban gloriosamente. Afinaban las aguas su delgada y desnuda voz. Y los árboles maduraban trinos y gorjeos enloquecidos.

Sin una palabra, inmóviles los rostros ansiosos, lentos los pasos, Celedonio y Zoila se llegaron hasta las pri-

meras matas del porotal. ¡Dios mío! ¿Era posible? ¡No podían creerles a sus ojos y hubieron de palpar los cuerpos secos de las cuncunillas, que colgaban de unas hilachas sedosas! Enfebrecidos de regocijo, siguieron explorando. Y en todo era lo mismo. ¡El enemigo se moría, se moría sin remedio! La mujer apenas podía mirar por entre sus lágrimas: lágrimas calientes de gratitud, de consuelo, de... ¡qué sabía ella qué! Y al hombre le temblaban las manos, y el corazón le batía tambores en el pecho. Pero no se paraban. Iban por cada hilera, presurosos, sin objeto, sonámbulos. Las guías les acariciaban el rostro como manos amigas. Y así llegaron hasta el final del sembrado. Allí, de espaldas a la cordillera, se pararon. La mujer cayó de rodillas, tal si la tierra la hubiese llamado. El varón irguióse más sobre las columnas de sus pies, para ver los campos hasta el final.

Ambos componían el oscuro relieve de una medalla sobre el disco del sol, que levantaba sobre los Andes su ígnea custodia.

Cantaban todavía los pájaros.

-¡PONELE grueso y sin picarse, niños! Les pío carta libre, eso sí, porque no quieroirme por las topás del carnero...

La baraja danzaba ágilmente en los dedos del Rafa, que no paraba de hablar mientras iba revolviendo las cartas.

A su alrededor, en cuclillas o sentados en tarros y trozos de ladrillos superpuestos, se agrupaban los inquilinos de "El Cardal", que de aquel modo ocupaban el ocio de la tarde dominguera. Un pedazo de saco y una hoja de periódico extendidos sobre un montón de adobes hacían de tapete.

Todos los jugadores tenían el ceño duro. Algunos,

mientras el tallador barajaba, se entretenían pasando de una mano a otra el dinero sencillo, que habían ordenado cuidadosamente, y preparaban la cantidad que jugarían en la próxima parada; otros no separaban los ojos de las cartas, como fascinados.

El Rafa terminó de manipular la baraja, y después de haberla puesto en mitad de la carpeta para que cortaran, tiró dos cartas al frente:

—A ver, niños: el siete y el caballo...

—Copo al siete.

—¡Eso es de hombre! Así me gusta. Mientras más grueso juegan, más luego me desbancan... Me güelvo al tiro... La sota en puerta:

*¡Qué chiquilla tan bonita!
Quién sabrá la casa d'ella,
p'hacele llave a la chapa
y levantale l'armella...*

...Y levantale l'armella... El rey..., el cuatro..., el cuatro..., el as..., y el caballo salió pa too el mundo.

El que había copado al siete vomitó entre dientes alguna obscenidad y luego, impaciente, exigió:

—Cuenta la banca.

—Tenía quince pesos, y tres cuarenta qu'entré en la tirá pasá, son dieciocho cuarenta.

Dos billetes de diez pesos fueron a juntarse a los que el Rafa tenía delante.

—Dieciocho cuarenta y sesenta son diecinueve, y cinco chauchas son veinte pesos.

Dió el sobrante, recogió las cartas y siguió barajando.

—Toy engordando pa morir flaco —agregó, jovialmente, a modo de comentario—. Me le hace qu'en una d'estas parás me van a ejar con las patas y el buche.

Tiró de nuevo cartas y volvió a ganar. En media hora todo el dinero de los inquilinos había pasado a su poder. Cuando vió que no le quedaba nadie por desplumar, recogió calmamente las monedas y billetes y se los metió al bolsillo sin contarlos. Dobló después la hoja

de periódico, que puso también en su bolsillo, y luego de distribuir algunos pesos “de barato” entre los que habían perdido más, se fué andando sin prisa por el camino que conducía al pueblo.

—El domingo que viene güelvo a darles el desquite
—ofreció antes de marcharse.

* * *

Hacía ya tres semanas que estaba ocurriendo lo mismo. El domingo por la tarde, a eso de las tres, se divisaba al Rafa, que sin apurarse aparecía en el recodo del camino próximo al fundo. Se mezclaba a los campesinos que a esa hora estaban reunidos frente a la entrada principal, y al cabo de unos instantes todos se encontraban inclinados sobre el “libro de las cuarenta hojas”, al amparo de una tapia derruída, situada no lejos de allí. Todas las veces el Rafa se había llevado las ganancias casi íntegras de una semana de trabajo.

Ahora, al verlo alejarse, los hombres hacían comentarios:

—¡Puchas la mala suerte! Fíjense que una vez le tuve acertá una pará de doce pesos. Me l'estaba tincando que la sota venía debajo'e dos cartas y le jugué a l'otra. Me l'echaron debajito'e puerta.

—¡Qué, y yo, ñor! Le traía aguaitá la laucha en un cinco'e basto, y se metió el mardito tres de copa...

—¡Si parece que juega con la santa el gallo ése!

El único que permanecía silencioso era José María. Mordiendo una ramita de sauce, miraba el recodo del camino por donde había desaparecido el Rafa. Una rabia sorda le quemaba por dentro, y hubiera deseado encontrar a alguien en quien descargarla. Había sido un bruto. ¡Quién lo mandó a que viniera de nuevo a dejar en la carpeta su jornal! La semana pasada se había prometido solemnemente no reincidir; pero fué inútil: el juego ejercía sobre él una atracción irresistible. Al principio se había propuesto jugar un par de pesos solamente. Después, ni supo de qué modo fueron saliendo de su bolsillo

los billetes ganados con tanto trabajo durante la semana. No quería pensar en lo que le diría su madre cuando se viera obligado a pedirle plata para cigarrillos. ¡Y la Meche! Habíale prometido un par de aros y un pañuelo. ¡Estaba lucido! ¡Bien hecho por lesa y jetonazo!...

Arrojó con violencia la ramita de sauce al suelo y se encaminó hacia su casa, sin dirigir ni una mirada al grupo, que continuaba todavía desmenuzando las incidencias del juego.

* * *

Dos días no habían bastado para serenar el ánimo de José María. Aun sentía la plata tirada tan tontamente. Y no es que fuera ambicioso. ¡A él qué le importaba el dinero! Era por la Meche. Desde el domingo, la muchacha parecía rehuirle. La última vez que fué a verla, pretextó ocupaciones para no estar a su lado. Y en la mañana de aquel mismo día, al dirigirse al fundo, la encontró cerca del canal y quiso besarla. Pero ella se escabulló, alegando que podían sorprenderlos. Y conste que él le había asegurado que para el sábado sin falta tendría los aros prometidos...

Iba cavilando en esto mientras caminaba, de vuelta ya del trabajo, por el caminito bordeado de álamos, que conducía a la casa. Era linda la tarde. Como si alguien estuviera entretenido en golpear trocitos de cristal, sonaba el canto de los grillos. El aroma de los tréboles ascendía en el aire claro. Y el estero era como un sendero de plata que se iba hacia el sol muriente.

José María miró hacia arriba, hacia donde cruzaba una bandada zumbante de chiriguas. ¡Chiriu, chiriu!... Despedían a veces un relámpago pequeñito al temblarles el sol en el breve abanico de las alas. Pasaron rápidamente por encima de los álamos, rumbo al cerro cercano. Las vió perderse y quiso apurar el paso. Una voz sonó a sus espaldas:

—¡Espérame, pus, hombre, que tamién voy p'allá!
Era don Balta, el peón más antiguo del fundo. Lo

aguardó. Caminaron un momento juntos, sin hablar. El viejo, con el eterno cigarro de hoja humeándole bajo el bigote. El muchachón —al hombro la chaqueta y las mangas de la burda camisa recogidas más arriba del codo—, cabizbajo, taciturno.

—¿Tiene un cigarro, on Balta?

—¡Güena cosa, hombre! Ni pa los vicios te ejó el Rafa.

Luego, mientras el otro encendía, añadió:

—Y lo pior es que no se contenta con ganate la plata; te quiere tamién quietar la novia.

José María se estremeció. Sus ojos buscaron los del viejo, que sostuvo la mirada entre serio y sonriente.

—Güeno, te igo esto, porque Pelluco me contó que los había visto conversando cerca'el sauce grande, enta mañana, cuando golví con los mandaos.

—Pelluco es rementirosazo...

—Sí, pero creo que agora no m'engañaba. Y andate con cuidao, porqu'estos pueblinos tienen largaza la lengua y las manos... Te lo igo yo que soy baquiano en estos enreos. Vos sabís lo que le pasó cuantuá a la Rosa, la hija'e mi comaire Jecho, con el condena'o aquél que llegó haciéndose el lesito por estos laos...

Don Balta había llegado frente a su casa y se separó con un "hasta mañana" cordial, dejándolo en compañía de sus cavilaciones.

Siguió caminando más de prisa. ¡Conque así era la cosa! Ahora entendía por qué la Meche estaba tan cambiada. ¡Pero ya le enseñaría él al famoso Rafa a meterse en potrero ajeno! El dinero, bien que se lo ganara, porque ése lo arriesgaba él a una carta. ¡Pero la Meche! Era ya cosa más difícil. Buenos puños tenía él para defenderla y para dar al intruso lo que se merecía.

* * *

Se levantó más temprano que de costumbre al día siguiente. Apoyado en el tronco de un sauce, aguardó. Por allí debía pasar ella cuando volviera de ordeñar las

vacas. Le había sido imposible dormir en la noche. A cada rato, las palabras del viejo sonaban en su cerebro: "Tienen largaza la lengua"... "Conversando cerca'el sauce grande"... Sí. Tenía que hablar con la Meche. Arreglar aquel asunto. Recriminarla.

Quiso engañar la espera y se puso a hacer incisiones en el tronco del árbol con la punta de su cortaplumas. Comenzaba a rayar el sol; ya su luz ponía un brochazo dorado en la punta de los cerros de Alhué. El aire era una fiesta de trinos. Se oían el chau-chau entrecortado, casi metálico, de las diucas y la algarabía confusa de los gorriones, que se disponían a iniciar sus fechorías en los árboles frutecidos. A ratos sonaban el mugido de las vacas y el balido trémulo de los terneros hacia la parte del fundo donde se hacía la ordeña.

Desde el pequeño promontorio donde se hallaba José María, se divisaban las casas de los patrones y las de los inquilinos. Contrastaba la arquitectura severa y pesada de aquéllas con la sencilla humildad de estas últimas. En la que estaba más cerca del canal vivía la Meche. Allí, bajo el aroma, que en aquel entonces estaba encendido como una gran lámpara anunciadora de la primavera, la vió él por primera vez. Le gustó desde un comienzo. ¡Y cómo podía ser de otro modo! Tenía unos ojos tan grandes y se le formaban unos hoyuelos tan encantadores en la cara, levemente tostada, cada vez que reía. La quiso con todas las fuerzas de su corazón sencillo como un campo abierto. Se lo dijo, baluceando, en la primera ocasión que pudo hallarla a solas. Y ella, ¡cómo quiso reírse, y cómo bajó los ojos, entre coqueta y ruborosa, al escucharlo!

Pero venía ya, más bonita que nunca, a su encuentro. Llegó a donde él estaba y dejó en el suelo el balde.

—Qui'hubo, ¿m'estay esperando?

La observó fijamente sin responder. Desvió la mirada hacia la cabellera y, de súbito, sus ojos se enredaron en el brillo de unos aros nuevos que lucían sus orejas. Tuvo ella un leve sobresalto y preguntó, medio irónica, medio zalamera:

—Güeno, ¿y por qué'stay tan callao y me miray con esos ojos?

—T'estaba mirando las rositas nuevas que tenís en las orejas.

La voz de la Meche quiso ser indiferente al replicar:

—¿Te gustan? Me las regalaron.

—Más me gustarían si te las hubiera dao yo. Carculo qu'el regalo será del Rafa...

Tomó ella el balde para irse, pero el mozo cogióla de un brazo con rabia.

—Espérate. Quiero que me digay ahora mismo lo qu'estabay hablando con el Rafa ayer por la mañana, debajo'el sauce grande.

No negó ella. La había encontrado el Rafa cuando iba a casa de la señora Rita a devolverle un pan de jabón que aquélla le prestara dos días antes.

—No podía irme, José María. Cada vez que l'icia qu'estaba apurá, él me preguntaba algo y tenía que contestale. Me le pasó el tiempo sin sentilo.

—Sí, y s'hicieron tan cumpas, que al fin él te regaló esos aros...

—El Rafa me conocía ende chica, José María. Era trabajaor del jundo de on Ernesto Vera, onde'stuvo años atrás mi taita. Yo no quería recibile ná, pero me ijo que los había compraor con la plata que te ganó el domingo...

—¡Chanchó! Tamién te contó, ¿ah? Yo no quiero que andís con eso, ¿oyis?, no quiero, Meche. Yo te ofrecí un par pa'l sábado y te lo voy a dar, como que hay Dios.

—Pero a mí me gustan, y si no me les pongo tendré que botarlos.

—¡Degüélveselos!

En seguida, para decidirla, añadió:

—Si no, quiere icir que te gusta más el otro que yo. Y no me golvay a mirar más, Meche. Yo te quiero, pero no pueo aguantar esto.

Volvió la muchacha a tomar el balde para irse, y tornó el hombre a detenerla por un brazo con mayor brusquedad.

—Por lo visto la cosa es seria. Pero no te habís de

salir con la tuya. Si güelvo a saber que te juntay con el Rafa, te v'a pesar y le v'a pesar a él.

La miraba con la boca contraída y los ojos amenazantes. Su mano estrujaba sin darse cuenta la muñeca de la muchacha, que hizo una mueca de sufrimiento y gimió:

—¡Cuidao, bruto, que me duele! Lárgame.

—Tenís que icirme que te vay a sacar al tiro esas muires...

—Muires serán, pero son mejores que los que vos me habís regalao. Y si te creís que me vay a mandar, tay equivocao. ¡No me los saco ni me los saco!

Se desasió de un tirón y tomando el balde se alejó, rápida.

José María sintió unos locos impulsos de pegarle, de sacarle a tirones aquellos maldecidos adornos. Cerró con fuerza el cortaplumas, que aun tenía en la mano, y, al hacerlo, la punta le cortó la yema de un dedo. Corrió la sangre, pero el mozo no la vió ni se dió cuenta del dolor. Iba ya a echar a correr para alcanzár a la muchacha cuando sonó la campana que llamaba al trabajo. Se paró, indeciso, echó una última mirada a la Meche, que ya llegaba al recodo, y se dirigió, gacha la cabeza y los puños apretados en los bolsillos, hacia el fundo.

* * *

En los días que siguieron no logró tener una explicación definitiva con la arisca moza. Le mandó una carta —hecha por el contador del fundo— y no obtuvo respuesta. No supo, sin embargo, que el Rafa volviera por aquellos pagos.

El domingo sí que lo vió venir, como de costumbre, en dirección al grupo de que él formaba parte. Venía más "chatre". Los mugrientos zapatos que antes usaba habían sido reemplazados por otros nuevos, de un detonante color rojo. El sombrero era el mismo, pero se veía mejor, por haber sido seguramente cepillado y por la posición de las alas, que estaban ahora más erguidas de los

lados. Se le notaba que la afeitada era reciente, por cierto brillo que despedía su cara morena, de pómulos pronunciados.

—Qui'hubo, niños, ¿tamos dispuestos a entretenerlos un rato?

Ese fué su saludo. Sus vivos ojos pardos recorrían el auditorio y una sonrisa le entreabría la boca ladina.

Encabezados por él, se dirigieron todos al lugar de siempre. El saco fué extendido sobre los adobes, y todos buscaron acomodo junto al Rafa, que sacó la baraja cuidadosamente envuelta en un papel. Contadas las cartas, el tallador puso delante un billete y unas cuantas monedas:

—Diez pesos son banca.

Barajó. Cortaron. Tiró cartas y ganó.

—La primera-pará es del tallaor —dijo.

José María lo miraba con encono. Era el único que no jugaba. Parado, las manos en los bolsillos, seguía las alternativas del juego con un interés que en vano trataba de disimular. El Rafa estaba jugando con una suerte loca. Pero no se inmutaba. Recogía el dinero como si se tratara de algo carente de valor. Su lengua no paraba un momento:

—El sei y el tres... Bonita encartá. Jugale sin mieo. Tres pesos... ocho... doce pesos al tres. Ponele más si les gusta; hay banca, niños. No le meten más arriba... Tiro abajo entonces... El cuatro ¡y el tres doble! Me güelvo.

Los apostadores del tres se movieron impacientes. Iban dobles. Tenían una probabilidad menos de ganar. ¡Mala suerte!

El Rafa iba "pelando" despacito las cartas, y cada vez que el palo o el número de ellas asomaba, un comentario salía de su boca incansable.

—...As pa'l rey; si no es caballo es sei... ¡Güen basto!... Un martillo..., le tengo mieo...; el siete. Un cabezón...: el dos. ¡Y el sei jué, niños!

Repentinamente, José María, que estaba siguiendo con un interés cada vez más vivo las alternativas del

juego, notó que el Rafa pasaba con mucho disimulo dos cartas pegadas. Siguió observando, y después de poner toda su atención en las manos del tallador, pudo descubrir en varias ocasiones la misma maniobra. ¡Ahora se explicaba la buena suerte del sinvergüenza! ¡Y él que había estado jugando a las derechas y con entera confianza! Una idea cruzó su cerebro. Era llegado el momento del desquite.

Extrajo del bolsillo unos cuantos pesos y se puso en cuclillas. En ese momento el Rafa tiraba cartas. Salieron una sota y un cinco de oros. Jugó a este último, sin elegir. Varios pesos de otros jugadores cargaron la misma carta. El tallador tiró abajo, y cuando las apuestas estuvieron hechas se volvió, sin cesar, por supuesto, en sus dichos pintorescos:

*—Cuando'stá crujiendo el catre
y está sonando el colchón,
es señal qu'están peliando...*

—¡Cuidao, tallaor, van dos cartas juntas!

La voz de José María era amenazante.

El Rafa, sin alterarse, replicó:

—Parece qu'está equivocao, amigo.

—¡Le igo que van dos cartas juntas! ¿Cree que soy ciego?

—No sea porfiao, iñor. Usté'stá viendo visiones.

Pretendió seguir adelante, pero una mano del mozo le inmovilizó la muñeca y la otra quiso apoderarse de la baraja. Mañosamente, el Rafa revolvió las cartas y dijo, fingiendo enojo:

—El naipe lo mando yo. Usté no tiene por qué meter aquí la cuchara.

Enfurecido, José María se precipitó sobre él, vomitando injurias:

—¡Mañoso, descarao! Yo te voy a enseñar a ganalos la plata con trampa...

Un puñetazo en la cara derribó de espaldas al Rafa, que se incorporó prestamente, con la hoja de un cuchillo

reluciendo en su mano. Pero José María no lo vió, ennegrecido por la ira. Violentamente se abalanzó contra su adversario, y sus compañeros lo vieron de repente doblarse y caer hacia adelante, lanzando una especie de bramido sofocado. La sangre manchó el suelo y el fulgor del acero se apagó en rojo. El cuerpo herido hizo unas cuantas contorsiones y quedó luego convertido en un ovillo trémulo.

El Rafa, con una tranquilidad escalofriante, se abrió paso por entre el aterrorizado grupo de campesinos, tomó el dinero, y después de limpiar el cuchillo en el tapete emprendió la huída hacia el monte, sin que nadie hiciera por detenerlo.

Se iba al monte. Volvía al monte que no tenía secretos para su astucia turbulenta, familiarizada con las alternativas de esa vida festoneada de peligros, que abrumarían a otro hombre menos decidido y fuerte que él.

Y, a sus espaldas, junto al montón de adobes, improvisada mesa hasta momentos antes, quedaba la víctima del Rafa con las manos ahuecadas como para recibir monedas invisibles. El revuelo que dejaba atrás el tahur crecería más tarde por toda la hacienda, persiguiendo su nombre como una maldición. Y el cuerpo exánime de José María fué luego una espiga rota y morena sobre el regazo de una hembra desesperada.

* * *

La pareja de carabineros, que llegó una media hora más tarde, encontró a una mujer despeinada, que, entre una rueda de curiosos, sollozaba desgarradoramente, mientras sostenía la cabeza inerte de un cadáver en su falda:

—José María, m'hijito, yo te quería a vos solo... ¿Por qué te viniste a meter aquí?... ¡Perdóname..., perdóname, m'hijito!

ESA tarde, como todas las otras, Matilde larga los ojos por el camino y los deja bañarse en un poco de cielo. Recorre con ellos las distancias que sus pies no pueden andar. Y no sueña, por que hubo alguien que se llevó todo lo que podía hacerla soñar. La dejó vacía, estrujada, con una gran soledad arrinconada en el alma. También con un hijo: una miniatura de los brazos nervudos que la oprimieron, de la boca pícara que supo besar y mentir.

Matilde fué desde "entonces" una cosa más en el rancho. Una sombra llorosa con un remordimiento vivo en las entrañas. Pero "él" era buen mozo. Sabía reír. Sabía tocar una guitarra como si hiciera sonar un cora-

zón... Tenía modales de caballero. Voz bien timbrada de macho seguro en sus medios. Ojos de amor, de cosa profunda, de atardecer cayendo entre montañas...

A la moza le duele como una quemadura el corazón cuando recuerda. Por eso, tras seis años de aguardar un retorno imposible, sale al camino por costumbre. Quizás si en el fondo albergue la esperanza de un milagro. Lo cierto es que ya para Matilde significa un dulce hábito éste de quedarse parada en el umbral de cada noche que llega.

A veces, frente a ella, suele jugar el fruto de su culpa, lo único que le quedara del ausente. Matilde, mirando al rapaz, sonríe. Siente como si el niño fuera un resplandor en su espíritu. Y en ocasiones lo coge y lo aprieta sin motivo contra su pecho, cerrando los ojos, fingiéndose tal vez una mentira irrealizable.

* * *

Esa tarde, tampoco Matilde quiere recordar. Pero tiene tantos aromas el viento, tanto oro las nubes, que se le va, inconscientemente, el rumbo del corazón hacia atrás y cae en el pasado. Aparece la noche aquélla entre los trigales..., el roce de las manos varoniles, el recuerdo de tantas estrellas vistas desde abajo, sobre la cabeza del hombre... Después, el remordimiento. La temblorosa expectativa de su ser hacia lo que ocurría en sus entrañas. La ausencia larga, desgarrada, irremediable. Las blasfemias y los golpes de su padre. Y la vergüenza cayendo, implacable, sobre su desesperación.

Todo esto va saliendo de su pecho, de sus sienes, de sus ojos perdidos en la carretera. Pero la evocación es diáfana y apacible, como un agua que se vuelve remanso después de golpearse mucho entre rocas filudas. Si no fuera por el hijo, Matilde creería que soñó aquel retazo de su existencia. Pero el chico está ahí. Irrumpe desde la casa con Crispín, su perro sucio y flaco. Juega en la tierra del patio. Sale al camino, tirándole de paso el delantal. Suelta el aro de su risa y lo persigue hasta más allá

del puente. Tomado de la barandilla, se entretiene en tirar piedrecillas al agua. Quiere ir más lejos, y entonces la madre estira un grito como una soga de colores para retenerlo:

—¡Eduardo!

—¡Mamita!

—¡Güelveté, niño!

El perro y el muchacho corren hacia ella, envueltos en un remolino de tierra. Detrás de esa cortina cenicienta surge entonces, inesperadamente, una tercera silueta, que antes la mujer no había visto. Sus ojos quieren pasar sobre ella, pero algo hace que le preste atención. Matilde tiene una corazonada. Esa silueta... Algo tiene que ella conoce. Y si fuera... Prefiere mirar a otro lado para darle tiempo a que se aproxime. Entretanto, aprovecha para dirigirse al hijo:

—¡Eduardo, no levantís tanta tierra!

La corazonada se va volviendo casi certeza. Cuando ya faltan diez metros para que el transeúnte llegue al rancho, ella deja de torturar el delantal con las manos y escruta, conteniendo la respiración, el rostro del viajero. El hombre camina seis trancos más y habla:

—Qui'hubo, Matilde.

La moza corre hacia él y lo abraza, con los ojos desbordados de lágrimas. Luego, mirándole el rostro, no sabe sino decir:

—Te hallo más tostao, Juan.

—El sol de la pampa —dice el recién llegado. Y luego—: ¿Y los viejos?

—Ey tan, viviendo pa no morise...

Eduardito ha suspendido sus juegos y examina con sorpresa a los interlocutores, mientras inmoviliza a Crispín con una mano. No dice nada ni se acerca, esperando lo que sucederá. Juan siente el llamado de aquellas pupilas claras y vuelve la cabeza. Interroga a Matilde con un gesto. Esta hace una seña al chiquillo, que se acerca riendo y se refugia detrás de las polleras maternas. La mujer responde:

—Hijo mío.

—¿Tuyo? ¿Te casaste, entonces?

La hembra baja los ojos y una oleada de sangre le tiñe la cara. Las facciones del hombre se endurecen. Adquieren el brillo del cobre envejecido. Y añade, sin comentarios:

—Quiero ver a mi taita y a la vieja. Toavía'stán disjustaos conmigo?

—Toas las cosas se olvían, Juan —responde ella—. Los viejos t'esperaban hace tiempo. ¿Por qué no escribíay?

Por toda respuesta, el hermano encoge los hombros y se detiene un instante en la puerta que Matilde le abre. Una vieja, que parece brotada de la ceniza de un brasero que tiene delante, levanta los ojos. Ve una silueta obscura sobre el hueco celeste de la puerta. Se dirige entonces a Matilde:

—¿Quién es, hija?

Pero Juan se adelanta y responde por ella:

—Yo, mamita.

El mate que la anciana sostiene entre sus manos levanta un reguero de chispas y de vapor al caer en el fuego. Se incorpora toda temblorosa, y enreda su pollera en la oreja del brasero. Sus ojos, apagados por el continuo soplo del tiempo, se iluminan con un fogueo de júbilo.

—Juan, m'hijito. —Sabe balbucear apenas.

Después llora silenciosamente en el pecho del hombre, que disimula su emoción con una sonrisa. Entrecordadamente, la madre pronuncia palabras inconexas:

—Tantos años, Juan... Nosotros... El viejo... Tus cartas que no llegaban... Tay más hombre... Yo..., yo pensaba morime sin verte más...

Juan se siente incómodo. No le gustan estas cosas. Traga saliva y la angustia sube y baja por su garganta. Entonces, para arrojar lejos la emoción, quiebra el abrazo y deja sobre una silla vieja el saco quintalero con las "pilchas", que trae al hombro.

Cuando Matilde enciende la vela, la madre está limpiándose los ojos con el delantal. Juan, inclinado sobre el saco, procura dejar en la sombra su semblante. Es alto,

de anchas espaldas, de rasgos precisos y ojos tallados en piedra oscura.

En ese instante se abre la puerta del patio y asoma Belarmino, el padre. Su barba amarillenta es un vellón sobre la manta negra. Las arrugas convergen hacia sus ojos como canales de riego hacia lagunas de aguas dulces. Su espalda traza ya un paréntesis buscando la tierra. Los dos hombres quédanse mirando un instante. Sin avanzar un paso, sin dejar que la sorpresa se le asome al gesto ni a las palabras. Belarmino dice:

—Ah, ah, apareció el perdío, ¿no?

—Aquí me tiene otra vez, pues, taita.

—¿Y cómo te ha tratao por ey la vía?

—Así, así, más bien que mal.

—Me alegro. ¿Y te l'e enfrió la callana?

Por toda respuesta, el hijo sonríe, recobrado ya el plomo. El viejo se sienta, coge el mate, que Matilde ha puesto en la boca de la tetera, y lo prepara. Luego:

—Vos traerís hambre tal vez. ¿Querís mate?

—Güeno.

—Allégate p'acá, entonces.

Sentados los cuatro en torno al brasero, comienzan a desatar recuerdos. Tienen mucho tema y mucha noche por delante. Diez años de ausencia son bastantes para que se acumulen sucesos y nostalgias bajo el pecho. A pesar de su habitual parquedad en el hablar, Juan va sacando una a una las estampas del vagabundaje. Las pone ante los ojos de su auditorio, y mirando el fuego se olvida de observar la expresión de las caras. ¿Qué hizo durante diez años? Trabajar. "Atorrantear". Conocer mundo. A través de su relato van surgiendo ciudades y lugares de pintorescos nombres. La pampa caldeada en donde trabajó él de barretero durante largas jornadas. Los tiros de dinamita que reventaban haciendo parir la tierra. Los apelativos incomprensibles de capataces y gringos. El retorno por falta de trabajo. Todo.

Eduardito, abrazado a su perro, escucha desde un rincón el relato épico. Tiene tan abiertos los ojos, que parecen llenarle toda la cara. Contiene la respiración y siente

a veces ganas de preguntar algo. Pero comprende que lo harían callar, y se queda tranquilo. Es mejor seguir ignorado de los cuatro personajes. Teme ser descubierto, porque entonces lo mandarían a buscar cualquier cosa afuera. Y él no quiere perder una sílaba de lo que cuenta ese hombre que ha llegado del fin del mundo. A él no le cabe duda que aquella Antofagasta, aquella Chuquicamata y aquellos otros pueblos que nombra, deben hallarse al fin del mundo. Lejos. Más allá de donde el camino se interrumpe, porque el cielo cae como una muralla azul sobre él...

—Pu'allá se gana plata. La vía es cara, pero corren billetes. El que no es envarao ni quedao en las güinchas, tiene que juntar pesos —expresa Juan.

El no pudo traer nada, claro está, porque la cesantía lo tuvo unos meses "varao" después que cerraron la "oficina" en que trabajaba. Pero si pudiera irse de nuevo, con seguridad que retornaría con dinero suficiente para comprar unas cuadras de terreno.

A pesar de toda su atención, Eduardito, tras una heroica batalla con el sueño, concluye por cerrar las pupilas e inclinar la cabeza. Crispín, que ha soportado con paciencia su peso por diez minutos, hace un movimiento y el muchacho se viene a tierra. Ocho ojos convergen hacia él. Y de inmediato la madre lo coge para meterlo en su cama, en la pieza contigua.

Cinco minutos más tarde, cuando Matilde retorna, cumplida ya su tarea, presiente que están hablando de ella. Esta idea se afianza cuando todos guardan silencio. Piensa que el hermano ha pedido detalles de su "desgracia", y vuelve a sonrojarse. Pero nadie la mira. Juan escarba el fuego. La madre ceba un nuevo mate. Belarmino fuma, mirando las brasas.

Busca otra vez asiento y la conversación antigua se reanuda en seguida. La mujer se siente más tranquila y observa de nuevo las facciones bien delineadas del hermano, que no se preocupa de ella.

La campana del molino distante deja caer después doce goterones de música.

Quince días más tarde, el otoño continúa arreando su piño de horas iguales por el camino. El paisaje, invariable, se muere en los ojos de Juan. Hace diez años, cuando él abandonó el rancho a raíz de un disgusto con Belarmino, estas cosas que ahora está mirando eran lo mismo que hoy. Frente a él hay un monte que conserva su perfil redondeado. Los potreros, los deslindes, todo es idéntico.

Juan echa de menos el hervor de las calicheras nor-teñas. El picante olor de la dinamita. Las borracheras en los prostíbulos durante los días de pago. Siente que las manos se le apolillan de inmovilidad. Y piensa que no debió regresar. A la distancia, este rancho, esta carretera, estas corridas de álamos, se le aparecían como un refugio. De tanto pensar en sus viejos, los había idealizado. Pero ahora, ante la realidad, siéntese insatisfecho, desadaptado, vacío por completo. Comprende que nada tiene que hacer allí. Las tardas yuntas de bueyes que aran el campo, los gritos de los carreteros que pasan, el chillido estridente de los tiuques en los surcos abiertos, le producen un hastío infinito. Y el rancho viejo, feo, muerto bajo los sauces, ocasionale un malestar semejante a una enfermedad.

Por otra parte, está su hermana con aquel chiquillo de contrabando. A los dos los odia. Una y otro le recuerdan la deshonra que ha caído sobre el hogar. Matilde ha hecho lo posible por agradecerle, pero él no quiere aceptar nada de su parte. En cuanto al mocoso, como si no existiera. Es demasiado bonito. "Hechura de algún jutre", piensa con rencor. Y prefiere salir al camino cada tarde, ocupando el puesto de su hermana y echando a caminar sus ojos hacia el infinito...

Ese día, por distraer su ocio, se aventura a llegar hasta el puente. Camina por sobre los tablones, mirando el espejeo del agua. El sol cae al sesgo sobre la corriente y la incendia de escamas plateadas. De pronto, tras él, resueñan las risas de Eduardito. Viene por el camino a todo co-

rrer, detrás de Crispín, que ladra incesantemente. Juan lo mira sin atención y prosigue meditando. Pero el chiquillo se detiene junto a él, y luego se sienta con las piernas colgando hacia el estero. En seguida llega a reunírseles Matilde. El hombre se decide entonces a echar fuera una pregunta que lo tortura desde hace días:

—Oye, ¿de quién es este chiquillo?

Matilde, cogida de improviso, no sabe qué responder. Baja los ojos. El hermano, en silencio, mantiene su pregunta. Ella concluye por decidirse:

—¿No te han dicho los viejos?

—No les hey preguntao.

—Es de Roberto Zavala. Vos no debís de conocerlo.

—Conocí en la pampa a un Roberto Zavala. Era ruco, grande, sabía tocar la gui. . .

No alcanza a terminar la descripción. Sus ojos buscan a Eduardito. En seguida, convencido, añade:

—¡Claro! . . . ¡Roberto Zavala! . . . Tiene que ser el mismo. Con razón me traía memoria de alguien este mocoso. . . ¿Y cómo llegó por estos laos Roberto?

Matilde, con voz insegura, cuenta entonces sus penas. Vino a una fiesta que daba el patrón en las casas. Pasó frente al rancho. Ella estaba parada en la puerta y Roberto le regaló un clavel. Por la tarde volvió a pasar. Traía su guitarra bajo el brazo y le pidió un vaso de agua. El padre tuvo la mala "ucurrencia" de hacerlo pasar. El mozo pagó el convite con una canción que llegaba al alma. Venía "medio picao, parece". En los días siguientes retornó sin guitarra. Ella creyó que traía buenas intenciones. Se dejó envolver por su palabra fácil y por su risa cálida. Matilde no tiene la culpa. Fué él con su labia, con sus ojos, con su "estrución" . . .

Juan ha escuchado con la vista clavada en el agua del estero. No se mueve cuando su hermana deja de hablar. Después de un rato, tal si regresara de una lejanía, comenta para sí:

—¡Y pensar que juimos tan cumpas con Roberto! Casi hermanos. Lo mío suyo; lo d'el mío. Teníamos el camarote juntos. En la noche me contaba su vía. Era de güena

familia. Un día el paire se mató por culpa de unos malos negocios, y él queó solo. Anduvo atorrantiando y se metió a trabajar en una fábrica. D'ey partió sin rumbo. Conocía casi too Chile. Era de línia. Amigo de los amigos. Entretenió como él solo.

Hace una pausa como para ordenar los recuerdos. En seguida añade:

—¡Aónde iría a pensar Roberto que vos eray mi hermana! Tiene que haber sío la pura fataliá no más. Y ahora la cosa no tiene remedio, porque...

Observa un instante a su hermana, y en seguida, velando su voz, concluye:

—...porque Roberto murió.

La mujer entreabre la boca. Cuelga la imploración de sus ojos en los labios de su hermano. Y unas lágrimas silenciosas y mansas le ruedan por la cara.

—Un tiro quedao lo hizo peazo, hace dos años —masculla Juan, volviendo la cara para disimular la emoción.

Las palabras quedan un momento resonando en el aire y luego se desvanecen. Un silencio angustioso flota entre ambos interlocutores. Matilde sigue llorando calladamente. Se yergue sobre su pesadumbre para dirigirse al rancho sin mirar por donde va. Siente como si algo se le hubiera quebrado adentro, y todas las cosas se le imaginan tan lejanas, tan irreales, como los seres que se movían en torno a ella al día siguiente de su parto... Pero esta sensación es más dolorosa, más fría y desconsolada. Tiene el sabor de lo irremediable, de lo que es más poderoso y fuerte que la vida y la voluntad...

El hermano la observa un momento. Sacude luego la cabeza y coge a Eduardito de la mano. Seis pasos más adelante se inclina para subir al niño hasta su pecho. En la frente amplia y en los ojos azules del rapaz vuelve a ver al amigo. Busca con sus labios la cabellera sedosa del rapaz, que se acurruca temeroso en sus brazos, y deja un beso perdido entre las hebras de oro. Clava su mirada en la tierra e inconscientemente deja escapar unas cuantas palabras:

—¡Puchas! Mala suerte..., pura mala suerte.

Eduardito, sorprendido, interroga:

—¿Qué, tío?

Y él:

—Na, m'hijito.

Sobre las dos cabezas la primera estrella enciende su lágrima pura.

JADEANDO y resoplando con asmática respiración, el trencito giró la última curva del trayecto, y allá en la distancia, bajo el sol soslayado de la tarde, aparecieron las casas escalonadas del campamento.

—¡Boletos a Sewell! —gritó el inspector, y este nombre sacó de su ensimismamiento a la mujer que, arrellanada en un rincón del carro, miraba con fijeza la punta descolorida de los zapatos. Rápidamente hurgó en su maletín —una cartera con los cantos comidos por el roce—, y extrajo de allí un cartoncito amarillento, en el que fijó sus ojos con opaco interés. Antes que el boleto pasara a manos de quien se lo pedía, ella alcanzó a ver el número: 01313 y, a pesar de que la cifra fatídica estaba repe-

tida, no experimentó sobresalto alguno por tal detalle. “De todas maneras —pensó—, la suerte que me espera aquí no puede ser más perra que la de antes”. E inclinándose el busto a ras del asiento, pudo coger de debajo un paquete forrado en papel café y liado con cáñamo sucio. A su alrededor, sus compañeros de viaje sacaban canastos, bultos, artefactos de cocina, bolsones con legumbres o frutas y otras mil cosas que se hacinaban por los pasillos en confusa promiscuidad.

La mujer echó una ojeada a su bata de brin, de hechura casera; arreglóse con gesto maquinal el negro cabello, y se miró en seguida en el espejo trizado de su malletín. El cristal le devolvió un rostro juvenil, pero ajado por el cansancio y —quién sabe— por los sufrimientos.

El trencito, en tanto, había disminuído su correr y, como quien realiza un postrer esfuerzo, vino a pararse frente a la estación, tras emitir un largo y punzante silbido. El andén se llenó de palabras y órdenes. Algunas personas extendieron y cerraron el arco del abrazo. Ilumináronse pupilas con fogonazos de alegría al divisar al deudo querido. Y los paquetes, bultos y canastos fueron saliendo por las ventanillas hacia las manos que afuera los aguardaban.

Después la gente comenzó a dispersarse en grupos bulliciosos; la locomotora se desenganchó de los carros; hubo silbidos lanzados a lo largo de la vía, y la mujer sintió que bajo su pecho se le encogía el corazón como apretado por un puño frío y hostil. Aquello era Sewell. Hacia allí vino ella viajando imaginariamente durante todo el trayecto, con cada uno de sus sentidos en asombro, como quien va al encuentro de una tierra de liberación. Y ahora se encontraba allí, sola, con soledad profunda de animal abandonado o de cosa perdida. Para ella no había una mano acogedora, unos labios que pronunciaran su nombre, unas pupilas que se abrieran con luz de júbilo ante su llegada.

La mujer tornó la cabeza y pudo ver las casas trepando por el flanco del cerro; las escalas revestidas de frío cemento, buscando las alturas con ofídicas curvas;

las montañas enormes y blancas, apuntalando al cielo con sus hombros frágiles y poderosos. Hembra del valle, esta altura tropezó con sus sensaciones habituales y la sintió enemiga. Algo le cargaba el pecho, como si en él se asentaran toneladas de atmósfera fría, desolada, filosa. Barajando montes y hondonadas en su imaginación, retornó atropelladamente a la ciudad de donde partiera en la mañana. Y, a pesar de que en ella quedaban tantas cosas amargas y duras, sintió que "allá abajo" estaba la seguridad; no aquí en este ambiente desconocido, en este mineral donde todo parecía tener un sello de cosa desterrada y sin espíritu.

A poco andar, la hembra sintió correr por sus nervios algo como un obscuro hervor, y entonces una nueva sensación, esta vez de fuerza arrolladora e implacable, la hizo encogerse más en sí misma. Algo como un instinto sutil, como una prematura adivinación, le reveló de súbito que allí había una voluntad ordenando, un mandato extraño ante el cual los hombres se curvaban obedientes, como la espalda desnuda bajo el látigo sin alma. Y, entonces, a su desolación siguió un miedo retorcido y ciego, como quien siente de pronto una presencia hostil en la obscuridad de una pieza que se sabe vacía.

Guiándose por confusas señas que le dieran en Rancagua, y que ahora no recordaba, la mujer se aventuró por el laberinto de escalas, temerosa de preguntar, confiada en que la suerte la ayudaría a descubrir el sitio de su destino. Pero, finalmente, hubo de recurrir al primer transeúnte que le salió al paso. Y el dedo con que éste le señaló las curvas de la ruta que debía seguir fué, sin que ella lo supiese, como el dedo de la fatalidad, inflexible y austero.

* * *

Una semana puede tener la brevedad de un relámpago o la lenta y larga angustia de un caminar bajo el sol sobre arenas caldeadas. Para Etelvina Cáceres, aquella primera semana en Sewell fué como una condena

en el fondo de un pozo sin luz. Jornadas inacabables pasaron por sobre su cuerpo y su conciencia, a semejanza de macizas ruedas por terrenos pantanosos. Parada sobre sus pobres pies desde que el alba era apenas una leche turbia en el cielo hasta que el sol no pintaba ya con su tinta dorada las últimas cumbres, fué sumergiéndose en una especie de marasmo animal, que la tiraba sin fuerzas ni voluntad sobre la cama pobre y sucia del cuarto que su patrona le destinara en la pensión.

El sueño era para ella como un país de seda, donde nada existe fuera de la anulación total de dolencias y pensamientos torturantes. El sueño que espera agazapado bajo las sábanas amigas, como una sima morada presta a engullirnos insensiblemente.

Sin embargo, a veces Etelvina no conseguía esta ansiada liberación. El sueño llegaba hasta sus párpados y huía luego hacia la noche inmensa del campamento minero, donde las luces y las estrellas abrían temblorosos boquetes; hacia los cerros perforados por el hombre con duros instrumentos, y por descargas terribles, que se percibían, afuera, como rugidos profundos de un monstruo encadenado.

Ahora, por ejemplo, ella se hallaba despierta. Dolíale cada tendón, cada miembro, cada arteria. Y se estaba allí de espaldas, a medio desvestir, en un descoyuntamiento de su voluntad, invadida por la profunda lucha de su sangre golpeada y de sus nervios repentinamente laxos, después de haber soportado tremendas presiones de esfuerzo.

Entonces, la mujer, como en una fuga de sí misma, echó a correr su pensamiento hacia la ciudad de su niñez. Pueblo blanco, pespuntado de arroyos, con un paisaje apacible dormido en los ojos de los bueyes. Sus padres: dos ancianos con la sabiduría resignada de la tierra. Su casa: cuatro paredes ahumadas, un techo de latas y tejas, unas sillas sucias y dos lechos miserables.

Desde allí partió cuando tenía dieciséis años hacia otra ciudad que, al comienzo, la asustó con sus pavimentos tan parejos, con su sonar de bocinas y la risa chillo-

na de sus tiendas. En el coche que la conducía iba una señora con pieles en el cuello, guantes de fino cuero en las manos, sombrero con flores, reloj de oro en la muñeca, perfumes penetrantes en el traje: una gran señora. Esta dama quería tener una sirvienta del campo, y ella, Etelvina, tuvo la suerte de llevarse su preferencia. La casa que la acogió en Rancagua era un edificio de ladrillos rojos, con mármol en las ventanas y pavimento de color en el pasadizo de entrada. Estuvo allí dos días sin hacer nada. La señora, una noche, le dió trajes elegantes; la enseñó a peinarse, a darse rouge, a pintarse los ojos. Y cuando ella, la pobre campesina, se miró al espejo, tuvo un desvanecimiento: estaba deslumbradora; parecía... era una señorita. Después la señora la llevó a un salón donde había caballeros y música y muchas luces. Otras señoritas que ella había entrevisto a su llegada cantaban o reían, sentadas en las rodillas de los caballeros. Alguien se le aproximó con un vaso que ella rehusó al principio, pero que al fin hubo de beber bajo la mirada complaciente de la dueña de casa. Y, al otro día —amarga la boca, pesados los párpados—, se encontró en un lecho que no era el suyo, con un hombre cuarentón y obeso roncando a su lado.

La vida, después, la llevó de un lado a otro en su torbellino quemante. Un día creyó encontrar el amor y se halló, tras dos meses de sueño deslumbrante, con una cara bestial frente a la suya, y una boca contraída, que le gritaba una palabra terrible, que se enroscó tal el cuero de una huasca en su carne.

Peleó desesperadamente por una regeneración que la hiciera aparecer igual a las demás mujeres, y donde fué en busca de trabajo honrado tropezó con la proposición canallesca, con el guiño atrevido, con la mirada que insulta y deprime más que la palabra.

Así, hasta que supo de este mineral perdido entre los cerros, donde se necesitaban "empleadas para las cantinas". Creyendo dar un corte a su pasado se lanzó hacia esta tierra de su purificación. Y aquí, otra vez las miradas turbias, los gestos ambiguos, las frases atrevi-

das y repugnantes de los obreros espoleados y electrizados por largos meses de destierro y forzada castidad. Cuando transitaba por entre los mineros olientes a sudor, a dinamita y a humedad, en la *cantina*, sirviendo el desayuno o el almuerzo, sentía en torno suyo la atmósfera caliente de la sensualidad ciega. Y la mano que surgía de cualquier rincón para tentar un torpe y grotesco zarpazo contra su carne, tenía algo de pesadamente animal, de turbiamente obscuro y ciego, como la amenaza de un arma nocturna.

* * *

—¡Apúrese, pues, m'hijita! ¿O tuvo mucho trabajo anoche, que amaneció resabiá?...

—¡Puchas la ñata bien recontra enreá ésta, por las aletas!... Lleva tres semanas aquí y toavía no aprende a servir. ¡Aquí'stá su patrón, lindura; menea luego esas patas pa servile!

—¡Aquí falta pan, oh!...

—¡Te pedí café con leche y no barro con jaboncillo, pus, desgraciá!

Corriendo atareada de mesa en mesa, cargada de tazas, de platos, de panes, de cucharas; esquivando el insulto; dejando fuera de alcance la mano aviesa que le salía sin aviso al encuentro, iba Etelvina con todo su ser en tensión, con sus nervios hechos alambres vibradores, con su pecho oprimido y jadeante, sirviendo a ese enjambre abigarrado de rostros amenazadores. Todos, en conjunto, formaban un monstruo de mil cabezas, que gritaba, reía o golpeaba sobre las frágiles mesas, pidiendo esto o aquello con blasfemias atroces y expresiones que al comienzo eran como azotes viscosos en su alma.

La hembra era como un náufrago flotando en un mar putrefacto y espeso. Hacia donde se volviera a floraba la amenaza, la grosería, la fuerza incontrolada que venía a reventar en ella su ola terrible y pavorosa.

De vez en cuando la voz de estos hombres se suavizaba, se hacía pastosa y húmeda para soltarle al oído una proposición inquietante y ambigua:

—Qui'hubo, ¿cuándo me v'a ver a la pieza?

—Hace tiempo que me tiene sufriendo. ¿Por qué es tan dura'e corazón?

—Porque quiere no más trabaja tanto. El día que me diga yo le doy pa sus gastos...

—¡Por Dios qu'es harto helá la cama'e noche, m'hijita! En usté no más está que no me muera'e pulmonía...

Etelvina veía de reajo las bocas anhelantes que soltaban aquellas insinuaciones. A veces sorprendía miradas turbias resbalando por sus piernas o por su caderas. Y un dedo helado corría entonces desde su nuca a su cintura, engranujándole la carne. Era la fuerza ígnea del instinto, tremenda como cobre en fusión, la que circulaba por las venas de aquellos hombres. Eran meses y aun años de soledad, peleando frente a frente con el cerro en los profundos socavones llenos de ácidos y humedad. Era la rebelión del macho, del macho encadenado a su destino de vaciar carros y más carros en las "buitras", de tenebrosa boca. Era el desesperado reventón del enmaderador, del buzonero, del cabo corpulento y gritón, que vigila los intereses de la empresa. Y todos están ahí, pisando tierra chilena, sometidos a las rígidas disposiciones que han querido imponerles unos hombres de tez blanca, ojos azules y cabellos de color de cobre o de oro...

Un incidente imprevisto vino a atentar contra su desesperada resistencia, contra la capa de heroísmo que se había colocado para resistir aquel terrible asedio. Un minero recién llegado, famoso por su facilidad para ganar dinero, tanto como por su rapidez para derrocharlo, retornó un día al campamento, tras cuatro semanas de borracheras en Rancagua. Etelvina le llevó su plato con el mismo gesto de indiferencia que hacía aparecer su rostro hierático como una máscara, cuando el recién llegado, con voz amigable y pulida de complicidad, le dijo:

—¡Bah!, ¿por aquí'stá ahora usté?

Vagamente recordó a su interlocutor. Era uno de los tantos clientes de aquellas casas en que estuvo "allá abajo". No quiso, sin embargo, darse por aludida, y dejó sin contestación la pregunta. El hombre, un bruto de es-

paldas potentes, manos pesadas y ojos sombríos, frunció su bocaza y comentó en alta voz:

—Tan fruncía que se ha puesto ahora ésta... ¡Como si yo no la hubiera conocido en la calle Gamero!

Aquello fué el comienzo de su derrumbe. El monstruo de mil cabezas arreció en sus sarcasmos e invectivas. El círculo fué estrechándose en torno a la mujer, aplastándola, cerrándole toda salida. Ya de nada le sirvió su coraza de indiferencia fría y calculada.

—¡Miren la mosquita muerta!

—¡Puchas la monjita que se había venío a meter aquí!

—¡No le digan ná, qu'está de novia!

—¡Ay, niña, déjala qu'es hija'e familia!...

Semejante a un corredor desesperado, que siente flaquear sus fuerzas y acabarse su aliento, cuando ya divisa la meta, Etelvina Cáceres se tiró de bruces aquella noche en su lecho. Y comprendió que estaba perdida, que no había salvación para ella. Desde el hondor del sueño vinieron a buscarla los gritos, las insinuaciones, los ojos brillantes, los dedos bestiales, las entreabiertas y húmedas bocas de todos los mineros. Estaba ella tendida en un camino, como amarrada a la tierra por ligaduras vegetales, y todos los piques, todos los niveles del mineral comenzaron a vomitar hombres de torsos y pies desnudos, que avanzaban, avanzaban implacablemente hasta el sitio en que ella se hallaba. Sintió en su vientre, en sus pechos, en sus muslos, el contacto ardiente de aquellas plantas, que la pisoteaban. Y los hombres pasaban y pasaban por encima de ella, en inacabable procesión, hasta dejarla exánime. Por fin, un ser monstruoso proyectó sombra sobre su cuello y ella comprendió que su pie la estrangularía. Entonces, en un esfuerzo inverosímil, consiguió romper las ataduras del sueño, y se encontró, sudorosa y jadeante, sobre su lecho, con los brazos doblados y una almohada sobre su cara.

Levantóse de un salto y fué hasta la ventana, abriendo sus postigos con manos temblorosas. El viento refrescante de la altura se adentró en sus pulmones caldeados

y ella bebió largamente este soplo, que era una caricia consoladora.

Cuando ya iba a cerrar para meterse de nuevo en la cama, una sombra se movió bajo la ventana, y una voz asordínada trepó por las escalas de la noche:

—Etelvina... hasta cuando... esperarla... solo en la pieza... Baje... apúrese...

Era Ricardo Báez, el que nunca le dijera nada en la *cantina*, el único que parecía permanecer indiferente cuando ella pasaba. Recordó que ese día, a la hora del desayuno, le había dicho mirándola con sus ojos infinitamente verdes y suaves: "A la noche voy a dar una vuelta cerca de su pieza..." Nada más. Pensó en el hombre. Era joven y no se asemejaba a los demás brutos que la asediaban. Puede que hasta perteneciera a una familia decente...

Las palabras, estranguladas por una súplica, seguían subiendo hasta Etelvina, truncadas por la distancia, ardidadas de una ansiedad ebria y triste. Borrosamente, sin discernir, la hembra presintió que este hombre le ofrecía una puerta de escape para su tensión, y, dócil a su destino, vistiósse con febril premura, sin calzarse, bajando en seguida, sigilosamente, las escalas de la pensión. Afuera la aferraron unas manos calientes. No supo cómo recorrió la distancia que la separaba de los camarotes ni lo que su acompañante le dijera, con voz temblorosa, durante el trayecto. Vino después un pasadizo largo. Por fin el hombre se detuvo. Su mano torpe tardó en encontrar con la llave la abertura de la chapa; lo consiguió, por último, y la puerta de la pieza 13 se tragó la pareja.

Por el pasadizo vacío quedó transitando el silencio. Las treinta y nueve puertas restantes del camarote aguardaban su turno.

BIBLIOTECA AMERICANA

ANTOLOGIA DEL CUENTO HISPANOAMERICANO

por Antonio R. Manzor

HACIA EL ESTE FLUYE LA CORRIENTE

por Alida Sims Malkus

SATIRO, O EL PODER DE LAS PALABRAS

por Vicente Huidobro

N A U F R A G I O

por Juan Marín

CASA CON TRES PATIOS

por Guillermo Koenenkampf

LOS PERROS HAMBRIENTOS

por Ciro Alegria

MANSIONES VERDES

por W. H. Hudson.

HAN DE ESTAR Y ESTARAN...

por Francisco Barnoya Gálvez

GENTE EN LA ISLA

por Rubén Azócar

SOMBRA EN LLAMAS

por Sofía Espíndola

L A U R A C H A

por Otto Miguel Cione

MEDIO SIGLO DE PERIODISMO

por Carlos Silva Vildósola

HUELLAS EN LA TIERRA

por Oscar Castro



Consultar sus precios en los respectivos
catálogos.



EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Bellavista 069 - Casilla 84-D. - Santiago de Chile